

# PORQUE NO QUIERO QUE MI HIJA SEA TU EMPLEADA



*Memorias de un policía  
que eligió la rebeldía*

MAYOR DAVID BRAULIO VARGAS FLORES





POR QUÉ NO QUIERO QUE MI HIJA SEA TU EMPLEADA

***Memorias de un policía que eligió la rebeldía***

**My. David Braulio Vargas Flores**

*My. David Braulio Vargas Flores*

## Introducción

Hay frases que nos atraviesan como un cuchillo y nos obligan a despertar. La mía llegó de boca de Felipe Quispe, el Mallku, en un momento de profunda crisis nacional. Cuando le preguntaron por qué tanta violencia, él, con la dignidad de siglos en la mirada, respondió:

**“Porque no quiero que mi hija sea tu empleada.”**

Esa respuesta fue como un relámpago en mi conciencia. Me vi reflejado en sus palabras, en sus heridas, en sus sueños para su hija, tan parecidos a los que yo tenía para las mías. Comprendí, con dolor y lucidez, que en Bolivia la desigualdad no era solo una cuestión de oportunidades, sino de estructuras históricas, de prejuicios, de racismo y de exclusión que se repetían generación tras generación.

La frase de Felipe Quispe fue un despertar. Me obligó a preguntarme qué futuro estaba construyendo para mis hijas, para mis nietos, para los hijos de Bolivia. Comprendí que no podía quedarme callado, que mi deber era romper el silencio, denunciar, buscar la dignidad para todos, aunque doliera, aunque costara el uniforme, la carrera, la tranquilidad. “Porque no quiero que mi hija sea tu empleada.” Me retumbó en el pecho cuando mis hijas crecieron, cuando empezaron a soñar sus propios sueños. Me pregunté qué país les estaba dejando, qué historia estaba repitiendo. Fue ahí cuando entendí que el silencio era una forma de traición, y que seguir callando era resignarme a un país donde la cuna determina el techo.

Este libro es el mapa de cicatrices de una vida gastada en la batalla. Aquí yacen las alegrías y los dolores, las victorias que sabían a poco y las derrotas que enseñaron todo. Es la crónica de una soledad que huele a café frío en una oficina vacía, de compañeros que se volvieron sombras al cruzar la calle, del precio que se paga por no callar. Pero, sobre todo, es una historia de orgullo por haber sido fiel a mis principios, por haber defendido la dignidad de mis camaradas, por haber buscado siempre la unidad y la reconciliación entre policías y militares, incluso cuando eso me costó el exilio institucional.

Nací en una Bolivia marcada por contrastes, donde la esperanza y la injusticia se entrelazaban en cada rincón, y el futuro parecía reservado solo para unos pocos. Mi infancia, sencilla pero rica en lecciones, transcurrió entre los paisajes de las minas, donde

aprendí a soñar y a reír, a la par de los trabajadores que, en su lucha diaria, nunca perdían la fe en un mañana mejor.

Desde pequeño, mi identidad indígena estuvo presente, aunque en un país que discriminaba esa raíz, más que celebrarla. Hoy, cuando la identidad originaria finalmente es reconocida y valorada, miro atrás y entiendo que fue esa herencia la que me dio la fortaleza para resistir las injusticias, el pilar sobre el que construí mi rebeldía.

La Bolivia de entonces era un país de profundas contradicciones: en las postales, un territorio de belleza infinita, pero en la realidad, una nación fracturada, donde unos nacían para mandar y otros para obedecer. Crecí en una casa humilde, donde lo indígena se vivía, pero a menudo se callaba por miedo y vergüenza. Sin embargo, fue al abrazar mi herencia que descubrí que mi verdadera fuerza residía precisamente en esa raíz oculta, ahora transformada en el motor de mi lucha.

Mi ingreso a la Policía fue un acto de amor y de rebeldía. Amé el uniforme desde el primer día, y lo sigo amando hoy, aunque me lo hayan arrebatado. Aprendí a respetar la cadena de mando, pero también a cuestionar la injusticia, a defender a mis camaradas, a mirar de frente a quienes abusan del poder. Descubrí, con dolor, que la institución que debía ser ejemplo de equidad y servicio estaba, muchas veces, atrapada en viejos prejuicios y sometida a los caprichos de los poderosos.

Mis primeros pasos en la Policía fueron una mezcla de orgullo, ingenuidad y convicción. Amé el uniforme con una devoción que nunca imaginé. El día que lo porté por primera vez, sentí que era parte de algo más grande: una misión, una promesa, un deber. Pero pronto descubrí que el uniforme no era blindaje contra la injusticia, sino que muchas veces se usaba para perpetuarla. Vi a compañeros rendirse al poder, otros acomodarse, otros callar. Yo no supe callar. Aprendí a pagar ese precio.

A lo largo de mi carrera, enfrenté situaciones que pusieron a prueba mi integridad y mi compromiso con la justicia. Vi cómo la institución que debía ser ejemplo de equidad y servicio estaba, muchas veces, atrapada en viejos prejuicios y sometida a los caprichos de los poderosos. Aprendí que la verdadera grandeza no está en los cargos ni en las medallas, sino en la honestidad, el coraje y la lealtad al pueblo.

En los pasillos de la institución, la historia oficial y la realidad se cruzaban sin tocarse. Mientras los manuales hablaban de ética, en las oficinas se tejían pactos de silencio. Mientras se exigía obediencia, algunos superiores se vendían al mejor postor. Pero también conocí a camaradas valientes, leales, íntegros. Hombres y mujeres que, como yo, querían una Policía al servicio del pueblo. Es por ellos que escribo estas líneas.

En el “Febrero Negro” de 2003, viví en carne propia la lucha de un pueblo boliviano que se levantó contra las políticas neoliberales que nos asfixiaban. La presidencia de Carlos Mesa, desde el 17 de octubre de 2003 hasta el 9 de junio de 2005, fue un periodo que marcó mi vida y la de millones de bolivianos, no solo por las batallas que libramos en las calles, sino por la decepción de un líder que prometió reconciliación, pero nos entregó sumisión. Mesa, un periodista e historiador sin título universitario, se presentó como un intelectual capaz de guiar a Bolivia en tiempos de crisis. Sin embargo, desde mi perspectiva como líder circunstancial de la resistencia policial, vi en él a un presidente pusilánime, cuya gestión estuvo marcada por la ausencia, el chantaje político y, sobre todo, un intento imperdonable de otorgar inmunidad a militares estadounidenses. En este capítulo, relato mi experiencia enfrentando el “Impuestazo”, mi decepción con Mesa y mi indignación ante su traición a la soberanía nacional.

En febrero de 2003, con el grado de Mayor de la Policía Boliviana, me encontré en el corazón de una de las crisis más graves de nuestra historia: el “Impuestazo”. El gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada, bajo la presión del Fondo Monetario Internacional (FMI), decidió imponer un impuesto al salario que golpeaba directamente a los trabajadores, incluidos nosotros, los policías, que ya enfrentábamos condiciones precarias. No podía quedarme de brazos cruzados mientras este abuso nos despojaba de nuestra dignidad. La indignación de mis compañeros y mía propia, alimentada por años de maltrato institucional y políticas neoliberales, nos llevó a tomar una decisión histórica.

El 12 y 13 de febrero de 2003, las calles de La Paz se convirtieron en un campo de batalla. Los policías nos unimos al pueblo en lo que se conoció como “Febrero Negro”, una acción que desafió al gobierno neoliberal. Los enfrentamientos entre policías,

manifestantes civiles y las fuerzas militares dejaron un saldo trágico de más de 30 muertos y centenares de heridos. Recuerdo la tensión en la Plaza Murillo, el sonido de las balas y el clamor del pueblo exigiendo justicia. Nuestra resistencia logró forzar la derogación del “Impuestazo”, pero a un costo altísimo, tanto en vidas como en mi propia carrera: fui dado de baja de la institución, un precio que pagué con orgullo por defender a mi pueblo.

Hoy, muchos años después, la vida me ha llevado a reencontrarme con la esperanza en un lugar especial: la Universidad Pública de El Alto (UPEA). Aquí, en esta casa de estudios que acoge a más de 70.000 estudiantes y ofrece 37 carreras universitarias y programas de posgrado, he vuelto a sentir que el cambio es posible.

Hoy, cuando la vida me ha llevado lejos del uniforme, encontré un nuevo hogar en la Universidad Pública de El Alto. La UPEA no es solo un campus: es un acto de resistencia. Un espacio donde miles de estudiantes, hijos e hijas de obreros, comerciantes, campesinos, construyen otro destino posible. Aquí no se aprende solo desde los libros; aquí se aprende desde la calle, desde la lucha, desde la memoria.

La UPEA es un símbolo de la lucha alteña, de la dignidad de los pueblos originarios, de la fuerza de quienes nunca se resignaron a ser empleados de nadie, sino protagonistas de su propia historia.

A las nuevas generaciones, a los que hoy sueñan con portar el uniforme, les digo: “la grandeza de la Policía no está en sus medallas ni en sus cargos, sino en la honestidad, el coraje y la lealtad al pueblo”. Bolivia necesita de sus instituciones unidas, dignas y comprometidas con la justicia. Que mi historia sirva de advertencia y de esperanza: la dignidad puede doler, pero es el único camino hacia la verdadera libertad.

Y aunque sé que, cuando muera no podré cumplir aquel sueño de ser enterrado con mi uniforme de policía, Y aunque la muerte me niegue el honor de llevar el uniforme bajo la tierra, sé que estas páginas ardiendo de verdad serán mi último parte de servicio, quiero que estas páginas sean mi verdadero legado. Que mi historia, mi verdad y mi rebeldía sirvan de homenaje a todos los que, alguna vez, soñaron con cambiar Bolivia desde el servicio, la dignidad y la esperanza.

Bienvenidos a estas páginas, donde se entrelazan la memoria, la pasión y la lucha por un país mejor.

Ojalá encuentren en estas líneas no solo parte de mi historia, sino la de muchos bolivianos y bolivianas que, como yo, alguna vez se preguntaron: ¿Por qué no quiero que mi hija sea tu empleada?

## **Herencia y Esperanza: Los Orígenes de Mi Compromiso**

Nací en las manos de mi amada abuelita Ignacia Ramírez, a las 23:45 del 26 de marzo de 1962, en un hogar humilde de Bolivia. Soy hijo de Tomás Vargas Ayllón y Nelly Flores Ramírez, y mi vida comenzó en medio de un país convulsionado por la inestabilidad política, la desigualdad y la esperanza de un futuro mejor. Aquella noche,

mientras mi madre luchaba entre el dolor y la ilusión, mi abuela, con la sabiduría de las mujeres andinas, me recibió en este mundo con manos firmes y corazón cálido. Siempre he creído que ese primer contacto con la vida, en el regazo de mi abuela, marcó mi destino de lucha y resiliencia.

Mi padre, Tomás Vargas Ayllón, nació en la población de Poopó, corazón de la ancestral nación Urus, uno de los pueblos originarios más antiguos y resilientes de Bolivia. En mi sangre corre la herencia de los Urus, maestros pescadores y navegantes del altiplano, guardianes de tradiciones milenarias que desafían el tiempo y la adversidad. Su historia y su dignidad, forjadas entre aguas y tierras altas, me recuerdan que pertenezco a un linaje que ha resistido el olvido y que mantiene viva la llama de su cultura con orgullo y valentía.

Crecí escuchando sus relatos sobre las aguas del Poopó, los vientos del altiplano y los rituales que sus ancestros preservaban con devoción. Cada historia era una lección de resistencia y amor por la tierra, un recordatorio de que nuestra identidad no se mide solo por el presente, sino por la memoria de quienes nos precedieron. Esa herencia me enseñó a caminar con la frente en alto, consciente de que llevo conmigo la fuerza de un pueblo que ha sabido mantenerse firme frente a la adversidad y que aún hoy sigue reclamando su lugar en la historia de Bolivia.

Mi madre, Nelly Flores Ramírez, heredó la fortaleza y la ternura de mi abuelita Ignacia Ramírez, una mujer de gran sabiduría y resiliencia que dejó una huella profunda en quienes la rodeaban. Desde niño, crecí rodeado de sus enseñanzas y de su ejemplo silencioso, aprendiendo a enfrentar las dificultades con valentía y a cuidar de los demás con cariño. La combinación de fuerza y sensibilidad que recibí de ellas me enseñó que la verdadera grandeza no reside solo en superar obstáculos, sino también en mantener la bondad y la dignidad en medio de las pruebas. Cada gesto, cada consejo y cada historia compartida por mi madre y mi abuela fueron semillas que florecieron en mí, marcando mi carácter y guiando mi manera de ver el mundo.

De mis padres aprendí que la fuerza y la ternura pueden convivir en una misma sangre, que la resistencia y la dignidad se heredan tanto como la alegría de vivir y el amor



por la propia cultura. En mí se entrelazan las raíces profundas del altiplano y la calidez de un hogar lleno de valores, y en esa fusión encuentro la guía para enfrentar mi camino, llevando siempre conmigo el orgullo y la memoria de quienes me dieron la vida.

Nací en una Bolivia de contrastes, donde la esperanza y la injusticia se entrelazaban en cada esquina, y donde el futuro parecía estar escrito solo para unos pocos. Mi infancia fue sencilla y, a la vez, extraordinaria: aprendí a soñar entre los paisajes mineros, a reír con el pan de las minas y a admirar la dignidad de los trabajadores que, aun en la adversidad, nunca perdían la fe en un mañana mejor.

Desde pequeño, mi conexión con mis raíces culturales y familiares estuvo siempre presente en mi vida. Aunque en la Bolivia de aquel entonces, estas raíces a menudo eran motivo de discriminación y no de orgullo, hoy veo cómo esa herencia ha sido un pilar fundamental en mi formación y en mi lucha contra la injusticia. Hoy, cuando la diversidad cultural es cada vez más reconocida y valorada, miro hacia atrás y comprendo que esa herencia ha sido crucial en mi desarrollo personal y en mi compromiso con la justicia social.

Mi infancia estuvo rodeada de figuras que serían determinantes en mi carácter. Mis hermanos mayores, Jorge y Edwin, eran mis héroes y mis maestros. Jorge, médico de vocación y de alma, y Edwin, oficial de policía, representaban dos caminos distintos, pero ambos guiados por el servicio y la entrega a los demás. Recuerdo perfectamente las tardes en las que, sentados frente al tablero de ajedrez, discutían apasionadamente sobre la política nacional. El ajedrez, más que un juego, era para ellos una metáfora de la vida y la sociedad: cada pieza tenía su valor, cada movimiento podía cambiar el destino de la partida. Yo, siendo aún un niño, observaba y escuchaba en silencio. Las conversaciones sobre el Che Guevara, la revolución cubana, las dictaduras militares y los sueños de justicia social me generaban una curiosidad inmensa. ¿Quién era ese tal Che Guevara? ¿Por qué su nombre provocaba tanto debate y admiración? Así, sin darme cuenta, fui absorbiendo las primeras semillas de una conciencia social que más tarde florecería en rebeldía y compromiso. Me enseñaron que la vida no es solo sobrevivir, sino

comprometerse, rebelarse, buscar justicia. Aprendí que la dignidad no se hereda: se conquista, día a día, con pequeños actos de valentía y solidaridad.

Uno de los recuerdos más vívidos de mi niñez son los viajes a las minas para visitar a mi hermano Jorge, que trabajaba como médico en el sistema de salud. Aquellas travesías eran verdaderas aventuras: recorríamos caminos polvorientos y fríos hasta llegar a centros mineros como Cancañiri, Miraflores, Siglo XX, Llallagua, Catavi y Uncía. Cada uno de estos lugares tenía su propio ritmo, su propia música y su propio dolor. Para mí, eran días de abundancia y descubrimiento: comer leche en polvo con azúcar, disfrutar del pan recién horneado de las minas, ir al cine tantas veces como quisiera con los tickets que se recogían en la pulpería, aprender a nadar en la piscina de Catavi, correr por los pasillos de los hospitales y escuchar las historias de los mineros. Recuerdo la calidez de las familias mineras, su generosidad y su sentido de comunidad. En aquellos días, sentí que el mundo era inmenso y que la vida podía ser maravillosa, a pesar de las dificultades. Sin embargo, la realidad no tardó en mostrarme su rostro más duro. En la plaza del minero en Siglo XX, los debates eran intensos y las palabras, muchas veces, de grueso calibre. Los mineros, curtidos por el trabajo y la represión, expresaban su frustración ante la vida bajo la dictadura de Banzer. Allí escuché por primera vez la frase “sangre de minero, semilla de guerrillero”. En ese momento, no comprendí su significado, pero con los años entendí que encerraba la esencia de un pueblo que nunca se resignó a la opresión. Aquella frase, dicha con rabia y esperanza, era un grito de resistencia que quedaría grabado en mi memoria para siempre.

Fui testigo del compromiso social de mi hermano Jorge cuando de muy tarde en las noches llegaban a la casa gente a pedir ayuda médica y mi hermano siempre presto para ayudar y seguro salvar muchas vidas, nunca negaba ayuda a nadie, ese tiempo deseé ser médico, seguir el ejemplo de mi hermano, ser como él: útil, necesario, respetado.

Durante mi etapa de bachillerato, tras haber culminado con éxito mi ciclo primario en la Escuela José Manuel Indaburo, llegó el momento de decidir a qué colegio continuaría mis estudios. La elección no fue sencilla, ya que sabía que ese paso marcaría un antes y un después en mi vida. La opción natural y más cercana era ingresar al

Poderoso Colegio Ayacucho, un instituto reconocido y prestigioso. Sin embargo, al visitarlo, quedé profundamente impresionado por la rígida disciplina que allí se imponía, un ambiente que me resultó intimidante y, en cierto modo, desconcertante. La idea de adaptarme a esas estrictas reglas me asustaba y, en ese momento, decidí no seguir ese camino.

Opté entonces por el colegio donde mis hermanos mayores habían dejado una huella importante en su camino académico: el Colegio Antonio Díaz Villamil. Solo por ser hermano de ellos, fui aceptado en esa institución, aunque en el fondo no me sentía completamente cómodo con la idea de que me “bautizaran” en ese lugar, una tradición que implicaba cambios en mi apariencia y en mi forma de ser, como cortarme el cabello y pintarme el rostro, entre otras cosas. Para mí, esas exigencias significaban perder una parte de mi identidad y mi esencia.

Por aquel entonces, ya residía en Ciudad Satélite, una zona que ofrecía nuevas perspectivas, pero también nuevos desafíos. Con la intención de ampliar mis horizontes, y motivado por la recomendación de mi primo Gustavo Flores, consideré ingresar al Colegio Mejillones. Sin embargo, finalmente, decidí que lo mejor sería optar por un cambio radical y desafiante: ingresar al Colegio Juan Capriles, en la Ceja de El Alto. Sabía que allí la realidad sería muy distinta, mucho más dura y, a la vez, más auténtica.

En aquel lugar, la pobreza no era solo un concepto, sino una realidad palpable que viví día a día. Las aulas eran frías y sobrecargadas, rebosaban de niños y niñas que buscaban aprender en medio de la escasez de recursos y un sistema educativo que parecía desbordado. Los profesores, con gran esfuerzo, hacían lo imposible por atender a todos, pero sus fuerzas parecían agotarse frente a la magnitud de las necesidades. La desatención y el maltrato educativo estaban a la orden del día, afectando profundamente la infancia que allí se encontraba, esa niñez que, como la mía, solo buscaba un espacio para crecer y soñar.

Fue en ese entorno adverso donde descubrí algo que nunca olvidaré: el verdadero valor de la solidaridad y la lucha colectiva. A pesar de las dificultades, aprendí que la unión y el apoyo mutuo eran las armas más poderosas para afrontar la pobreza, la injusticia y

el abandono. En ese colegio, en medio del frío, del desinterés y de las carencias, también nació en mí una conciencia profunda sobre la importancia de luchar por un futuro mejor, no solo para mí, sino para toda esa niñez que, como yo, soñaba con un cambio.

Ese tiempo en El Alto fue una lección de vida, una experiencia que marcó mi camino y que me enseñó a valorar cada pequeño esfuerzo, cada acto de solidaridad y cada instante en que, juntos, podemos transformar las adversidades en oportunidades de crecimiento y esperanza.

Terminé el bachillerato en el Colegio American School, llevando en mi interior una profunda carga de mensajes de protesta y de esperanza que, sin saberlo en ese momento, estaban sembrados en mi alma y en mi espíritu. Esos pensamientos y sentimientos de lucha, de justicia y de cambio serían luego quienes me guiarían en las coyunturas difíciles que la vida me obligó a enfrentar. Pero, más allá de esas experiencias y aprendizajes, hay dos personas que jugaron un papel fundamental en la formación de ese espíritu rebelde y comprometido que hoy llevo dentro: mis queridos hermanos mayores, Jorge y Edwin.

Ellos no solo fueron mis referentes, sino los verdaderos forjadores de mi carácter y mis ideales. Con su ejemplo, con sus palabras y con sus acciones, me enseñaron desde pequeño que la vida no es simplemente un paso por el mundo para ser vivido sin propósito, sino una oportunidad para transformarla, para cambiarla y para hacerla mejor. Ellos me mostraron que la verdadera fuerza reside en la convicción y en la pasión por luchar por lo que uno cree justo, que la rebeldía puede ser un acto de amor y de compromiso con la sociedad.

Los admiro profundamente por su valentía, por su dedicación y por su entrega constante a sus ideales y a la comunidad. Ellos, con su ejemplo de vida, me inspiraron a no rendirme ante las dificultades, a levantarme siempre con la esperanza de que podemos construir un mundo más justo y humano. Son mi ejemplo y mi motor, mis cómplices en esta lucha por un futuro mejor. A ellos les debo mucho más que palabras; les debo la fuerza que hoy tengo para seguir adelante, el amor por la justicia y la



convicción de que los cambios son posibles si estamos dispuestos a luchar por ellos con corazón y firmeza.

### **Formación y Compromiso: Mis Primeros Días en la Academia Nacional de Policías**

Al terminar el colegio, el futuro se presentó ante mí como un vasto y complejo laberinto de preguntas urgentes y desconcertantes: ¿Qué camino debía seguir? ¿Cuál sería la mejor opción para construir mi destino? En ese momento, muchos amigos y conocidos me ofrecieron distintas alternativas, cada una con sus promesas de éxito y sus riesgos, sus promesas de estabilidad o de aventura. Sin embargo, en medio de esas voces y propuestas, hubo una que resonó con fuerza en mi corazón y en mi mente: la de mi hermano Edwin, quien con su carisma, su entrega y su ejemplo, me mostró un camino que parecía claro y al mismo tiempo desafiante.

Recuerdo que él siempre me decía, con esa convicción que solo dan la experiencia y la pasión: “La policía es una manera de servir a la sociedad, de estar en la primera línea para proteger a los demás y, al mismo tiempo, evitar perder el tiempo en la incertidumbre de la universidad”. Sus palabras tenían un peso especial, porque provenían de alguien que amaba su trabajo y que, con sacrificio y dedicación, luchaba día a día por dar lo mejor de sí. Inspirado por su ejemplo y por su vocación de servicio, decidí seguir sus pasos, convencido de que esa era la manera en que podía aportar a mi comunidad, en que podía marcar la diferencia.

Pero pronto, la realidad me golpeó con fuerza. La institución, al igual que nuestro país, estaba marcada por profundas heridas de discriminación y racismo. La policía, que debería ser símbolo de justicia y equidad, muchas veces reflejaba las desigualdades y prejuicios que todavía acechan en la sociedad. Recordé entonces que, aunque uno quiera servir con noble intención, no siempre se garantiza ser tratado con justicia, que el color de la piel, el origen social o los apellidos aún determinan el trato y las oportunidades. Esa revelación fue dura, pero también necesaria, porque me enseñó que la lucha por la

justicia comienza desde adentro, en la conciencia y en la decisión de seguir creyendo en un cambio real.

El ingreso a la Academia Nacional de Policías fue un choque de realidades que marcaría el inicio de mi vida adulta y de mi camino profesional. Aunque crecí en un entorno lleno de amor, apoyo y esperanza, allí, en esa institución, todo era diferente. La disciplina era estricta, la jerarquía incuestionable, y cada día se convertía en un reto constante para mantenernos firmes y enfocados. La rutina comenzaba muy temprano, con ejercicios físicos extenuantes, carreras matinales y pruebas de resistencia que parecían no tener fin. Luego, las clases teóricas nos sumergían en leyes, procedimientos, psicología y ética, con el objetivo de formar no solo policías, sino también seres humanos íntegros, comprometidos con la justicia y la protección del pueblo.

Lo que más me sorprendió —y a veces me dolió— fue descubrir cómo los apellidos, el color de piel y el origen social influían en las oportunidades y en el trato dentro de esa misma institución. Los de apellido “autóctono” como Huanca, Ticona, Quispe, Alanoca, muchas veces eran relegados a las posiciones más bajas, a los escalafones subalternos. Mientras tanto, los puestos de mando y las oportunidades de formación quedaban reservados para quienes tenían apellidos “rimbombantes”, rasgos europeos o conexiones familiares en las esferas del poder. Esa realidad me golpeó con dureza, porque me enfrenté por primera vez en mi vida a la discriminación estructural en un lugar que, teóricamente, debía ser un ejemplo de justicia y equidad. La injusticia, entonces, no solo era una palabra, sino una realidad palpable que desdibujaba los valores en los que creía y que pretendía defender.

La formación física fue una prueba de resistencia y de perseverancia. Corríamos en las mañanas, enfrentábamos ejercicios de fuerza y resistencia, aprendíamos técnicas de combate cuerpo a cuerpo y manejo de armas. Cada movimiento, cada esfuerzo, nos preparaba para estar en forma, no solo para protegernos a nosotros mismos, sino también para estar listos en cualquier momento para proteger a los demás, para salvar vidas, para ser un escudo en medio del caos. La formación teórica, por su parte, fue igual de exigente. Estudiamos leyes, procedimientos, psicología y ética policial. Nuestros

instructores, con su dedicación y compromiso, nos enseñaron que nuestro deber no solo era cumplir las funciones con eficiencia, sino hacerlo con integridad, honestidad y un profundo sentido de justicia. Nos enseñaron que ser policía no era solo portar un uniforme, sino llevar en el corazón la misión de servir y dignificar a la comunidad, incluso en los momentos más difíciles.

Quiero expresar mi más sincero agradecimiento a mis instructores y a los cadetes superiores que, con su ejemplo y dedicación, nos brindaron lo mejor de sí mismos. Gracias a su compromiso, aprendí que nuestro trabajo no es solo hacer cumplir la ley, sino también proteger a quienes más lo necesitan, con sacrificio y entrega total. Nos enseñaron que la verdadera vocación de un policía es ser un servidor público, un guardián de la justicia y de los derechos humanos, dispuesto a arriesgar su propia vida si fuera necesario para evitar que otros la pierdan. Esa enseñanza quedó grabada en mi alma, y en cada acto de servicio, en cada momento de tensión y en cada situación difícil, llevo ese legado con orgullo y responsabilidad.

Esa formación no solo me sirvió en los días en que enfrenté peligros y desafíos en el trabajo, sino que también quedó plasmada en uno de los momentos más emotivos y memorables de mi vida. En una de esas ocasiones, tuve que actuar en un momento de extrema tensión, ayudando a dar a luz a cuatro mujeres en un vehículo patrullero. La situación fue desesperante, pero mi entrenamiento en la Academia de Policías me permitió mantener la calma, actuar con profesionalismo y brindar la ayuda necesaria. Uno de esos niños, al que su madre llamó David, llevaba mi mismo nombre. En ese momento, ese pequeño ser se convirtió en un símbolo vivo de la responsabilidad y el honor que implica portar ese uniforme. Verlo nacer en medio de una situación tan difícil me hizo comprender, de manera aún más profunda, que nuestro trabajo va mucho más allá de las tareas cotidianas. Es una labor que implica salvar vidas, ofrecer esperanza y dejar una huella imborrable de justicia, amor y dedicación en cada misión que enfrentamos. Ese instante me recordó que, a pesar de las dificultades, de las injusticias y de los obstáculos, nuestra misión como policías tiene un propósito noble y

trascendental: proteger a quienes más lo necesitan y ser un ejemplo de humanidad en medio del caos.

## **El Despertar de la Conciencia Social**

Después de una profunda introspección, recordé un momento muy importante en mi vida como oficial de policía, un momento que definitivamente marcó fuertemente mi compromiso con mi país, con mi sociedad, y en mi propia personalidad como boliviano. Fue una noche en la que, mientras veía el informativo del canal PAT, se informaba sobre la captura de los líderes del grupo terrorista, entre ellos a Felipe Quispe. Cuando Amalia Pando le preguntó a Felipe Quispe por qué había cometido tanta violencia, él respondió casi llorando: "Porque no quiero que mi hija sea tu empleada". Esta respuesta resonó profundamente en mí y me hizo cuestionar todo lo que había aprendido y vivido hasta entonces. Fue el momento en que despertó mi conciencia social y me llevó a comprender la realidad de la desigualdad en Bolivia.

Eran los años 90, una década marcada por la inestabilidad política y social en Bolivia. La economía estaba en crisis, y la población luchaba por sobrevivir. En este contexto, surgió un grupo terrorista liderado por Felipe Quispe y Álvaro García Linera, que comenzó a cometer actos de violencia. La población boliviana estaba muy asustada y preocupada por esta situación, ya que empezaron a aparecer atentados terroristas, muertos, torres eléctricas que se caían, robos a remesas, y la sensación de inseguridad se extendía por todo el país.

La amenaza de Sendero Luminoso en Perú y la guerrilla colombiana en el norte de Sudamérica también aumentaban la tensión. Los noticieros bolivianos mostraban imágenes de destrucción y muerte, y el miedo a que algo similar pudiera ocurrir en Bolivia era una preocupación constante. En este clima de incertidumbre, la aparición del EGTK (Ejército Guerrillero Tupac Katari) fue como una chispa en un campo seco. El grupo, compuesto por jóvenes intelectuales y líderes indígenas, inició una serie de acciones armadas: sabotajes a torres eléctricas, atentados contra infraestructuras, asaltos a



remesas y bancos, y la difusión de comunicados que llamaban a la "liberación nacional indígena". La prensa informaba casi a diario sobre nuevos actos de violencia, y la gente se preguntaba si Bolivia estaba a punto de caer en una espiral de terror.

El miedo se sentía en las calles: padres preocupados por sus hijos, comerciantes temerosos de saqueos, campesinos y obreros que, aunque compartían muchas de las demandas sociales del EGTK, temían que la violencia armada trajera más sufrimiento. En las ciudades, cualquier persona con aspecto forastero o indígena era vista con recelo; en el campo, la desconfianza hacia las autoridades aumentaba.

La policía boliviana, aunque limitada en recursos, se vio obligada a actuar con firmeza. Los organismos de inteligencia se activaron, y todos los efectivos estábamos en alerta. Recuerdo que, en aquellos días, cualquier movimiento sospechoso podía desencadenar una intervención policial. Se multiplicaron los operativos, los patrullajes y las investigaciones. La presión social era enorme: la gente exigía resultados, protección y una respuesta contundente ante la amenaza.

Una noche, mientras estaba en mi casa haciendo cena para mis hijas, viendo el informativo del canal PAT, apareció en noticias de último momento. Amalia Pando, reportera de calle, informaba sobre la captura de los líderes del grupo terrorista, entre ellos a Felipe Quispe, Álvaro García Linera y Raúl García Linera. Felipe Quispe "el Mallku" estaba con el cabello y los bigotes crecidos. Amalia Pando le puso el micrófono en la cara y le preguntó de manera firme y determinada: "¿Don Felipe, ¿por qué hizo tanta violencia?". Era una pregunta que todos queríamos hacer, necesitábamos una respuesta. El Malku no contestaba, y yo, como muchos bolivianos, esperaba una respuesta a tanta violencia, que había causado muchísima conmoción. Entonces, Amalia Pando le gritó nuevamente: "Don Felipe, estamos en vivo por PAT". Felipe Quispe se dio la vuelta, miró la cámara, y con el cabello crecido y descuidado, respondió casi llorando: "Porque no quiero que mi hija sea tu empleada". Esta respuesta generó en mí muchísima conmoción, cuestionó mis esquemas internos y generó una ruptura en mis esquemas cognitivos y sociales. Esa respuesta me atravesó el alma y me hizo cuestionar todo mi mundo: mi rol como oficial, el futuro de mis hijas, el destino de mi país. Comprendí que la violencia no

era solo un problema de seguridad, sino el síntoma de una sociedad profundamente desigual, donde las oportunidades estaban reservadas para unos pocos y la mayoría solo podía aspirar a trabajos subalternos.

## **Reflexiones y Decisiones**

Dios mío, esa respuesta me hizo agachar la cabeza, me hizo ver a mis hijas y entender que realmente mi vida, mis hijas, no iban a tener un mejor destino que ser secretarias, profesoras, o policías. Mis hijas no podían aspirar a una formación universitaria ideal, donde serían respetadas y donde sus méritos intelectuales de formación académica serían reconocidos. Para ser algo en Bolivia, había que tener relaciones económicas que yo no tenía, relaciones políticas que no tenía, relaciones de consanguinidad con las familias gobernantes que no tenía. Mi futuro y el futuro de mis hijas, de mis nietos, estaba dirigido a ser de clase media baja. Esa movilidad social que tanto se procura, se busca, en el caso de mi generación, no se iba a dar. Entonces, ¿qué iba a dejar a mis hijas? Ahí fue cuando me cuestioné y entendí que Felipe Quispe tenía razón. Mis palabras fueron: "Tiene razón este indio de mierda". Comprendí que si deseaba un futuro mejor para mis hijas, no podía quedarme impávido ante la realidad que Felipe Quispe nos gritó en la cara. La realidad que vivía Bolivia, vi a mis hijas y supe que no había posibilidad de un desarrollo académico, un futuro mejor, porque la vida administrativa de Bolivia estaba en manos de unas cuantas familias políticas que se pasaban el poder en cada elección nacional, que se encubrían sus fechorías, se llenaban de riquezas y aseguraban sus generaciones con el dinero que asaltaban. Solo sus hijos podían tener la posibilidad de gozar de privilegios para formarse académicamente, de becas en el extranjero, de ocupar cargos administrativos en el Estado.

Tenía razón Felipe Quispe, porque las cosas estaban dadas de tal forma que si no se tenía relaciones políticas y/o económicas y querías desarrollar una vida profesional si o si tenías que tener amistad con políticos. Los administradores de nuestro país, habían organizado y distribuido los espacios de desarrollo social y profesional de tal manera que

solo los que tenían relaciones de consanguinidad podían aspirar a no ser un simple empleado, los puestos de real administración del Estado estaban reservados para los hijos de los políticos, los espacios de formación profesional en universidades de prestigio estaba reservado para los vástagos de los gobernantes, de tal forma que en cualquier concurso de méritos los hijos de “papa” “los culitos blancos” siempre tenían las de ganar, no solo, porque se habían beneficiado con las “becas” a universidades del extranjero, también, tenían la “cobertura” de quienes calificaban los “méritos”.

Las instituciones uniformadas eran el centro de la discriminación y menosprecio a lo propio, en ese tiempo ser “oficial” de cualquier institución uniformada estaba restringido para quienes no tenían los rasgos físicos blancoides, con ojos claros, cabello claro o rubio y de estatura de 1.70, de apellido rimbombante. por eso, los que apellidaban Huanca, Ticona, Apaza, Quispe, Alanoca a ellos estaban vetados a la Academia de Policías, Colegio Militar, Escuela Naval, Colegio militar de Aviación.

Los de apellido “autóctono” así era como se los identificaba, solo podían aspirar a pertenecer a las instituciones armadas, en los escalafones subalternos y para eso debían pasar a postular a los institutos de formación técnica. Esta situación, aseguraba que la administración de estas instituciones estaba asegurada para los que respondían a la formación blancoide.

Esa frase del Malku, me llevo a mi edad temprana, de las charlas de mis hermanos mayores, de mi época en las minas y las discusiones que escuchaba en la plaza de Minero en Siglo XX. Entonces terminé de comprender la realidad de mi país, esa noche no pude dormir, me decía, soy un Oficial de Policía, cuáles son mis posibilidades de movilidad social en Bolivia, en que va a cambiar la vida de mis hijas si solamente pueden aspirar a ser secretarias, empleadas públicas, ojalá pudieran entrar a la academia de Policías, y mis nietos y bisnietos van hacer lo mismo y jamás se van a dar la posibilidad que mis hijas puedan desempeñarse profesionalmente. Felipe Quispe rompe todos mis esquemas, todos mis principios de colegio con los que había sido formado, los de la academia de policías, con los que yo me había desenvuelto como oficial de policía también.

Al día siguiente cuando fui a mi trabajo, después de los protocolos de inicio de jornada, como todos los días me acercaba al sol a compartir con mis camaradas y mientras me hacía limpiar las botas, el muchacho que lustraba las botas siempre nos daba conversación, entonces sostuvimos la siguiente conversación:

- Yo: ¿en qué curso ya vas?”

- Lustrabotas: en 1ro intermedio mi teniente

- Yo: y que vas hacer cuando salgas del colegio?

- Lustrabotas: me quiero comprar un taxi para taxiar y tener plata

luego de la rápida conversación, me fui a sentar a la puerta de la Comandancia de Guardia allí se concentraban muchos policías para conversar y justamente un sargento inicio la conversación y me dice:

- Sargento: le cuento mi teniente mi hijo sale bachiller este año”

yo pensando que me nombraría padrino de promoción, le digo:

- yo: que bien mi sargento y que va estudiar

- sargento: a la Escuela Básica estoy queriendo meterle y quiero hablar con mi coronel para que me ayude con mi hijo

- yo: ¿y por qué no a la Academia de Policías?

- Sargento: no!! imagínase hijo de un sargento uff lo van a castigar y se van a hacer la burla de el.

El sargento ya tenía en claro lo que vivía como realidad y lo que había que hacer para evitar problemas a su hijo. Entendí que las cosas estaban mal, comprendí que las cosas no estaban como debían estar.

En horas de la tarde, aparece un sub teniente y llama a un Policía y le arroja una moneda de 50 ctv y le dice “vaya a comprar una bolsa para mi pan,” esa actitud termino por romper el cascaron de mi inocencia como Oficial de Policía, por supuesto, me genero rabia, llamando al subteniente, le dije, ¿por qué le arroja dinero al Sargento? Su respuesta fue “siempre le arrojo para mi bolsa de pan” trate de reflexionarlo diciéndole “ no se da cuenta que este sargento puede ser su padre?” su respuesta fue escalofriante “ pero es sargento mi teniente” entonces fui entendiendo poco a poco todo a lo que yo había



contribuido y participado, las cosas que consiente e inconsciente estaban mal y dañando para que no haya un cambio en mi institución, en mi país y no haya un cambio en mi propia familia y eso fue un fuerte cuestionante, yo me creía como sub teniente de policía el todo poderoso “Superman” pero me di cuenta que con mi actitud y repitiendo las costumbres institucionales no ayudaba en nada para mejorar la vida de sargentos, cabos y policías que son la base social fundamental y por ello, no eran nada, no significaban nada y los que si valían eran los Oficiales y los Jefes de policía y entender eso y creer eso que sea verdad y hacer que se repita de manera constante, era postergar a mi institución, a mi patria y a mi propia familia.

Ahí fue que Felipe Quispe fue quien despertó en mí, logro una especie de reinicio en mi conciencia social e hizo un apagar y encender un suich y entendí de diferente manera, podía ver y cuestionar las cosas en la policía y dije ¿Por qué? a muchas situaciones que existían en la policía y en la institución y por todo me empezaba a cuestionar de todos los rangos en particular y con el poder político que corrompía a todo lugar donde llegaban. Recordé el llanto de Felipe Quispe y su grito que vivíamos en dos Bolivias.

Desde ese momento Viví situaciones muy contradictorias durante mi vida profesional, como oficial de policías, viví las frustraciones que vivían mis camaradas, de malos tratos que se infringía hacia ellos y también fui testigo de muchos actos de abuso atropellos qué los políticos que estaban en el gobierno cometían contra todos los bolivianos, se leían, se escuchaban noticias de políticos que cometía actos de corrupción que en vez de ser investigados y castigados eran premiados con cargos de embajadas, de consulados o eran negociados para taparlos a partir de un apoyo político y entonces cada vez se fue haciendo más y más fuerte mi deseo de buscar cambiar en algo lo que vivía mi país, vivía en mi la rabia de mis camaradas, de mi familia y la única forma de poder enfrentar estás esta situación, era encarando, enfrentando a quienes cometían estos actos de abuso.

La aparición del miedo a la guerrilla marcó a toda una generación de bolivianos. Nos obligaron a mirar de frente nuestras desigualdades, nuestros miedos y nuestras

esperanzas. Para mí, fue el momento en que mi conciencia social se agudizó y mi compromiso con el cambio se hizo irreversible. La frase de Felipe Quispe sigue resonando en mi memoria, recordándome que la lucha por la justicia y la dignidad es, ante todo, una lucha por el futuro de nuestros hijos.

## **EL TRAGO AMARGO DEL ZORRO SANCHEZ BERZAIN**

En su primera gestión como presidente de Bolivia, Sánchez de Lozada tenía como ministro de Gobierno a Carlos Sánchez Berzain, era un ministro todopoderoso, porque además de tener poder e influencia en su partido político, tenía el apoyo y la confianza del Embajador de los Estados Unidos, tal vez, por ello tenía la odiosa costumbre de maltratar a todo cuanto le venía en gana. Era cabeza del sector de los policías y sin importarle jerarquías ni edades de los Generales, Coroneles, etc., a todos daba mal trato, caracterizado por lo despótico e impropio lenguaje.

Yo fui testigo, en una ocasión, a la altura del peaje de la Autopista con un problema social una manifestación hubo un general de la Fuerza Aérea que intentaba pasar en las barricadas que habían formado los manifestantes y la policía estaba tratando de dispersar, los policías normalmente establecen un cordón humano para evitar que avancen los manifestantes, viendo de qué se trataba de un General de la República, lo ayudaron a pasar la barricada y abrieron el paso, pero Sánchez estaba cerca, hizo parar el vehículo lo vio al general y lo trató muy mal, le digo “carajo y usted no se da cuenta que estamos en este conflicto? vuélvase por donde vino!! Y el pobre General dio medio vuelta su vehículo y se fue sin decir una sola palabra, entonces así trataba a todo aquel que él quería, de manera déspota e impropia en la Policía era igual o peor, pues siendo cabeza de sector de la policía, tenía que hablar con muchos policías y Coroneles, Generales de la policía eran víctimas de su mal genio, de sus atropellos, de sus abusos. Y esa rabia se fue cargando ya en muchos policías y era comenario de todos los días, “ese zorro de mierda le grito al General; este zorro lo hizo callar con carajazos a un Coronel, etc., era como el pan de todos los días escuchar las formas como este ministro abusaba

cómo era prepotente con todos los policías que podía, bueno no solo con policías, militares, periodistas, políticos, a los propios ministros de Sánchez de Lozada, era un todopoderoso y sus abusos eran incontables, sus atropellos eran insultantes a la Dignidad humana.

Lo que más dolía, lo que realmente quemaba en el alma, era la humillación constante y evidente que sufríamos por parte de los norteamericanos. La influencia de la Embajada de Estados Unidos en la destino político de Bolivia era una afrenta intolerable a nuestra soberanía, una traición que se vivía en silencio, pero que todos sentíamos en el fondo de los huesos. En aquella época, ningún político podía aspirar a un cargo importante, por más preparado o capaz que fuera, si no contaba con la bendición, con la aprobación incondicional de esa embajada extranjera. La Embajada tenía la última palabra en quién podía ser ministro, viceministro, o incluso presidente de una empresa estatal. Era vox populi que varios ministros del gobierno de Jaime Paz Zamora habían sido removidos simplemente porque la Embajada les negó la visa. Esa práctica, esa manipulación descarada, era un insulto directo a nuestra dignidad nacional. La soberanía, esa bandera que muchos habíamos jurado defender, se reducía a un papel manchado por la influencia extranjera. Era una humillación que se aceptaba en silencio, pero que todos conocíamos y sufríamos en carne propia. El mensaje era claro y brutal: sin el visto bueno de la Embajada, sin su aprobación, nadie podía aspirar a nada importante en la administración pública boliviana. La nación entera, en su interior, se sentía doblegada, sometida a intereses que no éramos capaces de controlar o cuestionar.

Esa sumisión, esa dependencia humillante, no era solo una traición a nuestra dignidad. Era también una confirmación de las palabras de Felipe Quispe, quien denunciaba con rabia la existencia de “las dos Bolivias”: por un lado, la Bolivia oficial, urbana, mestiza, blanca, alineada con los intereses externos y beneficiaria de privilegios; y por otro lado, la Bolivia indígena, campesina y popular, marcada por la pobreza, la marginación y la exclusión, que seguía siendo relegada a la sombra de los grandes poderes extranjeros. La diferencia era abismal, y esa división se profundizaba cada día, alimentada por una dependencia que parecía no tener fin.

En las reuniones de oficiales, esa realidad se hacía aún más evidente. Era común escuchar comentarios resignados y llenos de amargura sobre la “bendición” de la Embajada. Algunos colegas, con una ironía amarga, decían: “No importa cuántos años de servicio tengas, ni cuántos títulos hayas conseguido. Si no tienes la visa, no eres nadie”. Esas palabras reflejaban la desesperanza, el desprecio por la autonomía que todavía queríamos mantener. Otros, con mayor crudeza, veían en esa dependencia un ejemplo de colonialismo moderno, una continuación de la historia de sumisión que desde la colonia había marcado a Bolivia. La presencia de esa influencia extranjera se sentía como una herida abierta en nuestro orgullo nacional, una herida que parecía imposible de cerrar.

No era raro que circularan listas con posibles ministros o altos funcionarios, y que el rumor más temido fuera que “fulano no tiene visa”. En cuestión de horas, ese nombre desaparecía de la terna, sin explicación alguna, como si fuera un simple objeto de manipulación. La prensa, a veces, se atrevía a denunciar la situación, pero en general trataba el tema con cautela, consciente del poder que la Embajada tenía para influir en la política y en la economía del país. La sombra de esa dependencia se proyectaba sobre todos, y en especial sobre quienes, como nosotros en la Policía, veíamos con impotencia cómo los altos mandos eran humillados y sometidos por un poder que no era ni nacional ni legítimo, sino impuesto desde afuera.

Para quienes servíamos en la fuerza policial, esa realidad era doblemente dolorosa. Cada día, presenciar cómo los superiores eran humillados por los intereses extranjeros, cómo el país entero se arrodillaba ante esa influencia, nos llenaba de una tristeza profunda y de un sentimiento de impotencia. Por un lado, estaba el desprecio interno, esa discriminación, racismo y clasismo que ya he mencionado. Pero por otro, la certeza de que ni siquiera los altos mandos tenían libertad real para decidir su destino. Todo dependía, en última instancia, de la voluntad de un embajador extranjero, de una visa, de un favor que podía ser retirado en cualquier momento. Esa dependencia, esa sumisión, destruía en el fondo cualquier ilusión de soberanía y dignidad nacional, dejando al país en un estado de vulnerabilidad y humillación permanentes.



## **El día que el “Zorro” intentó humillarme**

Yo tenía el grado de Capitán, era un día domingo aproximadamente a las 19:10 horas cumpliendo el servicio Jefe de Seguridad en el Regimiento 4 de la zona Sur de La Paz, es una unidad policial muy tranquila, no existen muchos problemas todo se desarrolla de manera tranquila y armoniosa.

Estando yo de servicio, se aproxima El ayudante Sbtte. Costas y me dice:

- Costas: mi capitán hay una llamada por teléfono,
- Yo: ¿Quién es?
- Costas: “el ministro de gobierno Sánchez Berzain”

Note, por el rostro y el tono de voz nerviosa del Subteniente, una natural susceptibilidad de lo que podía decir el ministro, ya que todos conocíamos los abusivos del ministro, entonces me entrega el teléfono

- yo: Buenas noches, habla el Capitán Vargas jefe de Seguridad del Distrito Policial 4, ¿con quién hablo?

del otro lado responde de manera torpe, gritando,

- Sánchez Berzain: “ministro de Gobierno.”

Entonces yo, como correspondía por su investidura y por su condición de ministro, es obligatorio brindar algún informe, si hubiera alguna novedad, etc., entonces

- Yo: Señor ministro el servicio se encuentra sin novedad, ¿en qué le puedo servir?”

- Sanchez Berzain: estoy hace media hora aquí parado en la calle 21 y no hay un solo policía ¿qué pasa carajo?

- Yo: son las 19:10 hace 10 minutos que los policías han salido al servicio, estimó que llegarán en unos 5, 10 minutos a más tardar, están subiendo a pie,

- Sanchez Berzain: no me hable con estimaciones, carajo Le estoy preguntando ¿a qué hora van a estar los policías?”

- Yo: estimó que en unos 5 ,10 minutos estarán los policías ahí, es lo que van a demorar en subir a pie

- Sanchez Berzain: carajo, le digo que no me hable con estimaciones

- Yo: ¿a quién estás carajeando? ¿quién eres tú para carajearme?

- Sanchez Berzain: ¿qué cosa carajo?”

- Yo: te dije que en diez minutos legaran y que los policías suben a pie, ¿y quién te crees para carajear? si eres tan hombre para carajearme por teléfono por que no vienes aquí y me carajeas en persona? y le colgué el teléfono, el ayudante que estaba pendiente, me mira nervioso, le entregó el teléfono le digo “no va a venir tranquilícese” y la entrego el teléfono. Pasaron unos 5 minutos y el comandante Guardia un Sargento viene corriendo:

- Sargento: mi capitán el Ministro de Gobierno ha entrado, está con 3 vehículos de su seguridad”

Sanchez Berzain siempre andaba con un equipo de seguridad muy fuerte, tenía que ir yo darle el informe reglamentario, protocolarmente la bienvenida, eso es lo que corresponde un dueño de casa cuando viene un extraño hay que dar la bienvenida, yo como dueño de casa entonces me correspondía, por eso, salí y me acerqué, pero ni bien me acerqué, no estaba muy lejos, unos pasos de distancia, Sanchez Berzain con su dedo índice mueve y me dice:

- Sanchez Berzain: veni, veni pendejito ven,

me llama de esa manera, yo tenía al Comandante de Guardia y al Ayudante a mi lado, no debía permitir semejante atropello, jamás!! Por eso le respondo,

- yo: ¿con quién crees que estás hablando?, llámame como gente carajo, a ver si me da la gana de ir

Entonces, el zorro que tenía como su jefe de seguridad al capitán Bernal un oficial muy, muy, muy musculoso, muy fuerte, era conocido por su condición atlética y sus habilidades pugilísticas, era muy bueno, es muy bueno, entonces el Zorro ordenándole dice:

- Sanchez Berzain: ¡arresto a este malcriado de mierda!

se dirigió de esa manera a mí!!, ordenando a su equipo de seguridad que me arrestaran, entonces me dije, sí dejo que ellos vengan a arrestarme, me van a someter, me van a reducir, era un equipo fuerte 6 o 7 policías fuertes, musculosos, que fácilmente me podían haber arrestado, me podían haber reducido físicamente, seguramente cualquiera de ellos estaba por encima mío, hasta tenían mejores habilidades que yo de pelea, entonces pudieron tranquilamente reducirme, viendo esa situación antes de que su equipo de seguridad pudieras reaccionar, me adelanté y le dije al zorro

- yo: ¿por qué no me arrestas tú!? ¡Carajo!!! maricon de mierda!! si eres hombre por que ordenas que otros me arresten

y me acerqué un paso distancia y lo empujé y él me dijo

- Sanchez Berzain: cálmese capitán,

- yo: ¿cual cálmese carajo... con qué clase de policías tratas pendejo de mierda, cual cálmese carajo!!

- Sanchez Berzain: capitán cálmese, cálmese capitán,

- yo: ¿cuál cálmese capitán? ¡abusivo de mierda!! a los Generales, a los Coroneles puedes carajear, tratar como te dé la gana y crees que todos puedes tratar igual? ¿Quién mierda te crees?

Seguramente mi cara fue muy decidida, yo ahora mismo, me pongo a pensar, seguramente mi actitud, mi resolución de hacer las cosas fueron diferentes, le pudo haber impresionado, de ahí que el Zorro empezó a retroceder y se tropezó en las gradas, se volvió a incorporar dijo:

- Sanchez Berzain: cálmese capitán cálmese,

- Yo: ¿¿¿abusivo de mierda vas a aprender a respetar a los policías carajo, con quien crees que estás hablando?!! fue lo último que le dije,

- Sanchez Berzain: cálmese capitán,

En ese momento pensé, bueno me estoy extralimitando, los policías que habían retornado del servicio, al pasar y ser testigos de todo lo que había pasado ahí, cuando pasaron gritaron motín, motín, motín ninguno se quedó solo pasaron gritando motín, motín.

El zorro, seguramente como una forma de recuperar su autoridad dice:

- Sanchez Berzain: a ver mi capitán vaya a ver quién está gritando motín, vaya y traiga a los que están diciendo motín.

me da la orden, yo doy un paso y me doy media vuelta y le digo no hay nadie, la cara del zorro fue de rabia y grito:

- Sanchez Berzain: ve? usted es un malcriado

- yo: ¿quién crees que soy? ¿tú piensas que voy a traer uno o dos policías y te los voy a entregar? ¿con que clase de policías tratas?

y otra vez nos enfrascamos en el tema de la discusión,

- yo: ¿con quién crees que estas? ¿con que clase de gente tratas? ¿que crees que todos somos iguales?

El zorro hizo un gesto de rabia y movió su cabeza, como un gesto como de disconformidad, como decir no voy a tratar con este con este individuo, y me dijo

- Sanchez Berzain: mañana quiero a las 6:00 a su comandante en mi oficina,
- Yo: le daré parte a mi Comandante de lo que ocurrió,
- Sanchez Berzain: le estoy diciendo que ...
- Yo: te estoy diciendo que a mi comandante le informare

me mira desde su vehículo y escucho algo así como “carajos malcriados de mierda” yo no tenía ya nada que perder, por eso respondí “ándate a la mierda” arrancaron y se fueron.

Ya más tranquilo y reconfortado, pues en ese momento los policías o los oficiales que estaban ahí, otros capitanes, tenientes me dijeron mi capitán “muy bien tirado, esto zorro es muy prepotente y abusivo y me contaron más hechos en los cuales el Ministro había sido abusivo, entonces, sentí que había hecho lo correcto a pesar que mis camaradas subalternos habían valorado positivamente lo que yo hice sabía que la jerarquía institucional estaría del lado del Político.

El “Zorro” Sánchez Berzaín era conocido por su trato despótico y su desprecio hacia todas las personas que trabajan cerca de el, aunque fueran dependientes directamente de su ministerio. Los policías y militares, que en teoría debían ser

respetados como defensores de la patria, eran usados como peones y humillados sin piedad. El abuso de poder era la norma, y la dignidad de los servidores públicos era pisoteada a diario.

Era Willy Arriaza Comandante General de la Policía y todos sabíamos lo entregado y sometido al poder político que era y lo demostraba, por eso, lo primero que se me ocurrió, fue llamar a mi hermano Edwin, le comente muy resumidamente todo y me dijo “ hermano, tienes que hacer un informe y seguro que intentarían arrestarte, ven a mi casa, a ver si de aquí intentan sacarte, tranquilo, hiciste lo que tenías que hacer, lo que haría un policía de honor y tú lo eres” con ese apoyo moral, me sentí muy fortalecido y supe que tendría que hacer un informe de todo, por eso lo primero que hice fue dirigirme a la oficina del ayudante para redactar el informe respectivo. subí a la oficina de la ayudantía y me puse a escribir el informe, en eso, el ayudante Subteniente Costas me dice

- Costas: mi capitán ha llegado el supervisor

- Yo: ¿quién está de supervisor?

- Costas: El silencio del Sbtte. Costas fue muy elocuente, pues el supervisor era un Jefe con el grado de mayor con quien yo había tenido enfrentamientos verbales muy fuertes. El Supervisor de ese día era un oficial de policía muy, muy, muy fuerte, cochabambino se lo conocía porque era una persona muy decidida, muy aguerrida, muy violenta y conmigo había tenido un cruce de palabras en el ejercicio profesional justamente, por culpa de su carácter, que era muy temperamental, muy violento, yo la verdad en ese momento pensé, éste va a venir me va a querer golpear directamente, yo le estaba dando un buen motivo para hacerlo.

Por ello, le dije al subteniente Costas, al ayudante,

- Yo: vaya y dele parte usted, no quiero enfrentarme con ese individuo

- Costas: Es su orden mi capitán,

y se dirige a la Comandancia de Guardia, pero en fracción de segundos, recapacito y digo, que culpa tiene Costas de mis problemas con el, entonces, le grito ¡¡¡ayudante!!!

- Costas: ordene mi capitán

- yo: quédese cerca, usted va a ser testigo todo lo que pase ahí abajo, usted tendrá que informar después de lo que suceda.

yo bajé con la disposición de que iba a haber una pelea ahí, él mayor está encargado seguramente de arrestarme, yo dije aseguró que habían dado la orden respectiva de mi arresto, mientras llegaba a la Comandancia de Guardia donde esperaba el Supervisor, varios oficiales y otros policías, le habían informado de todo cuanto ocurrió, el Supervisor General de los Servicios es el encargado de que todo el servicio se cumpla dentro de la Normalidad posible, dentro del comportamiento este reglamentario y lo que yo hice con el Ministro fue completamente fuera de reglamento y supervisor tenía que tomar una actitud de lo que ha ocurrido y era posible que lo hayan mandado a arrestarme y bueno yo no me voy a dejar arrestar fácil y si estoy armado el conflicto ya no será a golpes solamente, mejor voy a evitar la tentación de usar mi arma, por eso le entregué mi arma al ayudante.

Llegué y lo vi al mayor y me puse a una distancia mayor de la que estuve con el ministro y le di el parte respectivo,

- Yo: mi mayor, ¿buenas noches con novedad el servicio,

- Supervisor: ¿qué pasó?

respondió en su característico carácter, en su propia forma de ser, ¿qué pasó? ¡Grito!! le conté no en detalle, según él mientras estaba esperándome recibió informes de todos los policías que estaban cerca, es verdad? Volvió a gritar, yo respondí “

- yo: si mi mayor vino el ministro y ocurrió lo que le dijeron pensó un rato, y me dijo

- Supervisor: ¡bien tirado carajo, bien hecho Vargas, no me vio!!! yo no voy a hacer nada, me digan lo que me digan no voy a hacer nada, me dio la mano y comprendí que detrás ese carácter fuerte, muchas veces rudo, Había un policía que amaba su institución y lo demostró con ese pequeño acto de empatía, desde entonces fuimos camaradas más cercanos hasta llegar a ser amigos., Después, hice mi informe, y empezaron a llamar con Coroneles y preguntar, como es posible que no sea capaz de soportar un carajazo.

Al día siguiente fui convocado al Comando General, y ya escuchaba, otra vez ese Vargas, como es posible, no aguanta un carajazo, etc,

Me presenté en el Comando General, mientras esperaba al comandante salió un Coronel y otro Coronel y me preguntaron ¿qué había pasado? le comentaba que impulsado por la dignidad y el cansancio de años de ver a mis camaradas y superiores ser humillados, le respondí con firmeza y respeto, pero sin bajar la cabeza. Le expliqué la situación con claridad, defendí mi proceder y le recordé que mi deber era con la institución y con la ley, no con los caprichos de ningún ministro, por muy poderoso que fuera, contaba lo que había ocurrido y lo que recibía de respuesta era “yo también una vez casi le mando a la mierda”, “casi le digo por qué me dice cojudo”, “casi me hago respetar”, ósea, todos los Coroneles habían pasado momento de abuso, atropellos, que Casi provoco en ellos una reacción de dignidad, tal vez, íntimamente tenían la intención de hacerse respetar, pero seguramente fue mayor su necesidad de evitar problemas y perjuicios en su carrera y dejaron pasar casi hacen respetar su condición humana, entonces acuñó la palabra los coroneles “casiques” Los caciques decían “casi” se hacen respetar, casi lo ponen en su lugar, siempre eran “casi”.

Así fue, como el Zorro Sanchez Berzain bebió, un trago muy amargo en el Regimiento 4 de parte del Capitán David Vargas y eso significo que muchos policías tengan simpatía con el Capitán Vargas, pues muchos, seguro querían decirle cosas al Zorro, y no lo hacían, yo lo hice porque siempre estaba y está mi institución por delante de mis intereses personales.

Con ese episodio Comprendí que la dignidad no se negocia, que el respeto se gana y que, aunque el sistema esté diseñado para humillar y someter, siempre hay espacio para la rebeldía y la integridad personal. Desde ese día, muchos camaradas se me acercaron en privado para agradecerme, para decirme que mi actitud les había dado esperanza, que era posible enfrentar el abuso y no dejarse pisotear.

Hoy, mirando hacia atrás, comprendo que el trago amargo del “Zorro” Sánchez Berzaín y la sumisión ante la Embajada fueron lecciones duras, pero necesarias. Me enseñaron que la verdadera independencia no se conquista solo en las batallas o en los

discursos, sino en la vida cotidiana, en la dignidad de cada ciudadano y en la valentía de quienes se atreven a decir “basta”.

### **El costo de mantener la dignidad y la lucha silenciosa del alma**

Después de atravesar los episodios con el poder político, las humillaciones constantes y el despertar de mi conciencia social, comprendí que la verdadera rebelión no solo implicaba enfrentarse a un sistema corrupto y opresor, sino también pagar un precio muy alto por hacerlo. La vida institucional, lejos de ser un espacio de justicia y honor, me mostró sus caras ocultas: las injusticias externas, pero también las contradicciones y luchas internas que se libran en el corazón de cada servidor público que, con valor, decide no callar.

Esa resistencia silenciosa, esa lucha interna por mantener la integridad y la dignidad en medio de un sistema que intenta destruirla, conlleva un sacrificio que pocos entienden. Cada acto de honestidad, cada decisión de no doblegarse, tiene un costo personal: el desprecio, la marginación, las amenazas veladas, incluso la soledad. Es un camino que se recorre en silencio, con la convicción de que hacer lo correcto vale más que cualquier reconocimiento o beneficio material.

El precio de la dignidad se paga en momentos de soledad, en el constante temor a las represalias, en la lucha interna contra la resignación y la desesperanza. Pero también es un acto de resistencia, una declaración de que, pese a las humillaciones y las injusticias, todavía hay quienes creen en la justicia, en la honestidad y en la libertad. Esa lucha interna, esa rebeldía del alma, es la que nos mantiene vivos y en pie, a pesar de un sistema que intenta doblegarnos y borrarlos.

Había dos caminos claros: callar para preservar una estabilidad precaria o gritar en busca de dignidad, en busca de justicia. Sin embargo, en un sistema que no tolera voces disidentes, quienes eligen alzar la voz están destinados a enfrentarse a las consecuencias más duras. En mi caso, ese gritar fue interpretado como una amenaza, una traición a la institución que tanto amo. La consecuencia no tardó en llegar: la



destitución, la separación de lo que más quería, la pérdida de un sentido de pertenencia y un compromiso que había sido mi vida. Fue un precio alto por defender mis principios, pero también una declaración de que, aunque el sistema intente silenciar, la dignidad no se negocia, aunque eso signifique pagar un precio muy alto. Esa separación no solo fue física, sino un golpe profundo en mi espíritu, un recordatorio de que en un sistema injusto, la valentía a menudo se paga con el sacrificio más doloroso.

### **La reacción del sistema**

En la Policía, como en tantas instituciones bolivianas que se han enquistado en el poder como raíces torcidas en tierra árida, el que se atreve a cuestionar lo establecido —a alzar la voz contra los abusos que se disfrazan de orden— pronto se convierte en un problema, en una molestia que debe ser eliminada o silenciada con la frialdad de un bisturí. Esa valentía, ese fuego interior que quema las cadenas de la complicidad, suele ser vista como una amenaza intolerable, un virus que podría contagiar a los demás y derrumbar la fachada de autoridad incuestionable. Desde el momento en que decidí enfrentarme al poder político, responder con determinación frente a los atropellos que se cometían a la vista de todos, empecé a notar cambios sutiles pero profundos en el trato de mis superiores: un muro invisible que se erigía de la noche a la mañana. Las miradas de complicidad de algunos camaradas, esos hermanos de uniforme que compartían el peso del deber, contrastaban con el recelo gélido y la distancia que otros jefes comenzaban a mostrarme, como si mi mera presencia fuera un reproche vivo. No era extraño escuchar comentarios malintencionados que se susurraban en los pasillos —“ese oficial es conflictivo”, “no sabe ubicarse”, o frases que buscaban desprestigiarme y hacer que mi postura pareciera una traición imperdonable—. Sentí en carne propia, como un puñal lento que se hunde en el pecho, cómo el sistema desplegaba sus mecanismos de defensa para justificar su orden corrupto, manteniendo la ilusión de control a costa de la dignidad de quienes, como yo, nos atrevíamos a pensar diferente, a soñar con una institución que sirviera al pueblo y no al capricho de los poderosos.

El castigo no siempre era explícito ni evidente, como un golpe seco; muchas veces llegaba sigiloso, envuelto en burocracia y sonrisas falsas: traslados inesperados a destinos lejanos, donde el viento altiplánico azota el alma y la familia se desgarró en la distancia; evaluaciones injustas y arbitrarias que sabotajeaban mi progreso profesional con tinta envenenada; la exclusión deliberada de cursos de especialización necesarios para mi crecimiento, como si cerraran puertas a mi futuro con llave y candado; o el silencio administrativo que congelaba cualquier posibilidad de ascenso, manteniéndome en una posición de vulnerabilidad perpetua, de sumisión forzada. Era como caminar sobre una cuerda floja tendida sobre un abismo de incertidumbre, donde cada paso tembloroso podía significar la caída definitiva: la pérdida de mi carrera, de mi integridad, de mi dignidad como hombre y como policía. En esas noches solitarias, con el corazón latiendo como un tambor de guerra interna, aprendí que la dignidad tiene un precio muy alto, un tributo que no todos están dispuestos a pagar, porque exige renunciar a la comodidad, al aplauso fácil y a la falsa paz de la obediencia ciega. La lucha por mantener los valores en los que uno cree con el alma entera —por defender la justicia y la verdad en un mundo que las negocia como mercancía— muchas veces implica sacrificar todo: la estabilidad que tanto anhelamos, el reconocimiento de los pares, y en ocasiones, incluso la paz interior que se resquebraja bajo el peso de la soledad y el miedo.

Sin embargo, en medio de esa adversidad que me golpeaba como olas furiosas contra una roca, también descubrí que la verdadera valentía reside en mantener firme esa convicción, en resistir el embate del sistema con la cabeza en alto y el espíritu inquebrantable, seguir creyendo —a pesar de las cicatrices— que la justicia y la honestidad valen la pena, aunque eso signifique pagar un precio muy alto, un costo que se mide en lágrimas contenidas y sueños postergados. Esa experiencia, dolorosa como una herida que no cierra, me enseñó que, aunque el camino sea un calvario lleno de obstáculos invisibles y traiciones veladas, la dignidad y la integridad son los verdaderos tesoros que nadie puede arrebatarte si tú estás dispuesto a defenderlos con toda tu alma, con cada latido que grita "no me rendiré". En ellos, encontré no solo la fuerza para seguir adelante, sino la certeza de que, al final, la luzícula de la conciencia limpia ilumina

más que cualquier medalla falsa, y que resistir es el acto supremo de amor propio y de lealtad al pueblo que juramos proteger.

### **El precio personal y familiar**

Cada decisión que tomé en defensa de mis principios, en la lucha por mantener mi dignidad y mi integridad, tuvo un costo que nunca imaginé pagar. Un precio que no pagué solo yo, sino que también atravesó las vidas de las personas que más amo en este mundo: mi madre y mis tres hijas. Ellas fueron mi sostén, mi refugio y mi fuerza en los momentos más oscuros, cuando parecía que el peso de la injusticia y la represión me aplastaba sin compasión. Caminar con ellas en esa senda de rebeldía y resistencia fue un acto de amor y sacrificio que llevo en mi alma para siempre.

La rebeldía, esa que parece heroica cuando se cuenta después, cuando las heridas ya sanaron y las lágrimas se han secado, en carne propia es otra cosa. Es dolor, un dolor profundo que cala en los huesos y que desgasta por dentro. Duele cada sanción, cada traslado injusto, cada mirada llena de juicio que no busca comprender, sino condenar. Duele cuando tus convicciones se convierten en castigos, en amenazas que parecen querer doblegarte, en un sistema que intenta apagar tu voz y reducirte a la sombra de lo que eres. Recuerdo esas etapas en las que las órdenes de cambio llegaban sin aviso, de un día para otro, sin tiempo para prepararse, para protestar o para entender qué había pasado. Solo quedaba empacar lo necesario, dejar atrás lo que era seguro y seguir adelante, como si nada importara. Y en ese caminar forzado, en esa incertidumbre constante, mi madre, con su sabiduría callada, fue mi mayor consuelo. Sus manos, acostumbradas al trabajo duro y al silencio, fueron el refugio donde mis hijas encontraron ternura y calma cuando la angustia intentaba robarnos la paz. Ella, con su paciencia infinita, siempre encontraba la forma de recordarnos que, en medio del caos, había un hogar donde regresar, donde el amor era más fuerte que cualquier orden injusta.

Mis tres hijas, esas pequeñas almas que desde muy temprano aprendieron lo que significa el sacrificio y la resistencia, fueron mi razón y mi fuerza más profunda. Ellas aprendieron sin que yo tuviera que decirles, que la verdadera valentía no siempre se grita ni se exhibe con medallas, sino que se vive en cada acto de resistencia cotidiana. Lo entendieron en sus corazones que su padre no buscaba beneficios ni ascensos, sino algo mucho más grande: mantener viva la llama de la dignidad, incluso cuando esa lucha parecía costarnos todo. En sus ojos, en esa mirada pura y llena de confianza, encontré siempre la respuesta a mis dudas, a mis miedos más profundos. Cuando el miedo o la fatiga intentaban hacerme vacilar, bastaba con verlas sonreír, con escuchar sus risas llenas de esperanza, para recordar por qué no podía rendirme. Ellas eran mi luz en la oscuridad, mi motivación para seguir luchando, por más que el peso de las decisiones difíciles quisiera doblegarme.

Hubo noches en las que el silencio pesaba más que las órdenes, en las que la soledad institucional se volvía insoportable. La sensación de nadar contracorriente, de luchar en un mar de indiferencia y de injusticia, podía ser abrumadora. La tristeza de sentir que, en el fondo, uno está solo en esa batalla, que las instituciones y muchas veces incluso los compañeros, no entienden ni valoran el sacrificio personal, era un peso que casi me hacía desfallecer. Pero en medio de ese ruido interno, en esa tormenta de incertidumbre y cansancio, siempre surgía un pensamiento que me sostenía con fuerza: no podía fallarles a ellas. No podía permitir que mis hijas crecieran creyendo que la humillación, la injusticia y la derrota eran la única realidad. No podía dejar que pensarán que la dignidad era un lujo que solo unos pocos podían permitirse.

Con el tiempo, comprendí que la dignidad no es un privilegio, sino una construcción diaria. Es una batalla constante, una elección que hacemos en cada acto, en cada palabra, en cada silencio. Se levanta con gestos pequeños: con la coherencia en nuestras acciones, con la firmeza en nuestra voz cuando todo lo fácil sería callar, con la resistencia silenciosa ante las injusticias que parecen insuperables. El sistema puede sancionar, castigar y relegar, pero nunca podrá quebrar la conciencia de quien se sabe íntegro, quien sabe quién es y qué representa. Esa paz interior, esa tranquilidad que

viene de ser fiel a uno mismo, es el mayor triunfo que podemos alcanzar en medio de la tormenta.

A lo largo de los años, aprendí que Bolivia está hecha de esa misma fibra: de madres que sostienen a sus hijos con amor y valentía, de padres que trabajan sin descanso, de servidores públicos que, sin reconocimiento ni aplausos, siguen cumpliendo con su deber porque creen en un país mejor. Son los héroes invisibles de todos los días, los que mantienen viva la esperanza cuando las instituciones parecen haber olvidado su propósito. Son los que, a pesar de las adversidades, no renuncian a sus ideales, porque saben que la verdadera rebeldía no siempre se expresa con gritos, sino con la decisión de seguir siendo justo, aunque el entorno premie la traición y la cobardía.

Esa rebeldía, esa resistencia silenciosa, fue mi escudo y mi guía. No me dio tranquilidad, pero sí una paz que ninguna victoria material puede ofrecer. Porque supe, en el fondo de mi alma, que aunque me costara la estabilidad, el reconocimiento o incluso la aceptación social, estaba dejando a mis hijas una herencia mucho más valiosa que cualquier título o medalla: un ejemplo vivo de que la dignidad, la honestidad y la lucha por lo correcto valen la pena, aunque eso implique pagar un precio muy alto.

Hoy, al mirar atrás, sé que mi madre y mis hijas fueron mis verdaderas compañeras de lucha. Sin uniforme, sin rango, sin medallas, ellas caminaron a mi lado con una fuerza que no aparece en los informes oficiales, en los reconocimientos o en las estadísticas. Ellas fueron mi mayor orgullo, mi mayor victoria. Y mi mayor satisfacción no está en los años de servicio, en las promociones o en los reconocimientos institucionales, sino en haber podido mirarlas a los ojos y decirles con toda sinceridad:

“Nunca bajen la cabeza ante la injusticia. La dignidad no se compra, no se mendiga y no se pierde si uno sabe quién es.”

Esa es la lección que la vida me regaló, la que intento dejar escrita en cada palabra: que la verdadera libertad no consiste en hacer lo que uno quiere, sino en mantenerse fiel a lo que uno cree, incluso cuando esa fidelidad duele y cuesta todo lo que uno tiene. Porque en esa fidelidad, en esa lucha constante por la justicia y la dignidad, encontramos la verdadera esencia de ser humanos.

## **La Guerra del Agua: el pueblo y la Policía, una relación histórica**

El año 2000 marcó un antes y un después en la historia social y política de Bolivia. La llamada “Guerra del Agua” en Cochabamba no solo fue una rebelión popular contra la privatización y el abuso, sino también el escenario en que la Policía vivió una de sus mayores crisis internas y, al mismo tiempo, un momento de redefinición de su papel ante la sociedad.

La población, golpeada por el alza de tarifas y la prepotencia de las empresas extranjeras, salió a las calles a defender su derecho al agua. La represión fue dura, y los policías nos encontramos en la difícil posición de tener que contener a ciudadanos que, en el fondo, compartían nuestras mismas angustias y necesidades. Muchos de nosotros teníamos familiares entre los manifestantes, y sabíamos que la lucha por el agua era también nuestra.

En ese contexto, la presión social y el malestar institucional se hicieron insostenibles. Las esposas de los policías de base, cansadas de los bajos salarios, la falta de reconocimiento y las condiciones precarias, comenzaron a organizarse para exigir mejoras. El Policía Abad Hinojoza se encadenó en el asiento de una plaza exigiendo mejor trato salarial, las esposas se declararon en huelga de hambre, Banzer decretó el Estado de Sitio con el objetivo de restablecer el orden, se dio la orden de sacar a la fuerza a las esposas de los policías del lugar donde se encontraban cumpliendo su medida extrema, obviamente ningún policía usaría la fuerza contra su propia esposa y ese fue el motivo por el que los policías se acuartelaron en el G.E.S. (grupo especial de Seguridad), no fue un “motín” en el sentido estricto, sino una protesta gremial, una movilización interna legítima y justificada, nacida del hartazgo y la dignidad. Fue una acción colectiva, una demanda de justicia salarial y respeto profesional.

Es importante subrayar que, como en 1952 y en otros momentos de la historia nacional, fue el propio pueblo quien buscó el apoyo de la Policía. Cuando la ciudadanía se siente huérfana, recurre a los policías, no solo como fuerza del orden, sino como parte

del tejido social, como hijos del mismo pueblo. En la Guerra del Agua, muchos ciudadanos se acercaron a nosotros, no para enfrentarnos, sino para pedirnos comprensión, para recordarnos que también éramos víctimas del sistema.

Yo, había retornado de Chile después de cumplir una misión académica institucional, una beca. Estando en Chile, el entonces ministro de Gobierno Dennis Guiteras, por reclamos y pedidos de los Policías, el Gobierno había manifestado que en la policía habían “burros y corruptos”, muchos policías manifestaban su incomodidad y molestia por esta afirmación, pero ninguno hacia publica su molestia, es por eso, que desde Chile, mediante el correo de internet escribí varias cartas al periódico El Diario, que era el medio donde habían publicado la ofensa de Guiteras, lastimosamente mi carta no tuvo respuesta y mucho menos la publicación respectiva.

El conflicto del año 2000, tuvo una característica importante porque estaba en el gobierno Hugo Banzer, el que fuera durante los años 70 presidente de Facto a partir de un golpe de Estado, entonces se presentó el problema en Cochabamba, llamada como la guerra del agua y también en La Paz con las esposas de los policías, que estaban en huelga de hambre, previo a esa huelga, el Policía Abad Hinojoza, había retirado por la fuerza de donde estaba cumpliendo una huelga de hambre.

El 08 de abril Banzer dicta un Estado de Sitio, el Ministerio de Gobierno con un grupo de policías de inteligencia intentan levantar y sacar a la fuerza a las esposas de los policías que estaban en huelga de hambre, eso genera molestia en los policías que estaban en el servicio activo y se generó una convocatoria a emergencia de parte de los Policías y se decide por la Unidad del Grupo Especial de Seguridad (GES), como centro de concentración de todas las demás unidades, es así que el día siguiente 9 de abril, el GES amanecerá con las puertas cerradas y expulsaron a todos los oficiales de la Unidad, el Comandante del GES era el Tcnl. José Arias Paco a quien desconocen y no dejan entrar, durante buen tiempo de la mañana varios Generales, Coroneles, intentaran conversar con los Policías que estaban dentro el cuartel, lastimosamente sin éxito, todos fueron expulsados y no eran obedecidos, muchos Directores Nacionales van a tratar de apaciguar, calmar los ánimos de los policías.

Los policías que sabían que yo me encontraba en Bolivia y además entre los acuartelados había algunos policías con los que habíamos ya hecho algunas actividades de reclamo y protesta desde el regimiento 4, me llaman por teléfono y se desarrolla el siguiente dialogo

- ellos: “mi mayor, ¿está aquí en el país?” ¿qué piensa de lo que está pasando?

- Yo: “me parece bien, manténganse unidos”

- Ellos: me responden: “nos gustaría que se sume a este movimiento”

mi respuesta debería ser inmediata, para entonces yo estaba trabajando en la ciudad de El Alto,

- yo: “sí, espérenme, no tengo uniformes, voy a mi casa, me pongo uniforme y voy”

- Ellos: no importa, aquí tenemos el uniforme camuflado

- Yo: bueno, espérenme, lo que demore en bajar estaré con ustedes

Tomo mi vehículo y me dirijo al GES, como a las 14:00 horas llego a la calle Junin e Indaburo, una vez allí, y revisando la maletera del vehículo, encontré una capa, que yo usaba el día de mis servicios, era lo único que tenía como prenda policial, me acerco a las puertas del GES, los policías me reconocen y celebran mi llegada, ingreso a la Unidad y ciertamente me entregan un uniforme camuflado, encima pongo mi capa.

Una vez con ellos, me explican que no aceptaron ingresar ni hablar con ningún otro oficial, menos Jefes de Policía, pues habían maltratado a sus esposas que se encontraban en huelga de hambre.

No tenían un pliego específico, pues las esposas ya habían sido expulsadas del ambiente donde estaban en huelga de hambre, ósea, solo quedaría exigir una disculpa pública o algo parecido, pero el movimiento era grande y no se debería apagarlo infructuosamente.

Después de conversar con mis camaradas subalternos, decidimos que deberíamos exigir un incremento significativo, pero ¿qué era significativo? Para algunos eran 10% de aumento salarial, otros decían que pidamos 20% y que si nos daban 10 % estaría bien aceptar, Yo había planteado el 100% de incremento, y claro muchos se rieron



de una exigencia tan grande, la mayoría de los Policías y para no perder sería bueno que planteamos algo real y quedamos en pedir 20% y aceptar 10%. Después de establecer el pliego, se hizo algunas apreciaciones, ya había llegado la noche y se escuchó “camaradas estamos ante un Gobierno militar, un Gobierno que se caracteriza por ser duro y sanguinario, militar” y me preguntaron que debíamos hacer. Obviamente, nuestra situación no era la mejor, estábamos en un ambiente cerrado, pregunte en el furrielato que armamento teníamos, y apenas contábamos con dos fusiles zetme y algo de munición, algunos policías tenían una pistola calibre 9mm, teníamos agentes químicos, fusiles lanza gas y escopetas calibre 12 mayor. Era muy poco para asumir una defensa frontal, decidí, separar por grupos de 8 y tomar ubicación en lugares estratégicos para defender la unidad, los dos fusiles zetme con la munición se ubicaron en el techo de la cancillería y el techo del GES, nos comunicamos con las otras unidades policiales y dimos la instrucción de armar equipos de sabotaje a los vehículos militares que seguro nos cercarían, la Policía Técnica Judicial (PTJ), Regimiento 3 y Radio Patrullas 110 fueron los más activos en implementar los equipos de sabotaje a los vehículos militares, tenían bombas molotov para contrarrestar a las tanquetas, caimanes, etc.

Enviamos equipos de inteligencia cerca del Cuartel Ingavi, peaje autopista y Ave. Naciones Unidas, tenían la misión de informar cualquier movimiento de los militares, esto para estar prevenidos. Un sargento apareció con dos metralletas que estaban en mal estado y fueron reparadas durante ese tiempo, las mismas contaban con dos cargadores con munición, se les dio ubicación estratégica para resistir cualquier intento de toma de nuestros cuarteles.

Entonces, ya teníamos organizado todo para responder y resistir en caso de que los militares quisieran tomar nuestros cuarteles, habíamos puesto vehículos como trancas en la puerta principal del GES, públicamente por los medios de comunicación, convenía mostrar fortaleza y definición respecto a nuestra decisión de enfrentar y defender nuestras posiciones. El movimiento interno fue muy intenso, los nervios estaban a flor de piel, sabíamos de los peligros a los que nos enfrentamos, de las

amenazas que vivíamos y la antipatía que teníamos con los militares desde los años de la Revolución del 52.

Eran como las 22:00 horas y estando en una reunión de coordinación, el estafeta nos comunica que estaba llamando el ministro de Gobierno, acudimos a la llamada y el Ministro nos citó al Ministerio para conversar y dialogar respecto a nuestro pliego, nos citaron para las 23:00 horas de esa noche y pidió que para hacer más rápida la negociación, fuéramos solo dos negociadores, mi persona y un suboficial, yo indique que iríamos tres personas, mi persona y dos suboficiales, después de una leve discusión, el Ministro acepto y pidió que fueron puntuales.

Conformamos el equipo de negociación con dos Sub oficiales, con el mandamiento de 20% de incremento salarial, estando prestos para salir hacia el Ministerio de Gobierno, nos comunican que una caravana de vehículos militares estaría bajando con soldados fuertemente armados, la orden que se les dio, fue, que no hicieran nada, puesto que estábamos en etapa de negociación, así fue que los equipos de sabotaje no actuaron, dejaron pasar a los vehículos militares.

Llegando al Ministerio, los oficiales de seguridad, que nos esperaban, nos hicieron pasar prontamente a la oficina del Ministro de Gobierno, poco tiempo esperamos al Ministro y mientras llegaba el Ministro, nos llamaron y comunicaron que un caimán militar había hecho disparos de metralletas al pasar con Bomberos y que los Policías se estaban disponiendo a responder a los militares, yo les volví a pedir serenidad y que mantengan la disciplina.

El Ministro ingreso y tomo asiento en la cabecera de la mesa y directamente me dice:

- Ministro: ¿mayor que hace usted aquí? ¿Deberían estar solo los subalternos! suficiente dos suboficiales,

- Yo: estoy con ellos porque también soy policía, tengo 16 años de servicio, eso me da pertenencia y lo primero que tiene que hacer es hablar con los militares y que no se atrevan a acercarse a los cuarteles policiales, pues, ya unos de ellos habían disparado

contra Bomberos, el pidió a su ayudante comunicarse con el ministro de Defensa, después de hablar con el Ministro de Defensa, nos dice,

- Ministro: no se preocupen, los militares no harán nada en contra de la Policía”

- yo: Ministro usted conoce nuestro Pliego, queremos un incremento salarial significativo, ¿cuál es la respuesta?

- Ministro: Bien camaradas, el incremento que se les dará es de 50%,  
¡Nos quedamos sorprendidos, es muy bueno! ¡era más de lo que habíamos pensado!, antes de quedarme mudo por el incremento, le dije,

- yo: Ministro no solo es el tema salarial, también necesitamos un Plan de Carrera para el personal subalterno, necesitamos una dotación de uniformes completos, de botas de combate, de implementos de trabajo como pistolas y otros.

- Ministro: muy bien firmaremos el acuerdo del 50% de incremento salarial

- Yo: ¿el incremento corre a partir de este mes de abril y para todos de manera general, ósea, desde del Comandante General hasta el último policía no?

- Ministro: no, estamos pensando hacerlo a partir de junio, como un regalo por el aniversario de la Policía

- Yo: no, el convenio se firma ahora y todo se empieza a cumplir desde abril  
El Ministro se mira con sus colaboradores y haciendo un pequeño cuarto intermedio regresan y dice

- Ministro: “muy bien con el comenzara del mes de abril”

- Yo: muchas gracias, con permiso me incorporo para salir del salón.

Estábamos despidiéndonos y en el despacho del ministro escucha en radio,

- Positivo 311 de clave un punto a KL5, 312 exacto avenida Sucre, los mismos se encuentran con armamento pesado, 308 para instrucciones.

Eso significa que los militares estaban avanzando por la avenida Sucre destino a la PTJ, que estaban con armamento militar y que esperaban instrucciones, yo le digo al Ministro están tratando de tomar el GES, el Ministro en ese momento se puso a hablar por teléfono no sé con quién y me dice “no mayor, ha sido un mal entendido los militares en este momento ya se han pasado y las otras movilizaciones se van a pasar directo, por

favor, que todos se calmen, yo le respondí, me alegro que se estén retirando, porque los bomberos ya están prestos y apostados y con algunos automóviles habían tomado posiciones para poder defenderse, entonces hablé por radio bomberos y pregunte novedades respecto a los militares y me respondieron que si, que se están pasando tranquilos, que ya no se veían militares a la vista, que habían pasado unos 6 vehículos militares.

Me despedí del Ministro así: bien señor ministro, gracias por su colaboración, aceptamos el 50%, además de todo lo que estamos poniendo en el pliego petitorio que debe cumplirse, ¿verdad?

Salimos del Ministerio y nos dirigimos de retorno al GES, al llegar a la unidad, convocamos a los demás camaradas y les informamos de todo lo negociado en especial del 50% de incremento, y los vítores se escucharon por todas partes, ha sido una batalla muy importante para nosotros, porque históricamente nunca habían dado a los policías un incremento salarial tan importante.

La movilización interna de la Policía en el año 2000 fue un acto de dignidad y coraje. Los policías de base, respaldados moralmente por el pueblo, exigieron un incremento salarial y mejores condiciones de trabajo. La presión fue tal que el gobierno se vio obligado a negociar y conceder un aumento del 50% en los salarios, una conquista histórica que dignificó a toda la institución. Este episodio demostró que la Policía, lejos de ser un simple instrumento del poder político, puede y debe ser un actor social consciente, capaz de defender los intereses de sus miembros y de la sociedad a la que sirve. La movilización de ese año no solo mejoró nuestras condiciones materiales, sino que fortaleció el vínculo entre la Policía y el pueblo boliviano.

### **El precio personal y familiar**

Toda lucha, por más noble y necesaria que sea, siempre lleva consigo un costo que no se puede ignorar. El mío no fue la excepción. Desde el momento en que decidí alzar mi voz, enfrentarme a las injusticias y defender mis principios, supe que esa decisión

implicaba un precio alto. No solo en términos personales, sino también en el núcleo más profundo de mi familia. Hubo momentos en los que el miedo y la duda se instalaron en mí, como sombras que intentaban nublar mi determinación. La presión institucional, que recae sobre quienes asumen una postura firme y valiente, no solo se limita al oficial que desafía el sistema, sino que también alcanza a quienes esperan en casa, con el corazón encogido, temiendo por nuestra estabilidad, por nuestro bienestar, por nuestro futuro.

Mi madre y mis hijas vivieron cada una de las consecuencias de mis decisiones con una valentía que nunca dejaré de admirar. Ellas fueron testigos directos de los traslados imprevistos, de la incertidumbre laboral que parecía no tener fin, de la falta de reconocimiento que a veces parecía insuperable, y del silencioso rechazo de algunos camaradas que, por miedo o conveniencia, preferían no involucrarse. En esas noches largas, cuando la inquietud se apoderaba de mí más que el sueño, ellas se convirtieron en mi refugio, en mi sostén invisible, en mi fuerza silenciosa. Mi madre, con su serenidad inquebrantable, me recordaba que ningún sacrificio es en vano cuando se actúa con principios y convicción. Sus palabras, llenas de sabiduría, eran un bálsamo en medio de la tormenta.

Mis hijas, con sus sonrisas inocentes y su mirada llena de esperanza, me devolvían la certeza de que la dignidad es el legado más valioso que un padre puede dejarles. Ellas fueron mi inspiración, mi motivo para seguir luchando, mi razón para no rendirme ante la adversidad. En sus pequeños ojos vi reflejada la fuerza que necesitaba para seguir adelante, para resistir, para no claudicar ante las injusticias. Ellas no solo me dieron amor, también me enseñaron que la verdadera valentía consiste en mantenerse firme en los principios, en no traicionarse a uno mismo, aunque eso signifique pagar un precio muy alto.

Con el tiempo, comprendí que la dignidad no es algo que se hereda ni que se recibe como un regalo, sino que se construye día a día, paso a paso, con decisiones firmes y coherentes. La construcción de esa dignidad requiere sacrificio, requiere valentía y, a veces, dolor. Aprendí que el sistema puede castigar la rebeldía, la honestidad y la resistencia, pero nunca podrá borrar la verdad. Porque la historia, tarde o temprano,

termina por reconocer a quienes se atrevieron a actuar con decencia y coraje, incluso cuando todo parecía estar en su contra. La dignidad, esa llama que arde en el corazón de quienes luchan por un país más justo, nunca muere del todo. Solo necesita que alguien la alimente con acciones y convicciones.

Bolivia está llena de historias invisibles, de hombres y mujeres anónimos que, sin uniforme ni medallas, resistieron en silencio al abuso, a la corrupción, a la injusticia. Muchos de ellos no figuran en los libros de historia, pero su ejemplo vive en la memoria de los pueblos y en los corazones de quienes todavía creemos en la posibilidad de un país más digno y solidario. Son los héroes cotidianos, los que trabajan sin descanso y sin reconocimiento, los que mantienen viva la esperanza en medio de la desesperanza, los que siguen creyendo que un cambio real es posible, aunque el camino sea difícil y lleno de obstáculos.

La verdadera rebeldía —la que realmente transforma— no siempre se expresa con gritos, ni con armas, ni con grandes gestos públicos. Muchas veces nace en los gestos más pequeños, en la negativa a participar en el abuso, en la decisión de mantener la voz firme cuando todos prefieren callar. Esa rebeldía silenciosa, esa resistencia callada, son semillas que siembran los cambios más profundos y duraderos. Aunque no den frutos inmediatos, dejan huellas imborrables, abren caminos y siembran conciencia en quienes vendrán después, en las generaciones futuras.

En mi caso, esa rebeldía interior me permitió mirar a mis hijas a los ojos con orgullo y decirles, sin temor ni reservas, que pase lo que pase, nunca deben renunciar a su dignidad. Que el valor no consiste en imponerse sobre otros, ni en humillar ni en someter, sino en mantenerse fieles a los propios principios, en actuar con honestidad y coherencia en cada momento de la vida. Porque esas son las verdaderas fortalezas que nadie puede arrebatarte si tú las mantienes vivas en tu corazón.

Hoy, mirando hacia atrás, no puedo arrepentirme de nada. Afronté al poder, dije “no” cuando todos esperaban mi sumisión, y pagué el precio que eso implicaba: amenazas, desplazamientos, incompreensión. Pero también, en medio de ese costo, gané algo que ningún reconocimiento oficial puede darme: la paz de saber que actué con

integridad, que no traicioné mis principios, que luché con honestidad y valentía. Sé que mi historia es la de muchos bolivianos y bolivianas que, en silencio, resisten cada día, soñando con un país donde la justicia no sea un privilegio de unos pocos, sino un derecho de todos. Son los que, sin esperar aplausos, siguen creyendo en un cambio posible, en un país donde la dignidad sea la base de toda transformación.

Mi mayor orgullo, al final de cuentas, es haber sembrado en mis hijas y en mis camaradas la convicción profunda de que la dignidad no tiene precio. Que la verdadera libertad comienza cuando uno deja de aceptar la humillación, la injusticia y la mentira como parte del destino. Porque solo cuando somos capaces de mantenernos firmes en nuestros principios, incluso en las circunstancias más adversas, podemos afirmar con certeza que estamos viviendo con honestidad y con el corazón en la mano. Esa es la verdadera victoria: saber que, pese a todo, permanecemos fieles a quiénes somos y a lo que creemos, y que, con ello, estamos construyendo un país más digno y humano para todos.

## **COLEGIO DE OFICIALES DE POLICIAS**

En el año 2000, tuve la oportunidad de conversar con el entonces coronel Sánchez Guegner. Recuerdo aquel encuentro con una claridad nítida en mi memoria, como si hubiera sido ayer. Llevaba conmigo una carpeta que contenía más que simples papeles; era el símbolo tangible de un sueño, de una esperanza, de muchas reuniones, debates y conversaciones con camaradas que, al igual que yo, creíamos en un futuro mejor para nuestra Policía. En esas hojas estaban plasmados los fines y propósitos legítimos de una idea que llevaba en el corazón: la creación del Colegio de Oficiales de la Policía Boliviana.

El propósito que nos guiaba era tan sencillo como honesto. No buscábamos desafiar la jerarquía institucional ni entrar en disputas políticas o conflictos de poder. Lo que realmente anhelábamos era construir un espacio de diálogo genuino, un espacio donde la voz de quienes formamos parte de la Policía pudiera escucharse sin intermediarios, sin filtros ni intereses mezquinos. Un espacio donde las necesidades de

los oficiales, sus inquietudes, sus propuestas y sus sueños, pudieran tener un lugar de expresión y discusión. Queríamos que la institución no fuera solo un mando autoritario, sino un lugar donde se promoviera la participación activa, la transparencia y la responsabilidad social.

Nuestra visión era clara y sencilla: fortalecer y profesionalizar aún más a la Policía, desde su interior, y recuperar el orgullo de vestir el uniforme con dignidad y respeto. El Colegio de Oficiales debía ser ese puente necesario entre el poder institucional y la base policial. Una instancia que permitiera debatir, proponer y construir políticas internas que mejoraran la formación, la seguridad laboral, las condiciones de trabajo y, en definitiva, el bienestar de todos los servidores del orden. Queríamos que los oficiales tuvieran un espacio donde sus voces no se perdieran en los pasillos de la burocracia, sino que se escucharan y se tomaran en cuenta para la toma de decisiones.

No era, en absoluto, una idea revolucionaria o aislada. En realidad, sabía que en todas las profesiones serias y responsables del país —los médicos, los abogados, los ingenieros, los arquitectos— existían colegios que los representaban, defendían sus derechos y garantizaban su desarrollo ético y técnico. Es decir, instituciones que tenían como finalidad regular y fortalecer el ejercicio profesional, promover la ética y la formación continua, defender los derechos de sus miembros y ser un canal de participación en asuntos que afectaban a su profesión y a la sociedad en general. Esos colegios no eran solo un espacio de reconocimiento, sino una herramienta fundamental para el progreso y la dignificación de cada profesión.

Lo que proponíamos no era diferente: si esas profesiones cuentan con espacios institucionales de diálogo, de regulación, de defensa y de autorregulación, ¿por qué la Policía, encargada de resguardar la paz, la seguridad y la legalidad, no debería tener también un colegio similar? Un colegio que, además de proteger derechos y promover la ética, sirviera como un espacio de participación activa, de formación continua y de construcción de una identidad profesional fuerte y respetada. La Policía, como cualquier otra profesión, necesita un espacio donde su trabajo sea valorado, donde puedan discutirse y proponerse mejoras, y donde su dignidad sea reconocida públicamente.



Nuestra propuesta se fundamentaba en una convicción profunda: la dignidad profesional también se construye con participación, reconocimiento y respeto. Un policía respetado, escuchado y valorado por su institución, no solo será un servidor más justo y equilibrado, sino que también será un miembro leal y comprometido con su pueblo. Queríamos que la Policía Boliviana tuviera una estructura que fortaleciera su cuerpo desde la razón, desde el diálogo y desde la responsabilidad, y no desde la imposición o el miedo. Porque la verdadera fuerza de una institución no está en la obediencia ciega, sino en la madurez de sus miembros para pensar, proponer, dialogar y mejorar juntos.

Cuando entregué aquellos documentos al coronel Sánchez Guegner, sentí que no solo dejaba en sus manos un proyecto o un papel con ideas, sino que estaba sembrando una semilla de esperanza. Tal vez, en ese momento, esa semilla no florecería de inmediato —porque los tiempos institucionales son largos y muchas veces llenos de resistencias—, pero tenía la certeza de que algún día alguien retomaría esa idea, comprendiendo que la fortaleza de una institución no se mide en la obediencia sin cuestionamiento, sino en la capacidad de sus miembros para actuar con madurez, con responsabilidad y con compromiso social.

Sé que la creación de un Colegio de Oficiales de Policía, similar a los colegios profesionales de otras disciplinas, sería un paso fundamental para construir una Policía más fuerte, más ética y más cercana a la sociedad. Porque, al fin y al cabo, todas las profesiones responsables, cuando cuentan con un espacio de participación y regulación, contribuyen al desarrollo de su campo y, en consecuencia, al bienestar de toda la comunidad. La Policía no puede ser la excepción.

Esa visión, esa esperanza, sigue viva en mí. Porque sé que una Policía que escucha, que participa, que se respeta y que se profesionaliza, es una Policía más digna y más fuerte. Y sé también que, aunque los obstáculos sean muchos y las resistencias internas y externas enormes, los sueños que nacen de la esperanza y la convicción nunca mueren realmente. Solo esperan su momento para germinar y florecer en un futuro mejor, en un país donde la policía sea símbolo de justicia, ética y servicio a la comunidad.

## **Más Allá de los Uniformes: La Necesidad de Unidad y Respeto Institucional"**

Recuerdo perfectamente aquel sentimiento que me quemaba por dentro cada vez que veía cómo nos mirábamos de reojo: policías y militares, hijos de la misma tierra, guardianes del mismo cielo y del mismo suelo, pero separados por un muro invisible hecho de prejuicios, orgullos mal entendidos y silencios que dolían más que cualquier bala. Para mí, y para muchos compañeros que sentíamos igual, esa fractura no era solo un problema institucional; era una herida abierta en el alma del país. Porque ¿cómo íbamos a pedirle a la sociedad boliviana que confiara en nosotros si nosotros mismos no confiábamos los unos en los otros?

En esos años duros, mientras unos combatíamos el crimen en las calles, en los barrios, en la noche más oscura de las ciudades, y otros enfrentaban amenazas en las fronteras, en la selva, en la altura implacable del altiplano, la relación entre la Policía y las Fuerzas Armadas estaba teñida de una tristeza que pocos se atrevían a nombrar. Había distancia, sí, pero también recelo, desconfianza, y en los peores momentos, una hostilidad sorda que se manifestaba en gestos, en comentarios, en ausencias. Nos separaban los uniformes, pero sobre todo nos separaba la idea equivocada de que uno tenía que ser “más” que el otro. Y esa idea, tan pequeña y tan humana, estaba debilitando a la patria que ambos juramos defender con la vida.

Por eso, cuando pedí audiencia al entonces coronel Walter Osinaga —un hombre recto, de mirada limpia y corazón grande—, lo hice con el alma en la mano. Le solicité autorización para organizar algo que, en ese momento, parecía casi imposible: una serie de encuentros sinceros entre oficiales de la Policía Boliviana y oficiales del Ejército, la Fuerza Aérea y la Armada. No quería ceremonias frías ni saludos de protocolo donde todos sonríen para la foto y luego cada quien regresa a su trinchera. Quería algo mucho más profundo: quería que nos sentáramos frente a frente, sin rangos que nos aplastaran, sin uniformes que nos dividieran, y que pudiéramos hablar como hermanos que hace demasiado tiempo se habían olvidado de abrazarse.

Soñaba con mesas largas donde cupiéramos todos, donde el café fuera amargo y las palabras dulces, donde pudiéramos contarnos las noches sin dormir, los compañeros caídos, los miedos que nunca confesamos ni siquiera a nuestras familias. Quería escuchar a un capitán del Ejército hablar del calor de Villamontes, y que un capitán de El Alto le respondiera con el dolor de haber perdido a un camarada en la avenida Busch. Quería que nos diéramos cuenta, mirando al otro a los ojos, que el dolor era el mismo, que la sangre tenía el mismo color, que el juramento que hicimos ante la bandera era idéntico aunque lo pronunciáramos con distintos acentos.

Me dolía en lo más hondo esa distancia que nos habían inculcado casi desde la formación. Me dolía ver cómo, en foros internacionales, a la Policía Boliviana se nos miraba por encima del hombro, como si nuestro trabajo —ese trabajo sucio, cercano, cotidiano, de estar al lado del pueblo— fuera menos noble que marchar en desfile o pilotear un avión de combate. Me dolía porque sabía lo que valía cada policía que dejaba a sus hijos dormidos para salir a patrullar, cada agente que enfrentaba solo a una turba enfurecida, cada compañero que regresaba a casa con el alma rota después de ver morir a un niño en medio del caos. Ellos merecían respeto. Merecían ser vistos como lo que eran: héroes anónimos que cargaban al país en los hombros todos los días.

Por eso puse el corazón entero en esas reuniones. Quería romper el hielo de décadas, quería que nos diéramos cuenta de que no éramos competidores en una carrera absurda por ver quién era “más importante”, sino piezas irremplazables del mismo rompecabezas. Quería que el día de mañana, cuando un operativo conjunto fuera necesario, nadie dudara en tender la mano al compañero del otro uniforme, porque ya nos habríamos abrazado antes, porque ya habríamos llorado juntos, porque ya sabríamos que detrás de cada estrella late un corazón que late por Bolivia.

No era fácil. Nada fácil. Hubo resistencias silenciosas pero firmes, miradas de extrañeza que pesaban como plomo, comentarios a media voz que cortaban más que cualquier orden de mando. Se levantaron muros que yo no había previsto: orgullos institucionales demasiado antiguos, temores disfrazados de prudencia, inercias que nadie quería romper.

Y aunque logré que algunos oficiales aceptaran la invitación, aunque llegamos a tener fechas, lugares y hasta el café comprado para la primera reunión... nunca se dio. Nunca nos sentamos frente a frente como hermanos. Nunca hubo esos abrazos que yo ya imaginaba, ni las lágrimas compartidas, ni las promesas susurradas de “nunca más vamos a permitir que nos separen”.

El sueño quedó suspendido en el aire, como una bandera a media asta. Y duele. Duele todavía hoy, porque sé que pudimos haber empezado a sanar y no lo hicimos. Sé que pudimos habernos mirado a los ojos y descubrir que éramos lo mismo, y preferimos seguir mirando hacia otro lado.

Pero ese dolor también me mantiene despierto. Porque mientras siga doliendo, seguirá habiendo esperanza. Mientras siga doliendo, seguiré creyendo que algún día —ojalá pronto— alguien volverá a alzar esa bandera que quedó a media asta y dirá, con la voz quebrada pero firme: “Esta vez sí. Esta vez nos sentamos. Esta vez nos abrazamos. Esta vez nadie nos vuelve a separar”.

Años después, miro hacia atrás y me duele reconocerlo: aquellas reuniones que tanto soñé nunca llegaron a existir. No hubo mesas largas, ni café compartido, ni una sola tarde en que pudiéramos sentarnos a mirarnos como hermanos. Las invitaciones quedaron en carpetas olvidadas, las fechas se borraron del calendario, y el silencio terminó ganando aquella batalla. No plantamos ni una sola semilla; la tierra siguió seca, árida, esperando una lluvia que nunca llegó.

Y sin embargo... paradójicamente, el sueño no murió. Al contrario: se hizo más grande dentro de mí, más urgente, más doloroso y por eso mismo más vivo. Porque cuando algo que uno ama con toda el alma se queda trunco, no se apaga; se convierte en fuego que no se consume.

Sigo viendo, con la misma claridad de entonces, esa Bolivia que aún no existe pero que tiene que existir: la Bolivia donde un policía y un soldado se encuentren en cualquier esquina del país y se den un abrazo fuerte, sin desconfianza, sin medir quién tiene más estrellas o más años de servicio; la Bolivia donde nadie sienta la necesidad de demostrar que su uniforme es más importante, porque todos sabremos que el único uniforme que

importa es el de la patria que llevamos puesto en el alma; la Bolivia donde la única competencia sea quién ama más a este pueblo, quién está dispuesto a dar más por él, quién se juega entero sin pedir nada a cambio.

Ese sueño no tiene fecha en el calendario porque no depende de una reunión que nunca fue. Depende de corazones que algún día se cansen de estar divididos. Y yo sé que ese día llegará. Lo llevo escrito aquí, en el pecho, como una promesa que nadie me pidió pero que igual voy a cumplir: mientras me quede una gota de aliento, seguiré hablando de esto, seguiré creyendo en esto, seguiré empujando esta puerta aunque se cierre mil veces.

Porque las reuniones que no se dieron no mataron la esperanza. La hicieron más fuerte. Y algún día, cuando menos lo esperemos, alguien va a abrir esa puerta de una buena vez... y entonces sí nos vamos a abrazar y nadie, nunca más, nos va a separar.

Ese sueño no es una utopía. Es una deuda que tenemos con los que cayeron, con los que hoy siguen en la calle o en la frontera, con los niños que mañana vestirán alguno de nuestros uniformes. Es una deuda de amor.

Y mientras haya aunque sea un solo corazón que crea en la unidad por encima de las diferencias, mientras exista alguien dispuesto a tender la mano al compañero del otro color de tela, ese sueño seguirá caminando. Porque Bolivia no merece instituciones que se miren de lejos. Bolivia merece instituciones que se abracen fuerte, que se cuiden las espaldas, que lloren y rían juntas. Ese día llegará. Lo siento en el pecho como una certeza cálida. Y cuando llegue, los uniformes seguirán siendo distintos... pero los corazones ya serán uno solo.

### **La Primera Victoria: La Revolución Democrática en la Policía Boliviana**

El año 2000 marcó un punto de inflexión en mi carrera y, sin exagerar, en la historia reciente de la institución policial en Bolivia. Por primera vez, un grupo de oficiales jóvenes —subtenientes y tenientes, llenos de ideales, de coraje y de un profundo sentido de justicia— decidimos dar un paso audaz y enfrentarnos a una estructura que, durante

décadas, había estado dominada por el poder jerárquico, la sombra de la corrupción y una cultura de impunidad que parecía inamovible. Nuestra intención no era solo participar en un proceso electoral, sino desafiar un sistema que, en muchos aspectos, se había convertido en un símbolo de privilegios, silencios y complicidades que afectaban la moral y la credibilidad de la institución.

Este proceso de transformación fue posible gracias a la valentía y el compromiso de un grupo de oficiales que asumieron la responsabilidad de liderar un cambio significativo. En ese momento, dos mayores y cinco subtenientes decidieron tomar las riendas y asumir la dirección de la cooperativa policial, desafiando las estructuras tradicionales y promoviendo una gestión más transparente y participativa. Estos líderes, con su ejemplo y dedicación, impulsaron una serie de acciones que buscaron democratizar la organización y fortalecer los valores de honestidad y ética en la institución.

Hasta entonces, la Cooperativa de Policías había sido un espacio reservado casi exclusivamente para los coroneles y grados superiores. Se la consideraba un bastión intocable, un feudo donde las decisiones importantes se tomaban en secreto, lejos de la vista de la mayoría y, en muchas ocasiones, al margen de la honestidad y la transparencia. La falta de rendición de cuentas, las prácticas clientelistas y las decisiones tomadas en la sombra habían socavado la confianza de los oficiales de base, quienes, con sacrificio y esperanza, aportaban día a día a la seguridad del país, aunque percibían que esa institución no los representaba ni protegía sus derechos.

Fue en ese contexto que, junto con un equipo de jóvenes oficiales comprometidos, concebimos la idea de presentarnos a las elecciones internas de la Cooperativa. La composición del directorio, formado por dos mayores y cinco subtenientes, reflejaba claramente el deseo de democratizar y abrir la institución a todos los rangos, rompiendo con la vieja estructura jerárquica que concentraba el poder en los grados más altos. No fue una decisión fácil. Enfrentamos una resistencia feroz, desconfianza y burlas por parte de quienes consideraban impensable que oficiales de menor rango, con poca experiencia y recursos políticos limitados, pudieran competir en

un espacio dominado por los grados superiores. Sin embargo, creíamos con firmeza que la dignidad no tiene jerarquía, y que la honestidad, la transparencia y el compromiso con la ética debían prevalecer sobre los privilegios y las viejas prácticas de corrupción.

Nuestra campaña fue sencilla, sin recursos económicos ni respaldo de ningún poder externo. No buscábamos protagonismo ni favores, sino transmitir un mensaje claro y honesto. Recorrimos las unidades, conversamos con nuestros camaradas, escuchamos sus reclamos y promesas que parecían olvidadas: administrar la cooperativa con honestidad, devolverla a la función de servicio y hacerla un espacio de participación democrática. La convicción era más fuerte que cualquier adversidad, y cada paso que dimos estuvo impregnado de la certeza de que un cambio verdadero era posible si había voluntad y compromiso colectivo.

Contra todo pronóstico, logramos ganar las elecciones. Ese triunfo fue mucho más que una victoria administrativa; fue un acto simbólico, un golpe contundente a la vieja cultura del silencio, la complicidad y la impunidad que había dominado por tanto tiempo en la institución. Por primera vez, en la historia de la cooperativa policial, dos oficiales mayores —uno y otro—, junto con los cinco subtenientes, asumían la conducción y la responsabilidad de administrar este espacio fundamental para las policías de base. La presencia de estos oficiales en los cargos de dirección reflejaba un claro rechazo a las viejas prácticas y un compromiso con la apertura y la transparencia.

Recuerdo ese día con claridad. Cuando se anunció el resultado, no hubo grandes celebraciones ni discursos grandilocuentes. Sin embargo, en los pasillos de las unidades y en cada rincón de la institución, se respiraba un aire distinto: un suspiro de esperanza, una sensación de que algo nuevo estaba naciendo. La presencia de los dos mayores y los cinco subtenientes en el directorio, todos con la misma visión y compromiso, mostraba que la estructura en la que durante tanto tiempo se habían concentrado los privilegios comenzaba a desmoronarse, dando paso a una gestión más democrática y participativa.

Sabíamos que el desafío no terminaba allí. La verdadera prueba sería mantener la integridad en medio de las presiones y los intereses creados, resistir las tentaciones y demostrar que el compromiso con la ética y la transparencia no era solo una promesa de

campaña, sino una práctica diaria. La experiencia nos enseñó que las decisiones difíciles, las resistencias internas y externas, y las tentaciones de volver a viejos hábitos, debían ser enfrentadas con honestidad y firmeza.

Desde ese momento, comenzamos a trabajar con un espíritu de rendición de cuentas. Ordenamos los registros, fortalecimos los mecanismos de control y empezamos a reconstruir la confianza de nuestros camaradas en la institución. No fue solo una gestión administrativa; fue un acto de reivindicación moral. Queríamos demostrar que los policías también podíamos administrar con ética, servir con lealtad y mirarnos de frente ante la sociedad sin sentir vergüenza o remordimiento. Era la oportunidad de cambiar la percepción sobre nuestra institución y de demostrar que, con voluntad y honestidad, se puede construir un camino de dignidad y respeto mutuo.

El año 2000 marcó, en definitiva, un momento decisivo en la historia de la Policía Boliviana. La victoria de ese proceso democrático dentro de la cooperativa fue la primera de muchas batallas que aún estaban por venir, pero sirvió para demostrar que la transformación era posible desde las bases y que la participación activa y la ética podían desafiar los viejos privilegios. Es la historia de un acto de coraje y transformación, de una lucha colectiva que continúa inspirando a nuevas generaciones a luchar por un país más justo y honesto.

Esa primera victoria no solo cambió la estructura de la cooperativa, sino que también sembró las semillas de una nueva cultura institucional. La esperanza de un cambio real, sustentado en la honestidad, la transparencia y la participación, se convirtió en un motor que impulsa hoy en día a muchos policías y oficiales a seguir luchando por una Policía más democrática, responsable y cercana a la ciudadanía.

### **EL IMPUESTAZO DEL 2003**

Portar el uniforme de la Policía Boliviana es mucho más que cumplir órdenes o hacer cumplir la ley. Es cargar con una historia, con los sueños y frustraciones de miles de camaradas, y con la mirada atenta —a veces desconfiada— de todo un pueblo que



espera protección, justicia y, sobre todo, humanidad. El uniforme, lejos de ser solo un privilegio, es una carga que exige coraje y honestidad.

Desde mis primeros días como oficial, sentí el peso simbólico del uniforme. No era solo una prenda, era un escudo y, a la vez, una diana. Por un lado, representaba la autoridad, el respeto y la confianza que la sociedad deposita en quienes deben velar por su seguridad. Era un símbolo de servicio, de entrega y de compromiso con la justicia y la comunidad. Pero, por otro lado, el uniforme también era motivo de recelo, de prejuicio y, en muchos casos, de rechazo. Aprendí que el uniforme no te hace mejor persona, pero sí te obliga a ser más responsable, más justo y más consciente de tus actos.

A lo largo de mi carrera, fui testigo de cómo la dignidad del policía se pone a prueba todos los días. En la calle, enfrentando la violencia, la delincuencia y la indiferencia de algunos sectores sociales; en el cuartel, soportando la discriminación, las injusticias y, en ocasiones, el abuso de superiores que, en lugar de apoyar, humillan o explotan a quienes están en la base. En la vida familiar, cargando con el estigma social, la precariedad económica y las dificultades que vienen con un salario insuficiente y condiciones laborales muchas veces precarias. La carga del uniforme, con su peso simbólico, se hace sentir en cada decisión, en cada acción, en cada sacrificio cotidiano.

El uniforme, que debería ser un símbolo de honor, de protección y de servicio, también trae consigo una serie de desafíos internos y externos. La tentación de la corrupción, la presión de políticos y actores externos, que muchas veces buscan manipular o aprovecharse de la institución, y el desprecio de algunos sectores sociales que, por prejuicios o desconocimiento, descalifican a quienes llevamos ese símbolo. La precariedad de las condiciones laborales, la falta de recursos y la inseguridad en muchas ocasiones, hacen que la lucha diaria por mantener la dignidad sea aún más difícil.

Pero, a pesar de todo esto, también he sido testigo de la solidaridad entre camaradas, del orgullo profundo de vestir ese uniforme y de la satisfacción que se siente al saber que, a pesar de las adversidades, uno puede mirar a los ojos a su familia y decir con honestidad: “hoy hice lo correcto”. Porque el verdadero valor del uniforme no está

en su apariencia, sino en la actitud, la ética y la voluntad de hacer el bien, incluso en las circunstancias más adversas.

Esa carga, esa responsabilidad y ese honor que llevábamos en cada acto, en cada decisión, en cada sacrificio, fueron los que impulsaron en mí y en muchos otros oficiales la firme decisión de luchar por un cambio profundo y genuino en nuestra institución. Sabíamos que el uniforme no era solo un símbolo externo de autoridad, sino también un reflejo de nuestro compromiso moral y ético con la sociedad a la que servíamos. Era una carga que exigía honestidad, integridad y una verdadera vocación de servicio. Sabíamos que, para honrar ese símbolo, debíamos actuar con rectitud, con corazón y con un compromiso inquebrantable por la justicia y la dignidad humana.

La transformación de la Policía, en la que los oficiales de base pudieran participar activamente, decidir y gobernar con honestidad, transparencia y verdadera vocación de servicio, no era solo una aspiración lejana, sino una necesidad urgente que clamaba por hacerse realidad. Era la única forma de devolverle a la institución su dignidad perdida, su credibilidad dañada y su verdadera misión: proteger, servir y ser un pilar de justicia en la sociedad. Entendimos que ese cambio profundo requería valor, convicción y la voluntad de romper con viejos paradigmas. Pero también sabíamos que esa transformación era posible, que era un acto de amor por nuestro país y por la institución que, en el fondo, nos había dado tanto. Porque solo así, con participación genuina y compromiso colectivo, lograríamos construir una Policía que no solo portara un uniforme, sino que encarnara los valores de honestidad, respeto y servicio que todos queremos ver en ella.

El uniforme, en su carga simbólica, se convirtió en un símbolo de esperanza y de resistencia. Nos enseñó que, aunque la carga sea pesada y las dificultades muchas, la verdadera fuerza reside en mantener viva la pasión por servir, en la ética y en la convicción de que, con compromiso colectivo, podemos construir una Policía más justa, más humana y más cercana a la ciudadanía. Cada vez que vestíamos ese uniforme, no solo asumíamos un rol de autoridad, sino que también aceptábamos una responsabilidad moral que nos llamaba a actuar con honestidad, a proteger a los inocentes y a luchar contra la injusticia con todas nuestras fuerzas. La carga del uniforme nos recordaba que,

en medio de las adversidades, la dignidad y la integridad debían ser nuestras guías, y que, con esfuerzo y solidaridad, era posible transformar esa carga en un símbolo de orgullo y de cambio real.

Y, sobre todo, comprendimos que esa carga, aunque difícil, valía la pena llevarla si con ella podíamos contribuir a un país mejor. Porque cada sacrificio, cada dificultad enfrentada con honestidad, y cada acto de servicio con corazón, aportaba a la construcción de una institución en la que quienes la integran puedan mirarse en el espejo y sentirse orgullosos. El uniforme no solo nos identificaba como policías, sino que también nos recordaba que éramos guardianes de la justicia y de la esperanza, y que, en nuestras manos, estaba la posibilidad de hacer la diferencia, de dejar una huella imborrable en la historia de Bolivia y en la vida de su gente. Esa carga, finalmente, no era solo un símbolo, sino también un compromiso diario de seguir luchando por un país más digno, más justo y más humano.

### **Los pequeños actos de resistencia y humanidad**

La vida en la Policía está tejida por innumerables pequeñas historias, momentos que parecen insignificantes a simple vista, pero que en realidad contienen una profunda esencia de amor, entrega y esperanza. Son esos gestos silenciosos de resistencia, esas acciones que hablan más que mil palabras, las que mantienen viva la convicción de que ser Policía no es solo portar un uniforme, sino también un compromiso inquebrantable con la humanidad y el bienestar de nuestro pueblo. En medio del caos diario, del ruido de sirenas y el peso de la responsabilidad, estos actos emergen como faros de luz, recordándonos que la verdadera autoridad nace del corazón, no del arma.

Recuerdo con claridad aquellos momentos en los que la humanidad se hizo presente en medio de la rutina policial, como un bálsamo que aliviaba el alma agotada. Como cuando tuve la oportunidad de recibir en mis brazos en cuatro oportunidades a recién nacidos que llegaban a este mundo, con la esperanza y el brillo de la vida en sus ojos diminutos. Sentí el calor frágil de sus cuerpos contra mi pecho, el llanto suave que

parecía un himno a la inocencia, y en ese instante, mis manos temblorosas — acostumbradas a empuñar la justicia— se convirtieron en un refugio de ternura infinita. Lágrimas contenidas rodaron por mis mejillas, ocultas tras la visera, mientras sus madres, exhaustas y agradecidas, me miraban con ojos llenos de gratitud. Esos instantes, llenos de una sensibilidad profunda que me hacía vulnerable, me recordaron que detrás de cada uniforme hay un ser humano capaz de ofrecer un acto de amor incondicional, un puente entre la vida que nace y el deber que protege.

También llevo grabado en el alma aquel momento en el que tuve que dar la extremaunción a un anciano que se encontraba en sus últimos suspiros, en un acto de compasión y dignidad que me partió el corazón. Sus manos arrugadas, marcadas por una vida de trabajo duro, se aferraban a las mías con una fuerza sorprendente, como si en ese apretón transmitiera toda su sabiduría y su paz. Murmuró palabras entrecortadas, pidiendo perdón por errores pasados, y yo, con la voz entrecortada por la emoción, recé por él, sintiendo cómo su aliento se desvanecía como una hoja en el viento otoñal. En ese cuarto humilde, rodeado de familiares con rostros surcados por el dolor, mostré que la verdadera fuerza de un policía radica en su capacidad de cuidar y respetar la vida en todas sus etapas, desde el primer vagido hasta el último suspiro, honrando la dignidad que ningún protocolo puede dictar.

Y no puedo olvidar aquella vez que tuve que bautizar a un recién nacido muerto, un acto de respeto y humanidad que trasciende cualquier acto de autoridad, reafirmando que en nuestro trabajo también hay lugar para la ternura y la sensibilidad. El pequeño cuerpo inerte, envuelto en una manta blanca, pesaba como un mundo entero en mis brazos. Las lágrimas de la madre caían sobre él como lluvia silenciosa, y yo, con el corazón hecho trizas, pronuncié las palabras sagradas, bendiciendo un alma que apenas había rozado la tierra. En ese momento de profundo duelo, mi uniforme se desvaneció; solo quedaba un hombre acompañando a una familia en su dolor más crudo, ofreciendo consuelo donde las palabras fallan y el silencio grita.

Esos gestos, aunque parecen pequeños en comparación con las grandes operaciones o las tareas cotidianas, son los que realmente mantienen viva la esperanza

de que ser Policía es, ante todo, un apostolado de amor y de entrega a la comunidad. Son esas acciones las que nos conectan con la verdadera esencia de nuestro servicio, con la vocación de cuidar, proteger y acompañar en los momentos más difíciles y delicados de la vida de las personas. En ellos, encontramos la resistencia silenciosa contra la frialdad del deber, el fuego que enciende la fe en un mundo mejor.

Pero la vida policial también está llena de momentos de camaradería, de pequeños ritos que fortalecen el espíritu y crean lazos invisibles pero muy sólidos entre quienes compartimos ese camino. Recuerdo las largas charlas bajo el sol abrasador, mientras nos lustrábamos las botas con esmero, compartiendo anécdotas que nos hacían reír hasta que el estómago dolía, sueños que volaban más alto que las nubes, y preocupaciones que se aliviaban al ser dichas en voz alta. Las bromas y chistes que rompían la tensión en medio de jornadas agotadoras, como un soplo de aire fresco en un día de tormenta; los apoyos silenciosos en los momentos en que alguien era castigado injustamente, una palmada en la espalda o un café compartido que decían "no estás solo". Los gestos de solidaridad en medio de la adversidad, como cuando un compañero cubría turnos extras para que otro pudiera ver a su hijo enfermo, o cuando nos reuníamos en silencio para honrar a un caído. Esos momentos de fraternidad y compañerismo fueron mi mayor fortaleza en los días oscuros, cuando el cansancio amenazaba con doblegarnos y parecía que todo estaba en contra. En esas instantes, el uniforme dejó de ser solo una vestimenta para convertirse en un lazo invisible que nos unía en la adversidad, en la lucha cotidiana por mantener viva la esperanza y la dignidad, tejiendo una familia forjada en el fuego de la lealtad.

Esos pequeños actos de humanidad, esas muestras de solidaridad y amor, son los verdaderos pilares que sostienen nuestra labor, recordándonos que, más allá de las dificultades, el compromiso con la gente y con nuestros valores siempre prevalecerá. Porque en cada gesto, en cada acto de respeto y en cada palabra de consuelo, reafirmamos que ser Policía es, en esencia, una vocación de servicio y de amor por el prójimo, un camino que nos invita a ser mejores cada día, a resistir con el alma y a

humanizar el mundo con el corazón abierto. En ellos, encontramos no solo fuerza, sino la promesa eterna de que la bondad, por pequeña que sea, puede cambiarlo todo.

### **El pueblo y la Policía: una relación compleja, dolorosa y profundamente necesaria**

La relación entre la Policía Boliviana y su pueblo nunca ha sido sencilla. Es una historia de amor herido, de abrazos rotos y de reconciliaciones a medias. Es la historia de una institución que nació del mismo barro que el pueblo, que lleva en la sangre la misma pobreza y la misma rabia, pero que muchas veces terminó enfrentada a él por órdenes que venían de arriba, por errores propios y por una sociedad que no ha sabido quererse ni cuidarse.

Desde aquel 23 de marzo de 1879, cuando en Calama un puñado de policías y civiles se pararon frente al invasor chileno con más corazón que balas, hasta los días más oscuros y confusos del 2019, la Policía ha estado siempre en la primera línea: a veces como escudo del pueblo, a veces —y duele decirlo— como brazo represor de gobiernos que no supieron escuchar. Y en cada uno de esos momentos, el uniforme verde olivo se manchó de sangre, de sudor y también de lágrimas: las del policía que disparaba con el alma rota porque le ordenaron hacerlo contra su propia gente, y las del manifestante que veía en ese policía a un hermano al que la vida había puesto del otro lado.

En 1952, muchos policías se quitaron el kepi y se pusieron del lado de la Revolución. Bajaron los fusiles contra los latifundistas y los levantaron junto al pueblo que exigía tierra y dignidad. En la Guerra del Agua del 2000, cientos de uniformados sintieron en su propia piel el gas lacrimógeno que lanzaban sus compañeros, porque también ellos eran hijos de barrios pobres y también pagaban el agua cara. En febrero del 2003, cuando el “impuestazo” quiso ahogar aún más a las familias bolivianas, los cuarteles ardieron de indignación. Recuerdo las noches enteras hablando en voz baja entre camaradas, con la garganta apretada: “Si nos quitan el pan a nosotros, ¿qué le queda al pueblo?”. Y cuando el 12 de febrero estalló la furia, muchos policías nos

negamos a reprimir a quienes marchaban por las mismas razones que nosotros sentíamos en el pecho.

El 2019 fue el capítulo más doloroso de todos. Fue el momento en que la institución se miró al espejo y no se reconoció. Hubo policías que protegieron al pueblo con su cuerpo, que abrieron las puertas de los cuarteles para que los manifestantes entraran a refugiarse, que lloraron viendo arder sus propias unidades. Y también hubo quienes cumplieron órdenes que nunca debieron cumplirse. Todos éramos los mismos hombres y mujeres de siempre: padres y madres de familia, hijos de campesinos, de mineros, de maestros... pero la historia nos puso otra vez frente a frente, pueblo contra Policía, hermano contra hermano.

Y duele. Duele todavía hoy cuando camino por las calles y veo que algunos miran a los policías con desconfianza, porque llevan grabada la imagen de un casco y un escudo que golpeó. Duele cuando un niño se aparta al ver el uniforme, porque aprendió a tener miedo antes que a confiar. Duele porque sé que ese niño podría ser mi hijo, y ese señor que cruza la calle podría ser mi padre.

Pero también sé que esa herida puede sanar. Porque la Policía Boliviana no es una institución caída del cielo: es pueblo en uniforme. La mayoría de nosotros venimos de los mismos lugares que la gente a la que servimos. Hemos comido la misma comida escasa, hemos estudiado con luz de vela, hemos sentido la misma impotencia frente a la injusticia. Y mientras esa verdad siga latiendo dentro de los cuarteles, habrá esperanza.

La relación entre la Policía y el pueblo no está rota para siempre. Está herida, sí. Está cansada, llena de cicatrices, cargada de reproches que a veces son justos y a veces no. Pero es una relación viva, porque es una relación de sangre. Y las heridas de sangre, cuando se curan con honestidad, terminan convirtiéndose en los lazos más fuertes.

Yo sueño con el día en que una madre en El Alto pueda decirle a su hijo: “Mira, ahí viene la Policía... ya no tienes que tener miedo, tienes que saludarlos, porque son tus hermanos mayores que cuidan la casa”. Sueño con el día en que un policía pueda caminar por Achacachi o por el Plan Tres Mil sin que nadie baje la mirada, porque sabrán que ese uniforme no está ahí para oprimir, sino para proteger.

Ese día no llegará con discursos ni con leyes nuevas. Llegará cuando cada policía recuerde todos los días que su autoridad no viene del rango ni del arma, sino del pueblo que se la presta. Llegará cuando el pueblo vuelva a ver en el policía no a un enemigo, sino a un hijo suyo que eligió cuidar a los demás.

Esa reconciliación no es un regalo que alguien nos va a dar. Es una tarea que nos toca a todos: a los que vestimos el uniforme y a los que no. Es una deuda de amor que tenemos pendiente desde hace demasiado tiempo.

Y yo, mientras tenga voz y aliento, seguiré pidiéndola: que nos perdonen las veces que fallamos, que nos den otra oportunidad de servir con el corazón limpio, y que algún día podamos caminar juntos, pueblo y Policía, como lo que siempre debimos ser: una misma familia que se quiere, que se cuida y que no se abandona nunca jamás.

### **La protesta colectiva: dignidad ante la adversidad**

Abril del 2000 y febrero del 2003: no fueron motines, fueron gritos de dignidad con el alma al desnudo

Quien diga que lo que pasó en abril del 2000 y en febrero del 2003 fueron motines no conoce el dolor que llevaba años acumulándose en el pecho de miles de policías bolivianos. Quien los llame motines no ha visto nunca a un padre de familia con el uniforme raído mirando la mesa vacía y preguntándose cómo le explica a sus hijos que esta noche no habrá ni pan. Quien los llame motines no entiende que hubo un momento en que la paciencia se quebró, no por capricho, sino porque el alma humana tiene un límite y nosotros llegamos al borde del abismo.

No fueron motines. Fueron llantos colectivos que se convirtieron en consignas, fueron abrazos entre camaradas que ya no podían más, fueron madres policías que dejaron a sus bebés dormidos para ir a gritarle al cielo que ya no aguantaban.

Fueron hijos de campesinos, de mineros, de maestros, de gente humilde que un día se pusieron un uniforme verde olivo creyendo que servir al país significaría también ser tratados con un mínimo de respeto... y descubrieron que no.



Recuerdo el frío de aquellas madrugadas del 2000 cuando nos reunimos en el patio del G.E.S., con el aliento blanco y los ojos rojos de no dormir. Recuerdo la voz temblorosa de un sargento que llevaba veinte años de servicio diciendo: “Camaradas... ya no es por nosotros. Es por nuestros hijos. Si hoy nos callamos, mañana ellos van a vivir lo mismo”. Y todos asentimos en silencio, porque sabíamos que era verdad. No estábamos pidiendo lujos. Pedíamos lo mínimo: que el sueldo alcanzara para comer, que la viuda de un camarada caído no tuviera que mendigar, que pudiéramos mirar a nuestros hijos a los ojos sin sentir vergüenza.

En febrero del 2003 la herida se abrió del todo. El “impuestazo” fue la puñalada final. Recuerdo el día que nos llegó la noticia: nos iban a descontar más del sueldo que ya no alcanzaba. Recuerdo el silencio que cayó en el comedor, un silencio tan pesado que dolía. Y luego alguien empezó a llorar. Uno solo. Y después otro. Y después éramos cientos llorando de rabia y de impotencia. Porque no era sólo plata. Era dignidad. Era sentir que el país al que le dábamos la vida nos estaba diciendo: “Ustedes no valen nada”.

Y aun así... aun así, en medio de ese dolor inmenso, hubo una grandeza que nadie nos va a poder quitar. Nadie saqueó. Nadie robó. Nadie se emborrachó de poder.

Los cuarteles en todo Bolivia se convirtieron en asambleas de hermanos que se abrazaban y se juraban no traicionar al pueblo. Hubo oficiales que se quitaron las estrellas y se pararon al lado del último soldado raso porque entendieron que la dignidad no tiene jerarquía.

Hubo mujeres policías que cargaron a sus hijos en brazos mientras marchaban, para que el mundo viera que no peleaban por capricho: peleaban por el futuro de esos niños. Hubo ancianos retirados que llegaron cojeando a las puertas del GES solo para decir: “Aquí estoy, hijos. No están solos”.

No hubo violencia descontrolada. Hubo lágrimas. Hubo cantos. Hubo oraciones. Hubo madres que rezaban de rodillas en los pasillos mientras sus hijos policías decidían si obedecer órdenes injustas o escuchar al corazón.

Y cuando todo terminó, cuando nos obligaron a callar otra vez, cuando algunos fueron castigados y otros humillados... nos quedó algo que nadie nos podrá arrancar: la

certeza absoluta de que hicimos lo correcto. Porque preferimos ser tratados como “motines” por defender la dignidad que ser cómplices silenciosos de la injusticia.

Hoy, años después, cuando alguien menciona “los motines del 2000 y 2003”, yo siento orgullo. Orgullo inmenso. Porque sé lo que realmente pasó: un grupo de hombres y mujeres pobres, con uniformes viejos y el corazón lleno de amor por Bolivia, se paró frente al poder y le dijo “¡Basta!”. No con balas, no con odio. Con la voz quebrada, con lágrimas en los ojos, pero con la frente en alto.

Esos días no fueron motines. Fueron lecciones de dignidad que la historia todavía no sabe contar bien. Fueron actos de amor de una institución que se negó a traicionar a su propia gente. Fueron la prueba de que, incluso en los momentos más oscuros, la Policía Boliviana puede elegir ser pueblo antes que ser instrumento.

Y ojalá algún día Bolivia entienda y nos agradezca. No por lo que hicimos mal, sino por lo que hicimos bien cuando nadie más se atrevía. Porque en abril del 2000 y en febrero del 2003 no nos rebelamos contra el país. Nos rebelamos por el país. Y lo volveríamos a hacer. Si mañana otra vez intentaran pisotear la dignidad de un policía, de su familia, de su hijo... estoy seguro de que volveríamos a abrazarnos, volveríamos a llorar juntos, volveríamos a alzar la voz. Porque eso no es motín. Eso es ser humano. Eso es ser Policía del pueblo. Eso es amar a Bolivia con el alma entera.

### **El pueblo y la Policía: la alianza que me salvó el alma**

De todo lo que viví en aquellos días de abril del 2000 y febrero del 2003, hay algo que nunca podré olvidar, algo que aún hoy me quiebra la voz y me humedece los ojos: la forma en que el pueblo boliviano nos abrazó cuando más solos nos sentíamos.

Nosotros estábamos adentro de los cuarteles, con el corazón hecho pedazos, sabiendo que nos podían tildar de todo, que nos podían castigar, encarcelar, humillar... y de pronto, desde afuera, empezó a llegar el milagro.

Primero fue una señora con una olla de sopa que apenas le alcanzaba para sus hijos, y que sin embargo la puso en la puerta diciendo: “Esto es para mis policías, que también son mis hijos”.

Después llegaron los niños del barrio con dibujos hechos a mano: un policía y un soldadito de plomo tomados de la mano. Luego los papás que dejaban bolsas de pan en la garita sin decir nada, solo un apretón en el hombro y un “aguanta, hermano”.

Y de repente eran cientos de personas rodeando los cuarteles, no para pedir que saliéramos a reprimir, sino para decirnos: “No están solos. Ustedes también son pueblo”.

En ese instante entendí, con una claridad que nunca más se me borró: el pliego del policía es el pliego del pueblo, y el pliego del pueblo es el pliego del policía. No hay dos luchas. Hay una sola. Una sola sangre, un solo llanto, un solo sueño. Porque la señora que nos traía una botella de agua era la misma que al día siguiente podía estar en una marcha pidiendo justicia. El niño que nos daba su pan era el mismo que tal vez algún día vestiría nuestro uniforme.

El papá que nos gritaba “¡fuerza, hermanos!” era el mismo que años antes había sido gasificado por alguno de nosotros cuando cumplíamos órdenes que nos dolían en el alma. Y sin embargo... nos perdonaron. Nos entendieron. Nos alimentaron. Nos protegieron cuando el poder quiso aplastarnos.

Nunca olvidaré la noche del 12 de febrero del 2003.

Era una noche seca, fría, con ese viento helado de La Paz que se mete hasta los huesos. En el cuartel no había comida caliente, no sabíamos si al amanecer nos iban a detener a todos o nos iban a enviar a reprimir. El silencio era tan grande que se oía el latido del miedo en cada pecho. De pronto alguien gritó desde el muro del GES: “¡Vengan, rápido!”. Salimos a la puerta con el alma en la mano. Y lo que vimos me rompe todavía hoy: cientos y cientos de vecinos parados frente al muro, en silencio, sin pancartas, sin megáfonos... solo gente común, con las manos en alto, haciendo la señal de la paz.

Madres con sus niños en brazos, abuelos con bastón, jóvenes con la wiphala y la tricolor en el hombro. Nadie gritaba. Nadie cantaba. Solo estaban ahí. Presentes. Como diciendo con el cuerpo lo que no hacía falta decir con palabras: “Estamos con ustedes.

No están solos. Ustedes también son pueblo”. Y entonces pasó algo que nunca olvidaré mientras viva: uno de los nuestros, un cabo jovencito que apenas tenía veinte años, se subió al muro y levantó los brazos y desde afuera, como respuesta, cientos de manos se alzaron al mismo tiempo. Nadie dijo nada. Pero todos lloramos. Lloramos como niños, sin vergüenza, abrazados entre nosotros, mirando a esa multitud que había venido a abrazarnos con su sola presencia. En ese instante entendí que no necesitábamos lluvia para que cayeran lágrimas, ni velas para que hubiera luz, ni canciones para que se escuchara el himno.

El himno lo estábamos cantando con el corazón, y la luz la estaban trayendo esos cientos de bolivianos que, en la noche más oscura, decidieron pararse frente a un cuartel y decirnos sin palabras: “Ustedes son nuestros. Y nosotros somos suyos”. Esa noche no hubo lluvia, pero hubo un diluvio de humanidad y ese diluvio nos lavó el alma.

Esa noche aprendí lo que nunca me enseñaron en la academia: que el verdadero escudo de un policía no es el de metal que lleva en el brazo, sino el abrazo del pueblo que lo reconoce como hijo suyo.

Aprendí que cuando un policía se arrodilla para pedir perdón, el pueblo se arrodilla con él para levantarlo. Aprendí que cuando un policía llora de rabia por la injusticia, el pueblo llora con él y le seca las lágrimas con su pollera, con su poncho, con su bandera.

Esa alianza no se rompió nunca. Aunque después vinieron años de desconfianza, de heridas, de silencios... esa alianza sigue viva. Late en cada abrazo que todavía hoy me da una señora en el mercado cuando reconoce mi cara de aquellos días. Late en cada niño que me saluda sin miedo en la calle. Late en cada ex-compañero que me escribe: “Hermano, gracias por no habernos dejado solos”.

Y yo sueño con el día —y juro que voy a trabajar toda mi vida para que llegue— en que esa alianza deje de ser una excepción hermosa en medio del dolor y se vuelva la regla diaria.

Sueño con el día en que ningún policía tenga que elegir entre obedecer una orden injusta y escuchar su conciencia. Sueño con el día en que ningún ciudadano tenga que

tenerle miedo al uniforme, sino que lo mire como se mira a un hermano mayor que cuida la casa.

Porque esa es la Bolivia que merecemos: una Bolivia donde el policía y el pueblo caminen siempre de la mano, donde nos alimentemos mutuamente, donde nos perdonemos las veces que nos fallamos, donde nos abracemos fuerte después de cada tormenta y digamos, con la voz quebrada pero llena de orgullo:

“Seguimos juntos. Seguimos siendo uno solo. Y nadie, nunca más, nos va a separar”. Esa alianza no es un recuerdo, Es una promesa que renovamos cada vez que un policía ayuda a una mamá a cruzar la calle con su bebé, cada vez que un vecino le lleva un plato de comida a un policía de guardia en la esquina, cada vez que nos miramos a los ojos y, sin decir nada, sabemos que somos lo mismo.

Y mientras esa promesa siga viva, Bolivia seguirá teniendo esperanza. Porque cuando el pueblo y su Policía se abrazan... Bolivia entera se abraza y no hay fuerza en el mundo que pueda contra eso.

### **El comportamiento ejemplar de mis camaradas**

Quiero dejar constancia, para la historia y para las futuras generaciones, de la altura con la que mis camaradas se comportaron durante la movilización de 2003. A pesar de la incertidumbre, de las provocaciones y de la presión política, supieron mantener la calma, actuar con responsabilidad y evitar cualquier acto que pudiera manchar el nombre de la institución.

Muchos arriesgaron su carrera y su bienestar personal por defender un principio: la dignidad no se negocia. Hubo quienes, aun sabiendo que podían ser sancionados o trasladados, se mantuvieron firmes en la defensa de sus derechos y de los derechos de todos los policías. Esa lealtad y ese coraje son, para mí, el verdadero orgullo de la Policía Boliviana.

El febrero del año 2003, el día 10 de febrero recibo muchas llamadas, me dicen:

- Camaradas: “mi mayor este gobierno nos va a quitar dinero, nuestros salarios que nos ha costado tanto conseguir los años 2000 con un incremento y ahora nos van a quitar con un impuesto” y claro era preocupante, porque a un policía que le quiten 15 o 20 pesos de su salario es significativo, porque ese monto le significa sus pasajes de transporte o el pan del mes, eran realmente muy significativos los descuentos a los policías,

- yo: tienen razón

- camaradas: que vamos hacer mi mayor, la COB ya se manifestó y no apoyan la medida económica

- yo: debemos agotar las instancias, pidan reunión con sus Comandantes, seguro ellos sabrán representarlos y conseguir respuestas favorables

- camaradas: todos estamos muy preocupados y nos vamos a quedar en los cuarteles, no saldremos a los servicios

- yo: es muy rápido, esperemos la respuesta del Comando General

- camaradas: esperaremos hasta las 21:00 horas una repuesta mi mayor, después pueden venirse al Regimiento 2

- yo: ¿todos piensan así?

-Camaradas: sí, es decisión de todos debemos apoyar mi mayor, no podemos quedarnos así ante la situación que están viviendo, en el temor que están llevando nuestros camaradas

- Yo, bueno, estaré en 308, para cualquier 314 (estaré atento a instrucciones)

- Camaradas: 313 mi mayor (comprendido)

En febrero, el 11 empiezan los policías a concentrarse en las unidades, se empieza a correr la voz por radio y los policías en sus regimientos se van acuartelar y por va a salir la instructiva de que todos debe irse al GRUPO ESPECIAL DE SEGURIDAD “GES” es ahí donde se quería generar la concentración mayor de todas las demás unidades, como a las 16:00 se presentan en mi oficina dos sub oficiales y me dicen:

- Camaradas: mi mayor en KL7 se están reuniendo los camaradas, ya hemos iniciado la concentración y ¿usted se va a sumar?

- Yo: por supuesto, por supuesto que sí, permítanme dejar todo organizado y me sumo entonces antes de las 19:00

- Camaradas, ya mi mayor vamos a pasar el 314 de 311 al GES. lo esperamos entonces, con permiso mi mayor nos vamos a retirar

- Yo: 313

- Camaradas: no olvide traer su capa

Como a las 18:45 me acerco a la puerta del GES, los policías me reconocen y abren la puerta de ingreso y puedo ver varios oficiales que tenían grados de: mayor, capitán, tenientes y subtenientes, se acercan y me saludan, los identifico y comprendo que yo era el de mayor jerarquía y antigüedad, les insto a la disciplina y unidad, entramos al Comedor donde estaban reunidos todas las delegaciones, note, que no tenían un Pliego petitorio, es lo primero que se debe hacer, les pido que era necesario escuchar del gobierno una explicación y pedimos la presencia del Ministro de Gobierno, estábamos seguros que hablando con el Ministro se podría llegar a un acuerdo, que tal vez sea verdad que estamos viviendo una crisis económica, si eso es cierto, entonces se pondría de alguna forma ver cómo encontrar una solución a nuestro planteamiento, por eso sugiero que si es necesario un impuesto, que sea a quienes ganan 5000 Bs. para arriba, muchos coinciden y dicen tiene razón, eso plantearemos entre otras cosas.

Entonces llamamos al Comando General solicitando la presencia del Ministro, la respuesta que recibimos fue, Alberto Gasser nos dice que va a acudir a la reunión cuando concluya el encuentro de futbol de Bolívar.

A las 02:00 de la mañana del 12 de febrero, se hace presente el Ministro, lo invitamos a subir al Comando de la Unidad y convocamos a los suboficiales a los más antiguos, también estábamos, dos mayores, dos capitanes y un teniente y se cumplió la siguiente conversación:

- Ministro: para qué me hicieron venir, quien aquí es el líder, quien va hablar, lo escucho

- Yo: nosotros tenemos liderazgos naturales que nacen de nuestra antigüedad en la Institución, pensé que lo sabía

- Ministro: ya mi mayor hable de una vez

- Yo: el impuesto es muy gravoso para la mayoría de los policías, afecta mucho nuestra economía, no queremos que el impuesto se aplique a los policías de baja graduación que ganaba muy poco, que si quieren poner un impuesto al salario, que si fuera muy necesario esa medida, que se aplique para quienes ganan más de 5000 Bs.

- Ministro: les prometo una reunión con el Presidente para que les explique esta medida que es necesaria para nuestro país,

- Yo: no es necesaria la reunión con el Presidente, necesitamos una respuesta pronta y definitiva

- Ministro: bueno, hablare con el Presidente, ahora estoy cansado mañana les voy a esperar en el Comando General a las 09:00 para terminar esta reunión.

- Yo: requerimos una respuesta a nuestra solicitud, no se debería postergar o dilatar más tiempo. ¿Que podríamos hablar con el presidente?

- Ministro: yo ahora voy a ir voy a tomar un café después de dormir un rato, me voy a dar una ducha y los espero allá en el Comando General buenas noches, mejor dicho, buenos días.

Nos quedamos mirándolo sorprendidos con su respuesta y actitud

Un capitán dijo: no quememos los cartuchos del diálogo mañana seguro estará más lúcido el Ministro, además debemos terminar nuestro Pliego petitorio.

Y así fue que nos empezamos a organizar para la reunión de las siguientes horas, se designó el equipo que iría al Comando General, ya teníamos un Pliego completo, en ese trabajo, salió la noción de la posibilidad de que los militares quieran tomar por la fuerza nuestros cuarteles, pues, ya habíamos escuchado los rumores de intervención, rumores que siempre hay cuando se mueve la policía, entonces dijimos, es un Gobierno del MNR, que según las crónicas de la historia, era aliado de la Policía, pues juntos participaron en una Revolución, y que eran nuestros amigos, no creíamos que exista la posibilidad que Sánchez Lozada ordene intervenir a las unidades policiales, por eso, se dio la orden al capitán Juvenal Osio para que resguarde el armamento bélico que se encontraba en el furrielato y que después de un inventario lo retirara en su vehículo y así



fue de todas nos quedamos solamente con armamento de reglamento personal y equipo policial como rifles lanza gas, escopetas calibre 12 mayor, pistolas lanza gas, granadas de gas, proyectiles y capsulas de gas irritantes y lacrimógenas.

Llegaron las 08:00 debíamos que acudir a la reunión en el Comando General, ya se había conformado una comisión y nos dirigimos al comando general de la policía ahí estaba el Ministro, después de los saludos protocolares, tomamos nuestra ubicación, se desarrolla lo siguiente:

- Yo: Ministro, estamos confiados que por la buena relación de muchos años que su partido tiene con la Policía, el gobierno sabrá entender nuestras inquietudes y atenderlas favorablemente

- Ministro: si mayor, tenemos una revolución ganada, nunca olvidamos eso

- Yo: hemos preparado un Pliego, que es absolutamente real y necesario, por eso quisiéramos tratar y resolver punto por punto.

- Ministro: ya empecemos de una vez

- Yo: el impuesto al salario debe aplicarse a los que ganen más de 5000 bs

- Ministro: eso no se puede mayor, pero veamos los demás puntos y dejemos para el ultimo ese tema

- Yo: los víveres que nos dan, nunca es puntual, además no entendemos por qué a nosotros nos dan solo una vez al año y un quintal de cada producto, debería ser cada seis meses y dos quintales de arroz, azúcar y harina

- Ministro: estamos en una situación económica muy difícil, no podríamos incrementar ahora nada, no se puede

- Yo: los policías que egresan de las Escuelas Básicas, lo hacen sin ninguna dotación de uniformes y mucho menos de armamento, se les debería dar por lo menos una pistola.

- Ministro: mi mayor todos sus planteamientos son de gasto de recursos y como le dije, estamos en Bolivia muy mal, tampoco se puede

A todo lo que planteábamos el ministro decía “no se puede” esto molesto mucho a los policías que estaban en la negociación, estaba ahí en la reunión un capitán que le dice al Ministro;

- Capitán: Ministro, ¿usted participó de la campaña electoral de Gonzalo Sánchez Lozada?

- Ministro: ¡por supuesto! Claro que si

- Capitán: entonces ¿cómo es posible sus respuestas? Ustedes decían en la campaña electoral, a todos ¡sí se puede! y ahora nos contesta con ¡no se puede!

Esa manifestación causó mucha gracia y provocó en todos una gran carcajada, pues, ciertamente, el slogan de campaña de Gonzalo Sánchez Lozada era ¡sí se puede! Y lo único que nos ofrecieron fue una reunión con el presidente Sánchez Lozada, con el o con quien sea será el mismo pliego.

- Ministro: les digo que va a ser difícil cualquier gasto de dinero, ya está decidido y el Presidente les dirá lo mismo.

Los policías me piden un cuarto intermedio para replantear nuestra estrategia, en eso nos llega la información de que en la plaza Murillo estaban disparando gases entre militares y policías, no hubo tiempo para despedirnos, nos paramos y salimos para dirigimos directamente a la plaza Murillo, al llegar por la calle Indaburo, veo que todo estaba completamente saturado de gases, preguntó qué había pasado y me comentan que habían sido los muchachos del colegio Ayacucho los que habían iniciado una protesta y aprovechando el vacío de la Plaza Murillo aprovecharon para hacer su protesta frente al Palacio de Gobierno, tirando piedras, son los militares de la casa militar que obviamente hay tratando de proteger el Palacio y han hecho uso de agentes químicos, contra los muchachos del Ayacucho, ellos se escapan y el lugar que encuentran los muchachos del Ayacucho para resguardarse es en la esquina de la Cancillería, cerca de la puerta del GES y los militares que no tenían experiencia para disparar gases, las granadas y capsulas de gases no llegaban donde los estudiantes, en todo caso llegaban al patio del GES, entonces los policías responden también con granadas y capsulas de

gas al Palacio, por eso se genera el primer enfrentamiento, digamos de agentes químicos, lo que va a hacer que se sature completamente de gases en la plaza Murillo. Entendí que se deberían calmar los ánimos y decido bajar a la plaza Murillo y encuentro que al mando del contingente militar estaba un capitán, era un sujeto de tez muy blanca, regordete y digo:

- Yo: capitán ¿usted está al mando de los soldados?

- Militar: si, ¿qué quiere mayor?

- Yo: quiero ordene a todos los soldados que se replieguen al Palacio, yo ordenare que los Policías regresen al GES.

- Militar: yo no puedo dar esa orden

- Yo: ¿entonces quién?

- Militar: mi General Jefe de la Casa Militar

- Yo: ¿puedes llamarlo?

- Militar: está bien, iré a comunicarle

Ya se había detenido la emisión de agentes químicos de ambos lados, el gas ya estaba disipándose, un Coronel que se encontraba en el lugar, me dice

- Coronel: mayor, no cometa el error de a bajar a la Plaza Murillo, lo van a tomar preso”

- Yo: gracias mi Coronel, pero, estamos buscando una negociación, estamos buscando el diálogo no creo que me tome el preso

- Sargento: si mi mayor, tiene razón mi Coronel, no vayas mi mayor o por lo menos vaya acompañado.

- Yo: está bien, no iré solo

Después me informaron que se encontraba ya el Jefe de la Casa Militar en la Plaza Murillo, esta vez, me acompañan dos sargentos y un cabo bajo nuevamente a la Plaza Murillo y encuentro y lo veo al General Jefe de la Casa Militar, me acerco y:

- yo: mi General, no es necesario este enfrentamiento, por qué no ordena a sus soldados que se replieguen al Palacio y yo ordenare que los policías también se replieguen al GES y que los estudiantes se vayan a su colegio.

- General: lo siento mucho mayor, pero ahora no se va a poder, pues ya está en conocimiento de Ministro de Defensa

- Yo: bueno, entonces tendré que hablar con el ministro,

- General: sí, sí tendrá que hablar con el ministro yo le diré, no se preocupe

- Yo: gracias mi General

vuelvo a subir y de inició los policías que están se acercan y me dicen:

- policías: “mi mayor, que están calculando para tomarlo preso, cuidado lo tomen preso

- yo: pero, están los periodistas ahí, al lado mío, no creo que se animen.

- Policías: cuidado, mi mayor están calculando para tomarlo preso iremos muchos más y estaremos atentos

- Yo: bueno,

Se informa que el Ministro ya se encontraba esperando abajo y por eso, acompañado de varios policías vuelvo a bajar y:

- Yo: Ministro debe ordenar a los soldados que se replieguen todos al Palacio de Gobierno, al mismo tiempo que se replieguen yo ordenare a los Policías que retiren a los muchachos del Ayacucho y después nos replegaremos a nuestro Cuartel, ya estamos en etapa de negociación con el Ministro de Gobierno.

- Ministro de Defensa: muy bien, así va a ser Mayor

Después, me doy la vuelta, como caminando hacia el GES y se escuchan los balazos por todas partes, llego a la esquina de la de la Cancillería y veo caer un policía y me doy cuenta que están disparando a matar de verdad, me tiró al suelo para protegerme como los demás policías, al policía herido lo jalamos hacia la calle Junín para auxiliarlo y nos enteramos que ya hay otro policía caído en la esquina de la calle Ballivian cerca de estudios fotográficos Corea, se trataba de un bombero voluntario y se empieza a escuchar noticias de más policías heridos y no teníamos armamento para defendernos, lo que correspondía en ese momento, era proteger a los ancianos, niños y mujeres, por eso se pide “clave roja”, la clave rojas significa que se debe proteger a niños, ancianos y mujeres embarazadas.

Después de intentar varias veces no logro que me comuniquen con la Defensora del Pueblo, solo logre hablar con una señora de apellido Suxo, que me prometió que la señora Romero pronto se comunicaría con nosotros. Por la ausencia de la señora Romero es que decidimos buscar a los activistas de los Derechos Humanos como Albarracín y Llorenty, los que llegaron y conversó con ellos, después también llegó el Comandante General Edgar Pardo quien al ver los cuerpos de los policías muertos derrama 2 o 3 lágrimas, parecían sinceras esas lágrimas.

En el Patio del GES los policías se mostraron muy enojados y decididos, pero no teníamos armamento, el enfrentamiento era desigual, veíamos cómo estaban llegando más militares con metralletas para apostarse en la mitad de la plaza, disparaban ráfagas, no sabíamos qué hacer, alguien dijo que los Policías del GAI (grupo de acción inmediata) estaban viniendo, eran policías altamente capacitada contra este tipo de situaciones, eran de altísimo nivel técnico y táctico, seguro que la llegada de ellos generó algún tipo de amedrentamiento en los militares.

Como a las 19:00 horas nos concentramos en la PTJ, para tratar diferentes aspectos y hacer una evaluación, había muchos policías jóvenes, muchos jefes antiguos del servicio activo y en servicio pasivo

- Yo: señores Generales, Coroneles, estoy ya dos días sin dormir, sin comer y no tengo experiencia en este tipo de enfrentamiento, tengo ustedes han pasado por diferentes revoluciones, han pasado por diferentes momentos como estos y estoy seguro que ustedes van a saber manejar mejor esta situación, solicitó que se hagan cargo, cualquiera de ustedes estoy seguro podrá conducir bien esta situación. se miran entre ellos, conversan y la respuesta fue:

- coroneles: no Vargas, tú debes conducir esto, tú debes hacerte cargo

- yo: muy bien, yo cumplí con mi obligación de entregar el mando o mi intención de entregar el mando a los que estaban ahí con jerarquía superior a la mía, sabré cumplir con honor. Se acerca un capitán y (los nombres estoy guardando por razones de seguridad por ellos mismos) y me pide hablar en privado

- Yo: ¿cómo estás? Te veo asustado

- Capitán: sigo de ayudante del ministro, he estado en una reunión de gabinete, en este momento, mi mayor, en la Casa Presidencial han preguntado cuántos muertos se calcula que puede haber si toman el GES y las demás unidades

- Yo: ¿qué? ¿Es cierto lo que dices?

- Capitán: le juro por mi hijita mi mayor

- Yo: te creo hermano, te creo

- Capitán: ellos están preparando para tomar el GES y otras unidades, han dado la orden de la toma, van a matar a todos los que se encuentren y a los demás los van a tomar presos y así van a hacer con todos los carteles

- Yo: gracias hermano, cálmate, es una información muy importante

- Capitán: (con lágrimas en los ojos), con permiso mi mayor me voy a retirar  
Luego de escuchar al capitán, salgo y llamo a un suboficial y le digo

- Yo: mi suboficial vaya al GES y ordene que guarden todos los documentos importantes, que protejan todo el equipo, que saquen las motos que se los policías se los lleven a sus casas y que todos deben estar atentos, porque mañana, de civil volveremos todos vestidos de civil para hacer las retomas de nuestros cuarteles.

- Suboficial: ¿qué paso mi mayor?

- Yo: Según información del capitán van a tomar esta noche los milicos nuestros cuarteles y por eso debemos asegurar todo y prepararnos para retomar los cuarteles mañana, pero de civil.

- Suboficial: es su orden mi mayor

- Yo: si hubiera intervención militar que desocupen y se vayan llevando todo lo importante a sus casas, eso por el momento. Mañana daremos las instrucciones para que todo personal sepa que hacer para retomar nuestros cuarteles.

Había encargado a un mayor buscar el contacto con Waldo Albarracín para una reunión con el Gobierno en Derechos Humanos de la Ave. 6 de agosto, me informaron que se consiguió la reunión y que deberíamos estar allí a las 23:00, se conformó la comisión que iría a la reunión para la negociación con el Gobierno. Llame al capitán Castelu y le pedí que se encargara de la seguridad del equipo que iría a las dependencias

del Derechos Humanos. El equipo estaba conformado por varios mayores, capitanes, tenientes, suboficiales sargentos y nos dirigimos hacia las oficinas de Derechos Humanos, ingresamos y allí estaban varios Ministros y miembros del Estado Mayor de la Policía, después de los saludos correspondientes, tomamos nuestro lugar y:

- Capitán Castelu: mi mayor, hemos encontrado una vía de salida en caso de que lleguen los militares tenemos tiempo como 3 minutos para salir de aquí ya tenemos una salida.

- yo: gracias mi capitán, este atento en todo momento, cuidado nos sorprendan. Los ministros me invitaron a sentarnos en la mesa, ellos ya estaban acomodados.

- Yo: vamos a empezar la negociación con una primera promesa, (¿cómo es la ironía de la vida no?) como primer punto para iniciar nuestra conversación, deseo la promesa del gobierno de que no van a tocar a mi Comandante General, el General Pardo deben continuar en el mando institucional hasta que se cumpla el tiempo que corresponda, el equipo político del gobierno se reúne un momento, hacen llamadas por celular y retornan.

- Ministros: no se preocupen, al General Pardo no será cambiado, seguirá en el mando de la Policía.

- Yo: Con esa promesa vamos a empezar, muy bien, segundo punto, viene la información en este momento de que están bajando los militares con intención de tomar los cuarteles de policía, esta reunión no va a continuar si los militares no se van a sus cuarteles. Los militares están bajando y ya están por Munaypata,

- Ministros: no se preocupe mayor, en este momento los militares se irán a sus cuarteles.

- Yo: pidan informe a sus servicios de inteligencia y les dirán que de la Fuerza Especial “FELCN” varios equipos de policías de UMOPAR que están en el Chapare, y otros contingentes de policías de Oruro, Potosí, Santa Cruz, con toda su dotación ahora mismo están tomando flotas para dirigirse a las ciudades y reforzar nuestra defensa, los policías están muy molestos por las muertes de nuestros camaradas, si los militares se vuelven a

atrever a solo hacer un disparo, las cosas se saldrán de las manos y se convertirá en una guerra de verdad.

- Ministros: no, no mayor, los militares se irán a sus cuarteles no habrá problemas, se están pasando ya al Estado Mayor.

- Yo: capitán verifique la información

- Capitán: positivo mi mayor, se están pasando a Miraflores

- Yo: bien, este es nuestro pliego,

- Ministros: denos un tiempo para estudiar y preguntar

Pasados varios minutos, retornan y:

- Ministros: estamos de acuerdo con el tema del suboficial de Estado Mayor, del Plan de Carrera para el personal subalterno, pero la dotación de Víveres dos veces por año, dotación de otros como fideo, aceite no es posible por ahora, la dotación de uniformes e incremento salarial

- Yo: realmente hay dos Bolivias, hay otros privilegiados que tienen víveres dos veces al año y de dos quintales y no solo arroz, azúcar y harina, también aceite y fideos, ganan mejor que nosotros, tienen jubilación completa, ¿Por qué a nosotros no?

- Ministros: dejemos consultar unos minutos

Después de una media hora, regresan y nos volvemos a sentar a negociar

- Ministros: está bien, dos quintales de arroz, azúcar y harina, mas aceite y fideo dos veces al año, la Resolución del Suboficial de Estado Mayor, y la dotación de uniformes para todo el personal activo, pero, el incremento salarial no se puede por la situación del país.

- Yo: el bono alimenticio tiene que ser el doble y mensual

- Ministros: no, no, eso es imposible, no tenemos plata, el presidente dijo que todo se podría conseguir pero, dinero no hay para incremento.

- Yo: estamos mal, ministros, les reitero que el incremento es fundamental, el bono debe ser doblado y mensual

- Ministros: un tiempo para consultar, esperen un rato

Después de 10 minutos regresan y directamente dicen:



- Ministros: estamos haciendo un esfuerzo muy grande, nuestro presidente hará los esfuerzos posibles, pero no queremos más problemas, se les dará el bono alimenticio incrementado al 100% y con carácter mensual.

- Yo: estamos hablando de todo lo anterior aceptado, ¿no? Ósea, dotación de víveres, uniformes, suboficial de Estado Mayor, Plan de Carrera para el personal subalterno, y el bono que nos acaba de informar.

- Ministros: si mayor, de todo eso estamos hablando.

- Yo: muy bien, déjenos un rato conversar con mis camaradas

Todos coincidimos que estaba bien lo conseguido y que se firme el documento.

- Yo: esta bien, ya está el documento ¿para firmar?

A las 4:00 de la mañana del 13 de febrero llegamos a un acuerdo final, donde firmamos el acta todos los presentes.

Salimos del lugar y hacemos el anuncio a las 06:00 de la mañana por un sistema cerrado de comunicación de Radio Patrullas.

Se da la instrucción de que los servicios deben volver a cumplirse con la mayor prontitud posible y que todos los documentos, y equipos que fueron protegidos en los domicilios de los Policías, deben ser devueltos, también las motos, armamento, equipo policial, etc.

La presión social y policial obligó al gobierno a retroceder en la aplicación del impuestazo. Aunque el costo fue alto y hubo momentos de tensión y dolor, la movilización de 2003 dejó una huella imborrable en la historia nacional. El pueblo, lejos de condenar a la Policía, se mostró orgulloso de su institución y reconoció el sacrificio y la valentía de sus miembros.

A nivel interno, la experiencia fortaleció los lazos de camaradería y reafirmó la importancia de la unidad y la solidaridad en tiempos difíciles. Aprendimos que, cuando actuamos con dignidad y en sintonía con el pueblo, la Policía puede ser un verdadero factor de cambio y de esperanza.

### **Hechos similares en el mundo: la dignidad policial frente a la injusticia**

Este tipo de movilizaciones no es exclusivo de Bolivia. En diferentes partes del mundo, las fuerzas policiales han protagonizado protestas colectivas cuando las condiciones laborales se vuelven insostenibles o cuando sienten que el poder político traiciona su confianza y su sacrificio.

España, 1980: En la llamada “Rebelión de los Guardias Civiles”, miles de agentes se manifestaron pacíficamente en Madrid para exigir mejoras salariales y laborales. Aunque la ley prohibía la sindicalización y la protesta policial, la presión social y la dignidad de los agentes lograron cambios históricos en la institución.

Argentina, 2013: En varias provincias, la Policía se acuarteló y exigió aumentos salariales ante la inflación y el deterioro de las condiciones de vida. La sociedad, lejos de rechazar a los policías, entendió su reclamo y muchos ciudadanos apoyaron la protesta, reconociendo que la dignidad de quienes cuidan la seguridad es también un derecho fundamental.

Francia, 2016: Policías de base marcharon por París reclamando mejores condiciones laborales y mayor protección ante la violencia. El lema “Policía en cólera” unió a miles de agentes y generó un debate nacional sobre el rol y el bienestar de las fuerzas del orden.

Estos ejemplos demuestran que la dignidad policial es un valor universal y que, cuando las autoridades ignoran el sacrificio de sus servidores públicos, la protesta colectiva se convierte en un acto legítimo y necesario.

Hoy, al mirar atrás, siento un profundo respeto y admiración por todos mis camaradas que estuvieron a la altura de la situación en 2003. La movilización por el impuestazo no fue solo una protesta laboral; fue una lección de dignidad, de unidad y de compromiso con el país.

Que nunca se olvide que, en los momentos más difíciles, la Policía supo estar del lado del pueblo y que el pueblo, a su vez, supo reconocer y agradecer esa lealtad. Esa es la memoria que debemos honrar y transmitir a las nuevas generaciones de policías y ciudadanos.

## **50.000 dólares y acto de heroísmo del Cabo Flores**

Estábamos en el patio del GES, pensamos que debería la Defensora del Pueblo hacer algo para detener la muerte de tantos ciudadanos inocentes, por eso, hicimos varias llamadas a la Defensora y solo recibíamos promesas de que pronto se comunicaría con nosotros la Defensora, después de insistir y no conseguir el contacto con Ana María Romero, Defensora del Pueblo, logramos la visita de Waldo Albarracín y Sáncha Llorenty que eran activistas de Derechos Humanos, ellos llegaron y los llevamos a ver a los muertos que estaban siendo velados en el comedor, luego de los discursos protocolares, nos dirigíamos al patio principal Cap. Medina, Waldo Albarracín, Sacha Llorenty y yo, bajando las gradas recibí una llamada telefónica, y me habla una persona de sexo masculino, pude deducir que se trataba de un militar, pues me trato por mi apellido, se desarrolló la siguiente conversación:

- Militar: Vargas, por si acaso el Ministro Sanchez Berzain, acaba de ofrecer 50.000 (cincuenta mil dólares) a quien te elimine, cuídate, soy capitán de ejército.

- Yo: ¿tan poquito valgo?

- Militar: bueno carajo si me crees bien, sino, jodete y colgó

Se lo comenté a Medina y me dijo, si pues mi mayor, ese desgraciado del Zorro debe estar como perro rabioso, usted es un objetivo militar ahora, debe cuidarse, también se lo comenté a Sacha que estaba a mi lado y seguimos caminando, al llegar a la puerta principal del GES sentimos que pasa una bala muy cerca nuestro, yo diría a un metro, pues, cerca nuestro el proyectil impacto en un policía que estaba muy cerca de Waldo Albarracín, nos dimos cuenta que las balas venían directo hacia nosotros, me mira Medina y decidimos que deberíamos proteger a nuestros invitados y lo que optamos fue entrar a la Cancillería y así tener un refugio seguro que garantice la vida de Albarracín y Sacha. Tuvimos que romper los candados y cadenas para ingresar, nos siguieron algunos policías más, no recuerdo a que piso llegamos, fue tercero o cuarto piso.

Los militares, para eso, ya habían logrado instalar metralletas pesadas con trípodes y sus ráfagas eran directos a matar, en lo que estamos todos agachados, se acercó un cabo, vi su identificador su apellido era Flores, un Cabo algo gordito, me dice:

- Cbo Flores: mi Mayor, usted es un objetivo táctico militar, si lo matan mi mayor se acaba todo, usted para nosotros es más importante que el Albarracín o el Sacha, tiene que escapar, sígame por favor,

yo le miro a Medina y asienta con la cabeza la decisión de Cabo, entonces

Flores: ¡sígame mi mayor por favor!!

y me lleva a un piso de abajo y me dice

- Cbo Flores: por esta ventana debemos saltar,

miro de la ventana donde él me decía y era el techo de una casa continua a la Cancillería, le digo

- yo: ¡pero Flores no podemos, es muy alto!!”

- Cbo Flores: ¡mi mayor, por favor no queremos que lo maten!!! van a entrar a los militares aquí y al primero que van a matar es a usted!!!

Yo subo al pretil de la ventana y todavía tengo dudas de hacerlo,

- Cbo. Flores: “¡mi Mayor, salte por el mayor a Dios!!

Yo en el pretil de la ventana y dudando si saltar o no saltar, giro mi cabeza para ver la distancia y un lugar seguro para caer, intento mirar a Flores y me empuja, caigo al techo y luego un poco detrás de mí, salta Flores, ya en el techo pasamos a un patio, era un pequeño patio, habían gradas y debajo de las gradas había una habitación que seguro era deposito, pues Flores abre la puerta y vemos botellas de cervezas acumuladas, amontonadas cajas de botellas, Flores me pide, entre mi Mayor y me muestra su pistola,

- Cbo. Flores: mi Mayor, mira aquí tengo 3 proyectiles, usted quédese aquí adentro de la habitación, tengo 3 proyectiles, cuando escuché el tercer proyectil, es que hasta ahí llegué hasta ahí lo cuide y protegí, yo lo voy a defender y seguramente cuando dispare el tercer proyectil habré muerto, porque van a venir los militares y lo van a matar y cerró la puerta y ahí quedó, en la puerta cuidándome y yo me quedé adentro, no sé, el Cabo

que habría visto o habría percibido y el ambiente era muy pesado se escuchaban disparos de armas más pesadas y se escuchaban ráfagas de ametralladoras guerra disparando a matar, los militares obviamente querían matarme, no sé cuánto tiempo habrá pasado, no lo sé tal vez quince minutos, quince horas, fue un momento muy oscuro, mi mente estaba completamente cansado, tres días sin dormir ni comer estaban haciendo su trabajo en mi organismo, de un momento a otro, como que despierto, refriego mis ojos y digo ¿que estoy haciendo aquí? ¿Si voy a morir cuál es la diferencia, aquí adentro o morir afuera!! abro la puerta y Flores estaba sentado con su pistola en la mano, me mira con sus ojos llorosos, con los ojos llenos de lágrimas, le digo

- yo: hermano cuál es la diferencia que muramos aquí o tengamos que morir afuera vamos con los camaradas a morir eso nos corresponde

- Cbo. Flores: es su orden mi mayor, vamos entonces.

Estamos saliendo de la casa y el dueño de lo que había sido una pensión nos detiene y con sus frases muy bonitas nos dice:

- Dueño: nunca es bueno morir con el estómago vacío mi mayor, tomen una sopita de pollo

- Yo: gracias,

- Dueño: ¿qué les parece sí lo sé los invito sopa de pollo y un segundito? Aceptamos solo la sopa. Flores y yo, pero apenas logramos dar unos sorbos a esa sabrosa sopa y salimos a la calle Ingavi, el Cabo Flores se daba la vuelta de rato en rato, como protegiéndome, como si las balas pudieran llegar, yo percibía de Flores cuando caminaba a mi lado, me envolvía con su cuerpo, se ponía detrás mío, llegando a la calle Indaburu, bajamos justo cuando el equipo del GAI estaban llegando, fue muy gratificante ver a los de GAI aparecerse, le puse la mano en el hombro a Flores y le dije “ gracias hermano, muchas gracias” y vi nuevamente lágrimas en los ojos de Flores.

La actitud de Flores es una muestra más de las incontables, de lo que somos capaces los policías cuando amamos lo que hacemos.

Después de algunos días volví a la pensión de la calle Ingavi y agradecí la amabilidad del dueño y por fin pude tomar completa la sabrosa sopa de pollo que allí venden.

### **Un antes y un después**

Desde la Revolución de 1952, policías y militares vivíamos enfrentados. La rivalidad era tan fuerte que, cuando nos cruzábamos en la calle o en un acto público, bastaba una mirada o una palabra para que estallara la tensión. Los políticos, conscientes de esa fractura, la alimentaban y la utilizaban para dividirnos, debilitando así la capacidad de respuesta del Estado ante las crisis.

El abrazo que propicié —y que muchos de mis camaradas y altos mandos militares aceptaron con valentía— fue mucho más que un gesto de buena voluntad. Fue un mensaje claro a los políticos y a la sociedad: no seríamos más sus peones ni sus chivos expiatorios. La responsabilidad de la crisis era de ellos, no de las instituciones que, a pesar de todo, seguíamos sosteniendo el país.

Ya estaban los servicios de la Policía normalizados, teníamos la experiencia de que el gobierno firmaba acuerdos y pocas veces los cumplía, era imperativo conformar una comisión de seguimiento al convenio con el gobierno, así lo hice, convoque a representantes de las diferentes unidades y los convoque a las oficinas de la Asociación de Clases y Policías, en la primera reunión note buena voluntad y comprensión de las intenciones de la comisión, sin embargo, el gobierno no entendió y mucho menos mostraba intención de cumplir con todos los puntos del acuerdo, de allí a la segunda y tercera reunión acudieron muy pocos, el gobierno busco el fracaso de la comisión, lastimosamente algunos representantes fueron cooptados por el poder político y para lo único que asistían a la reunión fue a tratar de desvirtuar la reunión, tratando de deslegitimar a los representantes de la Comisión.

Mientras esto ocurría, se me acercaron 3 militares que me piden una reunión urgente y privada, entre ellos estaba Gilberto Ugarte, después de acordar el lugar y hora de la reunión acudo puntualmente y:

- Militares: estos políticos son una punta de delincuentes, nuestro país está en peligro, debemos hacer algo,

- Yo: tienes razón, ustedes y nosotros no tenemos por que generar los conflictos, este conflicto lo único que hace es alimentar y fortalecer a quienes odian Bolivia porque con sus dos instituciones más importantes se pelean obviamente los que se benefician son los enemigos de Bolivia internos y externos, entonces debemos mostrar unidad, hermandad entre nosotros

- Militares: tienes razón Vargas, debemos estar unidos

- Yo: los políticos y sus malas decisiones hicieron que llegamos a los extremos que hemos llegado y ahora estos desgraciados se hacen las victimas

- Militares: tenemos el apoyo de muchos militares que son comandantes de grandes unidades, de Oruro vendrán en cuanto les digamos, también de Cochabamba y Sucre.

- Yo: lo primero que debemos hacer es desvirtuar y desenmascarar la responsabilidad de los políticos en la crisis de febrero, por eso, como una muestra de lealtad, uno de ustedes debe presentarse a medio de comunicación y decir que los culpables del enfrentamiento entre policías y militares han sido los políticos y que Sanchez de Lozada y Sánchez Bersain deberían responder a la justicia. Háganlo y podremos seguir conversando de lo que quieran.

- Militares: nos comunicaremos mañana para darte una respuesta

Los políticos estaban presentándose en los medios de comunicación indicando que durante los hechos de febrero se habría intentado afectar la salud del Presidente Sanchez de Lozada, inclusive el informe de la OEA, tenía un sentido favorable a los políticos, era un informe que no tenía el menor sustento real de los acontecimientos vividos en febrero. Percibi la intención de los militares, era de involucrarme en una aventura política, esto lo noté desde un principio, pues el lenguaje que utilizaban, los

argumentos que presentaban eran muy livianos y nada reales. Pero lo que me interesaba era desvirtuar los argumentos de los políticos y creí que si los militares manifestaban y culpaban a los políticos como responsables de las órdenes a los militares para matar a los bolivianos, sería una victoria moral importante para mi institución.

Dos días después me llamaron los militares y nos volvimos a encontrar, esta vez en la plaza Triangular de la zona de Miraflores, allí se dio lo siguiente

- Militares: lo hemos pensado y consultado con nuestros camaradas comprometidos y nos dieron luz verde, pero tienes que darnos tu palabra que después estarás con nosotros en el golpe.

El 26 de marzo, con motivo de mis cumpleaños, fui invitado al concierto de Leonardo Favio en el Hotel Radison, los militares me llaman por celular y me dicen

- Militares: mira el canal 4 RTP, en el noticiero aparecerá un camarada y dirá lo convenido

- Yo: está bien

- Militares: también ya hemos contratado el hotel Torino para que mañana de uniforme demos una conferencia de prensa e indiquemos lo mismo, es la señal que esperan mis camaradas para dar inicio a nuestro plan.

- Yo: está bien, a las 10:00 estaré puntual

No había comentado con nadie está mi actividad pues no quería comprometer a nadie más, sabía que los militares estaban intentando involucrarme para justificar un arresto o algo peor. Yo sentía la necesidad de liberar a mi institución de cualquier culpa respecto a los acontecimientos de febrero y creí que esa era la mejor manera.

Durante un descanso en el concierto, en la sala encontré al Cnl Baldivieso, entonces Director Nacional de Inteligencia de la Policía y le dije,

- Yo: mi Coronel, por favor, haga que graven el noticiero de RTP allí aparecerá un militar declarando que los verdaderos responsables de febrero fueron los militares.

- Cnl. Baldivieso: ya Chiti, ahora mismo ordenare que graven

Me llegan mensajes que me dicen, “han aparecido en el canal 4 el militar con la cara cubierta indicando que los culpables de todos los acontecimientos en la plaza Murillo



han sido los políticos” note que los militares habían cumplido, entonces me correspondía cumplir con mi palabra.

Al día siguiente, a la hora indicada, llegué al Hotel Torino y solo estaba Gilberto Ugarte, vestía su uniforme de presentación, lo vi manejando un papel con algo escrito en el, no le di mucha importancia. Se acercó y

- Ugarte: pensé que no vendrías, estoy desde las 09:30

- Yo: dije que vendría, los pacos tenemos palabra

- Ugarte: hay un salón alla arriba, ya está todo dispuesto, no te preocupes por nada.

- Yo: lo que quiero es darnos un abrazo, nos vamos a abrazar en un ambiente público y en frente de los medios de comunicación como una muestra de hermandad, una muestra de unidad, que sepan todos los enemigos internos y externos de Bolivia que estamos Unidos Policías y Militares

En esos momentos se acercó un Teniente y me dijo:

- Teniente: mi mayor estos quieren su cabeza, no entre al salón, vámonos, salga de aquí

- Yo: la única forma de quitar a la policía la responsabilidad y descargar la culpa en los verdaderos responsables de las ordenes de febrero es que las dos instituciones culpemos a los políticos gobernantes.

- Teniente: mi mayor, por favor estos malditos quieren su cabeza, lo darán de baja, entonces, yo también estaré en esa conferencia, no lo dejare solo mi mayor.

- Yo: no hermano, gracias. lo que tenga que suceder, que suceda es mi cabeza, yo se que está en juego, mi cabeza es pequeña respecto a la grandeza de nuestra institución, nunca olvidare tu agradable gesto de lealtad, pero suficiente con un muerto, tu sigue viviendo y cuida nuestra amada institución.

Me dirijo al salón establecido, Gilberto Ugarte estaba sentado, había una mesa y una bandera de Bolivia detrás de las sillas, entran los medios de comunicación, nos piden empezar, y Gilberto Ugarte saca un manifiesto político, lo lee, en cuanto termina, yo me incorporo y digo: vine a esta conferencia de prensa para que los bolivianos sean testigos

que entre militares y policías no hay rencor ni odios, que el amor por Bolivia nos hace hermanos y nunca más policías y militares enfrentados nunca más policías y militares peleando entre sí, me acerco a Ugarte lo invito a que se incorpore y le doy un abrazo que Ugarte corresponde.

Con esto, se pone fin al conflicto entre militares y policías; nunca más volverán a enfrentarse. Ahora, en cada ceremonia oficial, las delegaciones de la Policía y las Fuerzas Armadas se invitan mutuamente, mostrando que la unión y el respeto han triunfado. Sin embargo, a pesar de estos avances y de haber contribuido a esa reconciliación, fui dado de baja de la Policía por una razón que, en mi corazón, siento que debería haber sido motivo de reconocimiento y condecoración en lugar de una sanción.

### **El abrazo que rompió las cadenas del enfrentamiento y sanó heridas profundas**

En el turbulento y desgarrador año 2003, Bolivia vivió uno de los momentos más críticos y decisivos de su historia moderna. La crisis social y política sacudió los cimientos de nuestra nación, poniendo a prueba la resistencia y la unidad de nuestro pueblo. En ese contexto de incertidumbre y dolor, los políticos, en su afán de mantener el control y desviar la atención, buscaron un chivo expiatorio, una víctima que justificara sus errores, sus decisiones equivocadas y su falta de liderazgo. Y, como muchas veces en nuestra historia, esa víctima fue la Policía. Nos señalaron con el dedo, nos acusaron de ser responsables de los muertos, de los heridos y del caos que se desató en aquel año oscuro.

Sabía en lo más profundo de mi ser que si no hacíamos algo, si no lográbamos cambiar esa narrativa, la historia volvería a repetirse. Los verdaderos responsables, los que desde el poder generaban las crisis y alimentaban la confrontación, saldrían indemnes, y nosotros, los policías, cargaríamos con la vergüenza, el dolor y la culpa de una historia que no era nuestra. La injusticia y la manipulación se cernían sobre nosotros como una nube negra, y en ese momento crucial, entendí que debía dar un paso que

marcara un antes y un después en nuestra historia institucional y en la relación con nuestros hermanos de las Fuerzas Armadas.

Desde la Revolución de 1952, la relación entre policías y militares había estado marcada por la rivalidad, la desconfianza y los enfrentamientos. La historia nos enseñó que estas instituciones, en lugar de complementarse, muchas veces se enfrentaron en una lucha por el poder, por el liderazgo, por la supervivencia misma. La rivalidad era casi genética, una herida abierta en la institucionalidad boliviana, una fractura que los políticos siempre supieron explotar para dividir, debilitar y desmoralizar a nuestras fuerzas armadas y policiales. Esa historia de enfrentamientos, de golpes, de desconfianza, alimentaba el círculo vicioso de confrontación y desunión, y en medio de esa historia, yo sentía que era imprescindible cambiar ese curso.

Creo firmemente que la verdadera fortaleza de nuestro país radica en la unidad de sus instituciones, especialmente en los momentos de crisis. La unión, el respeto mutuo y la fraternidad entre policías y militares son la base para superar cualquier adversidad, cualquier crisis. Por eso, desde ese momento crítico, decidí que debía buscar un acercamiento real, sincero, profundo con los mandos militares. No fue fácil. La desconfianza, los resentimientos y las heridas abiertas por décadas de enfrentamiento dificultaban la tarea. Había historias de agravios, de ofensas, de enfrentamientos que parecían imposibles de superar. Pero también en lo más profundo de nuestro corazón, en ese mismo instante, había un deseo de reconciliación, de dignidad compartida, de dejar atrás los rencores y construir un camino de respeto y hermandad.

Recuerdo el día en que, finalmente, logré ese acercamiento. Fue una jornada cargada de simbolismo, de esperanza y de un deseo sincero de cambiar la historia. Propicié, y con mucho esfuerzo conseguí, que policías y militares nos diéramos un abrazo de hermandad. Un acto sencillo en apariencia, pero de una fuerza y un significado inmensos. Ese abrazo fue mucho más que un gesto físico; fue un acto de valentía, de reconocimiento mutuo, de amor por la patria. Fue una declaración silenciosa y poderosa que decía: “No somos enemigos, somos hermanos de patria. No permitiremos que los

políticos, con sus intereses mezquinos y su afán de dividir, nos usen para encubrir sus errores y su ambición desmedida”.

Ese abrazo cambió la historia. En ese instante, quedó sellada la promesa de que nunca más policías y militares volverían a enfrentarse en confrontaciones fratricidas. Desde ese día, en todos los actos oficiales, en cada ceremonia y en cada espacio de diálogo, ambas instituciones acudimos y participamos fraternalmente, como verdaderamente debió ser siempre. Se rompió el ciclo de rivalidad, se abrió un camino de respeto mutuo, de colaboración y de apoyo mutuo. La historia dejó de ser una línea de confrontación para convertirse en un camino de unidad.

Pero como en toda historia de lucha por la dignidad, la política no siempre fue justa ni agradecida. En vez de recibir un reconocimiento, una medalla o al menos una palabra de gratitud por haber contribuido a la paz institucional y a la reconciliación, fui castigado. Me sancionaron por un acto que, en realidad, fue un acto de amor, de valentía y de patriotismo. Me dolió profundamente, sí, pero no me arrepiento. Porque sé que ese abrazo evitó más violencia, más sangre, más dolor. Ese acto sembró una semilla de unidad que, aún hoy, sigue dando frutos, en cada esfuerzo por construir un país más unido, justo y solidario.

A veces, la historia es injusta con quienes se atreven a romper viejos esquemas, a desafiar los intereses establecidos y a apostar por la fraternidad. Pero estoy convencido de que la dignidad, la valentía y la hermandad valen más que cualquier castigo. La lealtad verdadera está con el pueblo, con la patria, y no con los intereses mezquinos de quienes solo buscan mantenerse en el poder a costa de nuestra unidad y nuestro sacrificio.

Aquel abrazo de hermandad, logrado en uno de los momentos más críticos de 2003, no fue solo una fotografía o un acto simbólico para los medios de comunicación. Fue el punto de inflexión de una larga y dolorosa historia de rivalidad, desconfianza y enfrentamiento entre dos instituciones fundamentales para la República. Fue el acto que demostró que, cuando hay voluntad y amor por la patria, los muros de la división pueden ser derribados y las heridas sanadas por la fuerza del corazón y el compromiso sincero.

Esa historia de unidad y fraternidad es un ejemplo de que, en medio de las peores tormentas, la verdadera fuerza reside en la capacidad de respetar, entender y amar a los hermanos de armas y a todo nuestro pueblo. Porque, al final del día, todos somos hijos de Bolivia y merecemos construir juntos un futuro lleno de paz, dignidad y esperanza.

### **Un pacto de respeto y amistad: el cambio que consolidó una cultura de fraternidad en nuestras fuerzas**

Lo más extraordinario de todo fue que aquel espíritu de fraternidad que surgió de la noche a la mañana no se desvaneció con el tiempo. En realidad, se fortaleció y se convirtió en la base de una transformación profunda en la cultura institucional de policías y militares. Desde aquel día, cada acto oficial, cada ceremonia y cada encuentro se convirtió en una oportunidad para reafirmar los valores de respeto, colaboración y solidaridad que ahora unen a ambas instituciones.

Las fechas patrias, que antes eran momentos de orgullo y, en algunos casos, de rivalidad o competencia, ahora se celebran en conjunto. Los desfiles, que solían ser pasajes de exhibición individual, se han convertido en manifestaciones de unidad y compromiso colectivo. Las ceremonias de ascenso, los homenajes a los caídos y los eventos conmemorativos se convirtieron en espacios de encuentro donde se compartían historias, lágrimas y risas, fortaleciendo ese lazo que antes parecía difícil de forjar.

Este cambio no fue solo superficial; se convirtió en un acto de memoria, en un compromiso auténtico. Se forjaron amistades sinceras, nacieron redes de apoyo mutuo, y se consolidó una cultura de respeto mutuo que ahora se transmite de generación en generación. Hoy, ver a un policía y a un militar saludarse con respeto, compartir una anécdota o trabajar en equipo sin prejuicios ni desconfianza es algo tan natural como respirar. Es parte de la rutina, de la vida institucional y del corazón mismo de la comunidad.

Los jóvenes cadetes y aspirantes, que antes heredaban la desconfianza, el resentimiento y la rivalidad, ahora aprenden que la verdadera fortaleza institucional no

reside en la superioridad o en la competencia, sino en la unidad y la colaboración. La historia que antes parecía marcada por la división ahora se escribe con ejemplos de fraternidad, con acciones que muestran que la fuerza de una nación está en su capacidad de unirse en momentos de adversidad.

Este cambio, que ha perdurado en el tiempo, es la prueba de que cuando el respeto y la empatía se convierten en valores fundamentales, las instituciones pueden reinventarse y crecer en un espíritu de verdadera hermandad. Es un legado que trasciende las generaciones y que seguirá inspirando a todos los que creen que, aún en medio de los desafíos, la unidad y la fraternidad son las bases de un futuro más justo, fuerte y humano.

El efecto fue instantáneo. La tensión en las calles disminuyó notablemente, y la violencia entre policías y militares, que en muchas ocasiones había sido alimentada por intereses externos y malentendidos, se disipó por completo. La comunidad empezó a sentir una esperanza renovada, viendo cómo ambos cuerpos uniformados, antes enfrentados, ahora trabajaban juntos en armonía. En los días siguientes, el cambio fue palpable: las calles se llenaron de un aire de paz, y la confianza entre las fuerzas del orden y la ciudadanía comenzó a reconstruirse.

Los policías y militares compartían espacios, se saludaban con respeto y cercanía, colaboraban en operativos y, lo más importante, se trataban con fraternidad. La visión de unos y otros dejando atrás las diferencias y uniéndose por un bien mayor tocó profundamente a quienes presenciaron estos gestos, renovando la fe en que un cambio real era posible. Recibí innumerables mensajes de camaradas tanto de provincia como de la ciudad, quienes agradecían sinceramente el gesto y confesaban que nunca antes habían sentido una sensación de tranquilidad tan profunda al trabajar codo a codo con los militares.

Este acto, pequeño en apariencia pero poderoso en su significado, sembró en muchos la esperanza de que, con respeto y cooperación, es posible construir un país más unido, donde la fraternidad prevalezca sobre el conflicto y la división. La transformación

no solo fue visible en las calles, sino que también tocó los corazones de todos los que anhelan un futuro de paz y convivencia genuina.

### **Testimonios y ecos del gesto**

Años después de aquel día que marcó un antes y un después en nuestras vidas institucionales, algunos de mis compañeros todavía me confiesan, con la voz entre emocionada y agradecida, cómo aquel acto de fraternidad cambió su forma de ver y de vivir su vocación. Recuerdo claramente a un viejo camarada, en una reunión de aniversario, que me tomó la mano con una sonrisa llena de nostalgia y me dijo:

“Hermano, gracias a ese día, pude abrir los ojos y entender que no éramos enemigos, sino aliados en la misma lucha por un país mejor. Ese abrazo, ese gesto de fraternidad, me enseñó que el trabajo en conjunto, la confianza y el respeto mutuo no solo fortalecen a nuestras instituciones, sino que también sanan heridas y construyen puentes. Desde entonces, pude trabajar en operativos conjuntos sin miedo ni recelo. Aprendí a valorar el uniforme del otro, a entender que en nuestras manos está la paz y la seguridad de nuestro pueblo, y que la verdadera fuerza reside en la unidad”.

Sus palabras todavía resuenan en mi memoria, como ecos que reafirmaron que aquel acto simple, pero lleno de significado, había sembrado una semilla que germinaría en cambios profundos y duraderos.

Incluso oficiales de las Fuerzas Armadas, que en un principio miraron aquel gesto con escepticismo, con recelo y cierta desconfianza, con el tiempo reconocieron el valor de la reconciliación y del respeto mutuo. En una reunión, un coronel del Ejército me confesó, con una mirada llena de sinceridad:

“Fue la primera vez que sentí que éramos parte de un mismo país y de una misma misión. Ese día, ese abrazo, selló en mi corazón la certeza de que nuestros esfuerzos no estaban divididos por diferencias, sino unidos por un propósito común: la seguridad y el bienestar de nuestra gente. La verdadera fortaleza de nuestras fuerzas está en la fraternidad, en la colaboración y en la confianza que construimos día a día”.

Estos testimonios, que parecen simples palabras, en realidad contienen la esencia más pura de un cambio profundo, que trasciende las instituciones y llega al alma de quienes lo vivieron. Son ecos que nos recuerdan que los gestos de reconciliación, por pequeños que parezcan, tienen el poder de transformar vidas, de sanar heridas y de construir un país donde la unidad sea la base de nuestra fuerza.

Cada historia, cada recuerdo, cada palabra compartida en esas reuniones de aniversario, refuerza la certeza de que aquel acto de fraternidad fue mucho más que un símbolo: fue el comienzo de una nueva cultura de respeto, colaboración y amistad entre quienes, desde diferentes campos, trabajan con amor y compromiso por un mismo país. Y ese legado, ese espíritu de unidad, sigue vivo en cada uno de nosotros, en cada acción que realizamos, en cada paso que damos hacia un futuro en el que la verdadera fuerza reside en la fraternidad que hemos sembrado y que seguimos cultivando día tras día.

### **Reflexión final: la injusticia y el verdadero reconocimiento**

Paradójicamente, en lugar de recibir una medalla, un reconocimiento oficial o alguna muestra de gratitud, fui castigado por aquel acto de hermandad, por aquella muestra sincera de unidad entre hermanos de distintas fuerzas. Los políticos, temerosos de perder el control sobre las instituciones, prefirieron silenciar, despreciar y apartar a quienes promovimos la reconciliación y la fraternidad. Nos enfrentamos a un silencio injusto, a una marginación que dolió en lo más profundo, como si ese acto de amor y respeto hubiera sido un delito en un país que clamaba por unidad.

Pero el tiempo, ese juez silencioso y sabio, ha demostrado que lo que hicimos fue mucho más que un simple gesto entre camaradas. Sembramos una semilla de paz, de respeto mutuo y de esperanza que, aunque muchos no lo quieran reconocer, sigue dando frutos. Esos frutos están en cada rostro de policías y militares que ahora trabajan con mayor cooperación, en cada comunidad que siente que sus protectores están unidos por un mismo propósito, y en la conciencia de un pueblo que, lentamente pero con firmeza, avanza hacia la reconciliación y la justicia social.



A veces la historia, por más injusta que parezca, no premia a quienes se atreven a romper con viejos esquemas, a desafiar intereses y a defender la dignidad humana. Pero la verdadera recompensa no siempre llega en formas materiales o en reconocimientos oficiales. La verdadera recompensa está en ver cómo, a pesar de todo, el país avanza, aunque sea un paso pequeño, hacia un futuro donde la reconciliación y la justicia sean las bases de nuestra nación. Porque, al final, la dignidad y la hermandad valen más que cualquier medalla, cualquier reconocimiento, o cualquier castigo impuesto por quienes temen la transformación.

Si tuviera que hacerlo de nuevo, sin duda alguna, lo haría de la misma forma, con la misma convicción y con el mismo amor por Bolivia. Porque, para mí, la verdadera grandeza está en mantener viva la llama de la fraternidad, en defender la dignidad de cada ser humano y en luchar por un país donde el amor a la patria y el compromiso con su gente sean más fuertes que cualquier interés personal o político.

A las nuevas generaciones de policías y militares, les digo: cuiden esa fraternidad como el tesoro más valioso. No permitan que intereses ajenos, mediocres o divisivos, los separen ni los hagan olvidar que, por encima de cualquier uniforme o jerarquía, está el amor a Bolivia y el deber sagrado de servir unidos al pueblo. La historia nos ha enseñado que solo en la unidad, en la colaboración sincera y en el respeto mutuo, podemos construir un país fuerte, justo y digno para todos.

Y a mis camaradas y a todos aquellos militares que aceptaron ese gesto de fraternidad, les digo con el corazón en la mano: gracias por su grandeza, por su valentía y por su nobleza. Juntos demostramos que la unidad es posible, que la verdadera fuerza reside en la solidaridad y que, por encima de cualquier diferencia, está el amor a Bolivia y el compromiso de construir un destino mejor para nuestro pueblo. Porque, al final, lo que realmente importa es que seguimos creyendo en un país donde la hermandad y la justicia prevalezcan, y donde el espíritu de servicio y amor por la patria sean eternos.

### **Agregado Policial en los Estados Unidos**

Era un 25 de marzo próximo, cuando recibí una llamada que cambiaría mi destino y pondría a prueba mi honor y dignidad como oficial de la Policía. El viceministro de Gobierno, José Luis Harb, me habló con urgencia, solicitando que pasara por su oficina de inmediato. Consciente de la importancia de la llamada, respondí que sí, que allí estaría en el horario que él indicara. Como era habitual en mí, no acudí solo; pedí que me acompañaran mis camaradas Medina y Almaraz, hombres de confianza y respeto, que sabían bien quién era yo y qué representaba mi uniforme.

Al ingresar en la oficina de Harb, saludé con respeto y permanecí de pie, mientras mis camaradas esperaban en la antesala. El viceministro, con un tono cordial pero firme, me recibió y comenzó la conversación:

— Harb: Mire, mi mayor (a veces me tuteaba, otras veces me usteaba), usted está apareciendo mucho en televisión y toda esa exposición pública está afectando al Gobierno. Lo que usted dice y hace sale en los medios, incluso más que el mismo Presidente. Por eso, hemos tomado la decisión de que usted sea destinado como agregado policial a los Estados Unidos.

Lo miré con respeto, pero con firmeza en mis ojos, y le respondí:

— Yo le dije: Pero, señor, no corresponde, pues yo todavía tengo el grado de mayor y ese cargo es para coroneles.

Él, con una sonrisa que no lograba ocultar su interés por imponer su voluntad, replicó:

— No, no, no, no vamos a discutir esos detalles. Es una decisión del Gobierno, y usted debe cumplirla. Aquí tiene todos los documentos, los pasajes, la resolución del Comando General, la del ministro de Gobierno. Todo está en ese sobre, los trámites, pasaportes, y puede viajar con su familia a los Estados Unidos. Queremos que deje de hablar en los medios, que no dé más entrevistas en televisión. Es por el bien del país y por su propia seguridad.

Le pregunté con respeto pero también con autoridad:

— ¿Y qué va a pasar con los capitanes, tenientes, sargentos y demás compañeros que están conmigo? ¿Qué será de ellos?

Su respuesta fue evasiva, intentando tranquilizarme:

— No se preocupe por ellos. Nosotros nos encargaremos de todo.

Pero en mi interior, ya conocía cómo operaban las cosas. Recordé cómo Sánchez Berzain, el zorro, se había encargado de mí durante tres años, cuando aún era capitán. Sabía que esas palabras eran solo una estrategia para dividir y eliminar cualquier resistencia. Miré los documentos, la resolución, los sellos y firmas oficiales, y confirmé que eran auténticos. Pero mi espíritu de oficial, mi honor, no me permitían aceptar aquello. No podía mirar a mis camaradas a la cara y pensar que todo esto lo había aceptado por interés personal. La dignidad de un oficial no se negocia.

Cuando le mostré mi rechazo, Harb me interrumpió y, con una sonrisa burlona, me preguntó:

— ¿Conoces la ley de Arteaga? La conoces, ¿verdad? El que caga, caga. Bueno, si no aceptas, se te aplicará esa ley.

Reaccioné con firmeza, arrojando los documentos en su escritorio y diciendo:

— ¡El que caga, caga! Y salí de su oficina con la cabeza en alto, sin doblegar mi honor.

Al comentar con mis camaradas lo ocurrido, ellos me alentaron a aceptar la oferta, argumentando que sería una buena oportunidad. Pero yo les respondí con honestidad y orgullo:

— ¿Con qué cara volvería de Estados Unidos? No podría mirarlos a ustedes a los ojos, ni a mis hijos, ni a mi familia, sabiendo que todo esto lo hice por interés personal. No está bien.

Al día siguiente, en un acto de injusticia y atropello al debido proceso, inventaron cargos y me iniciaron un proceso disciplinario para darme de baja. Un proceso viciado, lleno de abusos y violaciones a mis derechos como oficial y como ser humano, solo por haber sido leal a mis principios y a la institución que tanto amo.

Poco tiempo después, tuve un encuentro casual con el Coronel Primo Peña, quien, como buen amigo y camarada, me recriminó por no haber aceptado el destino en

Estados Unidos. No supe qué responder, pues los consejos de ese digno policía siempre fueron sanos y sinceros. Él, con una sonrisa, me tomó del hombro y dijo:

— Cuenta conmigo para lo que necesites.

De manera similar, el Coronel Félix Segales, que en ese entonces era mi superior en el Estado Mayor, también me comentó:

— Vargas, había la resolución para que te fueras a Estados Unidos. ¿Por qué no te fuiste? Deberías haberte ido. Ahorita seguirías en la Policía, con mando, con perfil para comandar.

Yo le respondí con orgullo:

— Mi Coronel, usted fue mi brigadier, y gracias a la formación que su curso nos brindó, tengo el amor a la Policía. ¿Usted, con toda su experiencia, podría mirarme a la cara sin pensar mal de mí?

Sabía que muchos deseaban ir de agregados a Estados Unidos, pero el precio que había que pagar era muy alto. Como oficial, mi honor y dignidad estaban por encima de cualquier interés personal o material. No sería digno de mis Brigadieres aceptar un chantaje que comprometería mis principios. Y peor aún, ¿qué pensarían mis subalternos, mis hijos, mi familia? ¿Qué dirían los demás si viera que sacrifico mi honor por un destino que solo trae más dolor y humillación?

Mi decisión fue firme: la dignidad y el honor de un oficial de la Policía en los Estados Unidos no tiene precio. La lealtad a mis valores, a mi institución y a mi país prevalecieron sobre cualquier tentación, por muy grande que fuera la oportunidad. Porque un oficial de policía no solo lleva un uniforme, lleva también su honor, su dignidad y su compromiso con la justicia y la verdad.

### **Cuando la lealtad se paga con traición:**

La ironía más amarga de mi vida. Hay dolores que no hacen ruido, no gritan, no sangran, no se ven, se quedan adentro, entre las costillas, y te acompañan toda la vida como una sombra que nunca se va.

Este es uno de esos dolores, Febrero del 2003, Bolivia era una herida abierta, las calles olían a pólvora y a muerte. Madres buscaban a sus hijos entre los hospitales y las calles.

Y a mí me tocó sentarme a negociar con los mismos que habían ordenado la masacre. No fui porque quisiera, fui porque alguien tenía que intentar que dejaran de morir policías y civiles. Fui con el uniforme arrugado, los ojos hinchados de tanto llorar en silencio y el alma hecha pedazos.

Entré a esa sala y, antes de aceptar una sola palabra, antes de permitir que se hablara de vidas como si fueran números, puse una sola condición. Una sola. Y la dije con la voz firme, aunque por dentro temblaba:

—Mientras no garanticen por escrito que el general Pardo se queda en el mando, no hay negociación.

Si lo tocan a él, nos tocan a todos. Si lo humillan a él, humillan a miles de policías que en este momento están arriesgando la vida por este país. Porque ya corrían los rumores venenosos: que Pardo “no tenía personalidad suficiente”, que ya lo tenían sentenciado, que lo iban a sacar como a un perro para poner a alguien que obedeciera sin chistar.

Para mí, removerlo en medio del caos era escupirnos en la cara a todos. Era decirnos: “Ustedes no valen nada, ni siquiera merecen un comandante que los defienda”. Y yo no estaba dispuesto a permitirlo. Hubo murmullos, miradas incómodas, alguien salió a hablar por teléfono.

Volvieron. Y me dijeron lo que esperaba oír:

“El general Pardo no será removido”.

Solo entonces me senté. Solo entonces empecé a hablar de cómo terminar con la locura sin más muertos, Creí, ingenuamente, que había salvado algo importante, creí que había protegido un pedazo de dignidad institucional en medio del infierno.

semanas después, cuando los políticos necesitaron cabezas que ofrecer en sacrificio, cuando quisieron demostrar que “habían puesto orden”, cuando necesitaron borrar toda huella de rebeldía... adivinen quién firmó mi pase al retiro. El mismo general

Pardo. El mismo hombre por el que yo había puesto el pecho en aquella mesa. El mismo hombre por el que había exigido respeto como si fuera la última bandera de Bolivia.

Sin audiencia, Sin defensa, Sin mirarme a los ojos, Sin siquiera un “gracias por haberme defendido cuando todos me querían fuera”. Solo una firma fría sobre un papel. Y de yapa, la orden de desarticular el GAI, el grupo que había servido con honor. La orden de quitarles las armas a policías bolivianos y entregarlas, como trofeo de caza, a la embajada norteamericana. Aceptar esas bajas era aceptar que la Policía tenía la culpa de haber defendido su pan y su dignidad. Era firmar nuestra propia condena moral. Recibí la noticia en una oficina que olía a humedad y a traición.

Y no grité, no lloré de rabia, lloré de una tristeza tan grande que no cabía en el pecho, porque la bala la dispara un enemigo, pero la traición la firma alguien a quien consideraste hermano. No le guardo odio al general Pardo, le guardo lástima, porque sé que esa pluma le tembló, sé que esa firma le quema todavía hoy, sé que algún día, cuando esté solo frente al espejo, recordará que hubo un oficial que se jugó todo por defenderlo...y que él, cuando le tocó elegir entre el honor y la poltrona, eligió mal.

A mis camaradas, a los que aún visten el uniforme y a los que ya no, les digo con el corazón en la mano: nunca, nunca se arrepientan de haber defendido lo correcto, aunque sepan que les va a costar todo. Porque la lealtad que se paga con traición sigue siendo lealtad. Y la traición que nace del miedo lleva la marca eterna de la cobardía. Yo perdí mi derecho de vestir el uniforme de mi amada policía, pero conservo la frente en alto. Perdí mi carrera, pero conservo la conciencia limpia. Y cuando un camarada me abraza en la calle, o cuando una madre me dice “gracias por no habernos traicionado”, sé que cada lágrima valió la pena. cuando la lealtad se paga con traición, no es la lealtad la que queda manchada, es la traición la que carga la vergüenza para siempre, y yo, aunque me arrancaron el uniforme, sigo caminando con la dignidad intacta. Porque hay cosas que ninguna firma puede borrar: el amor por esta institución, el amor por este pueblo, y la certeza absoluta de que, algún día, la historia pondrá a cada quien en su lugar. Tendré las manos vacías de galones y de medallas, pero llenas de algo que ningún decreto puede confiscar: la paz de saber que nunca vendí el alma, que nunca agaché la

cabeza cuando había que dar la cara, que nunca traicioné al compañero ni al pueblo que juré proteger.

Tendré cicatrices en vez de ascensos, lágrimas secas en vez de condecoraciones, y una espalda que ya no lleva estrellas... pero que nunca, nunca llevó la marca de la cobardía.

Ese día no necesitaré que nadie me devuelva nada, porque lo único que realmente importa ya lo llevo cosido al fondo del pecho: la certeza tranquila, profunda, inamovible de que, cuando la historia me puso a prueba, yo no me escondí detrás de un escritorio, yo no firmé la traición, yo no miré para otro lado.

Yo puse el pecho, y aunque me costó todo, aunque me dejó solo, aunque me dolió hasta los huesos... dormiré todas las noches de mi vida con la frente alta y el corazón en paz. Porque la dignidad, camaradas, no se pide prestada, no se negocia, no se pierde se lleva dentro y la mía sigue intacta y mientras siga latiendo, nadie, ni los poderosos, ni las firmas, ni los años, me la podrá quitar jamás. Ese día no necesitaré que me devuelvan nada...ni el sable que me arrancaron, ni los años que me robaron, ni el nombre que borraron de los registros. Porque cuando llegue ese día y me paren frente al espejo de la verdad, yo podré mirar de frente a mis hijos, a mis camaradas caídos, a mi madre que ya no está, y les diré sin que me tiemble la voz:. Yo elegí bien

**El día que me arrancaron el uniforme** (El dolor más grande que he cargado en la vida)

El año 2003 no solo fue una crisis nacional, fue el año en que me mataron en vida. No exagero. El día que me comunicaron mi baja de la Policía Boliviana sentí que me arrancaban el corazón con las manos.

No fue un papel, no fue una firma, no fue una orden. Fue un desgarró. Un grito mudo que todavía resuena dentro de mí cada vez que cierro los ojos. Porque el uniforme no era tela verde olivo, era mi piel. Era la primera vez que mi padre me miró con orgullo cuando me lo puse, era la mano temblorosa de mi madre cosiendo el primer distintivo en la manga, era la foto que llevábamos en la billetera para enseñarle a nuestros hijos:

“Miren, este es papá cuando cuida a Bolivia”, era el olor a sol y a pólvora después de un servicio de 24 horas, era el abrazo de un camarada cuando volvíamos vivos de una operación que pudo ser la última. Era la voz quebrada de una señora que nos decía “gracias, hijito” después de encontrar a su niño perdido.

Era todo lo que yo era, y de pronto... ya no recuerdo el momento exacto. Estaba en una oficina fría, con paredes descascaradas, muebles viejos maquinas de escribir que hacía ruido pero no movía el aire. El oficial nervioso que me entregó el documento ni siquiera me miró a los ojos, se puso firme de manera energética, con ojos llorosos solo extendió el papel y dijo: “mi mayor... no termino la frase”, yo firmé. Firmé mi propia sentencia de muerte civil. Porque en ese instante dejé de estar en servicio, el camarada, el policía... y me convertí en “el que fue”.

Salí a la calle y el sol me quemó como si fuera la primera vez que lo veía sin el kepi, caminé sin rumbo, con las manos vacías, sintiendo que me faltaba un brazo, una pierna, el corazón, llegué a casa y mi hija menor, que tenía cinco años, corrió a abrazarme y me preguntó:

“¿Papá, hoy no te pusiste tu ropa de héroe?”.

Y yo... yo no pude contestarle.

Me encerré en el baño y lloré como nunca había llorado en ninguna balacera, lloré hasta que me dolieron los huesos, lloré hasta que no quedó una sola lágrima.

Durante meses no podía pasar cerca de un cuartel, el olor a café barato, el sonido de las botas en el patio, la risa de los nuevos cadetes... todo me apuñalaba.

Guardé el uniforme en el fondo del armario, doblado con el mismo cuidado con que se guarda la bandera de un muerto. Y cada noche, antes de dormir, abría la puerta solo para verlo, para tocarlo, para olerlo, para decirle en silencio: “Perdóname por no haber podido defenderte”.

A veces me despertaba a las tres de la mañana con la sensación de que todavía llevaba el chaleco antibalas puesto... y al darme cuenta de que no, el vacío era tan grande que tenía que abrazarme a mí mismo para no caerme de la cama.



La gente cree que los policías somos de piedra, que no sentimos, que cuando nos quitan el uniforme seguimos siendo los mismos, pero no, cuando te quitan el uniforme te quitan la identidad, te quitan el lugar en el mundo, te convierten en un fantasma que camina entre los vivos sin pertenecer a ningún lado.

Y aun así... con el tiempo, muy lentamente, aprendí algo que solo se aprende cuando te han arrancado todo: El uniforme se lo pueden quitar al hombre, pero el policía se lo quitas al alma... nunca. Porque yo sigo siendo policía cuando ayudo a una señora a cruzar la calle aunque ya no lleve uniforme.

Sigo siendo policía cuando veo una injusticia y me duele igual que antes sigo siendo policía cuando un ex camarada me llama a las dos de la mañana porque no puede más y yo lo escucho y lo aliento aunque ya no tenga grado para consolarlo.

Sigo siendo policía cuando miro a mis hijos a los ojos y puedo decirles sin mentir: “Papá nunca traicionó lo que juró”.

A los que hoy llevan el uniforme les digo con la voz rota pero firme: ámenlo con locura, defiéndanlo con la vida, lloren cuando se lo pongan por primera vez y lloren cuando se lo quiten por última vez. Porque ese pedazo de tela verde lleva dentro el alma de Bolivia, y mientras lo lleven con dignidad, ningún papel, ninguna firma, ningún político mezquino podrá arrancarles lo que realmente importa.

Yo ya no tengo derecho a ponérmelo, Pero cada mañana, cuando me miro al espejo, me pongo el uniforme invisible del honor. Y camino por la vida con la espalda recta, con el corazón latiendo fuerte, y con la certeza absoluta de que aunque me hayan quitado la ropa, nadie me quitó el alma de policía. Esa nadie me la quita, esa me la llevo a la tumba y cuando llegue el día de encontrarme en el mas allá con los que se fueron con el uniforme puesto, podré saludarlos de igual a igual, abrazarlos fuerte, y decirles sin bajar la mirada: “Compañeros... yo también seguí siendo uno de ustedes hasta el último aliento.” Ese día, el uniforme volverá a estar completo. Y ya nadie podrá quitármelo jamás.

**El exilio invisible: cuando el uniforme pesa más fuera que dentro**

Nunca, en mis años de formación en la Academia Nacional de Policías, imaginé que algún día tendría que enfrentar un exilio silencioso, un distanciamiento que no se refleja en las fronteras ni en los papeles oficiales, sino en el alma y en el corazón. Jamás pensé que los compañeros de curso, aquellos que compartieron conmigo sueños, noches de estudio, desvelos y sacrificios, serían quienes, en un acto de traición invisible, me darían la espalda.

Recorrí esos años con la ilusión de que los lazos forjados en la academia serían imborrables, que la hermandad policial sería un escudo que ningún viento de conveniencia o miedo podría romper. Compartimos más que clases, compartimos una visión de país, una esperanza de justicia y un compromiso de servicio. Nos formamos con la idea de que, unidos, éramos más fuertes, que la lealtad y el respeto mutuo eran los cimientos de nuestra profesión. Nos prometimos ser los guardianes de la paz, los custodios de la ley y los defensores de la dignidad de nuestro pueblo.

Pero la realidad, cruel y despiadada, me sorprendió. Tras mi retiro forzado, ese acto que parecía solo una consecuencia administrativa, se convirtió en un golpe profundo en mi alma. Porque, en ese momento, comprendí que muchas de esas promesas, esas palabras de amistad y fraternidad, se desvanecieron en el silencio de quienes alguna vez llamé hermanos. La misma gente que compartió conmigo años de esfuerzos, de sacrificios, de sueños, fue la que, de pronto, prefirió mirar para otro lado, evitar mi presencia, cruzar la calle para no cruzarse conmigo, como si la cercanía con un oficial que ha sido apartado de la institución fuera un riesgo, una mancha que puede contaminar su propia imagen.

Fue muy duro, más que cualquier herida física, más que cualquier balazo o golpe en el cuerpo. La herida más profunda fue la del exilio invisible, ese que no se marca en los papeles, pero que cala en lo más profundo del ser. La sensación de haber sido traicionado por aquellos con quienes compartí la mayor parte de mi vida, por quienes una vez defendí con mi sudor y mi sangre, dolió como un puñal en la espalda. La incompreensión, el rechazo, la indiferencia de quienes alguna vez consideré amigos, fue

como una bofetada que me obligó a confrontar la verdadera naturaleza de la lealtad y la amistad en el ámbito institucional.

Recuerdo muchas tardes en las calles de la ciudad, caminando con la esperanza de encontrar una cara conocida, un gesto de reconocimiento, una palabra que me devolviera un poco de la dignidad que el sistema y el miedo me habían arrebatado. Pero no, el silencio era más elocuente que cualquier discurso. La soledad se hizo un compañero constante, un recordatorio de que, aunque el uniforme ya no me cubría, la dignidad y los valores que siempre defendí permanecían intactos en mi interior. La traición más dolorosa no fue la que vino de afuera, sino la que sentí en aquellos que un día llamé camaradas y que, en su miedo o intereses, prefirieron cerrar los ojos ante la injusticia.

Pero en medio de ese dolor, también aprendí algo invaluable: la soledad puede ser un precio muy alto, pero es también un acto de resistencia y de dignidad. Mirar de frente, aunque duela, es mucho más honorable que vivir de rodillas ante la injusticia. Porque el uniforme, aunque ya no lo lleve puesto, sigue siendo parte de mí, de mi historia, de mi identidad. Es un símbolo de lucha, de compromiso, de entrega por un país que aún necesita de hombres y mujeres con principios, con valores, con honor.

Y hoy, cuando reflexiono sobre ese exilio invisible, comprendo que la verdadera lealtad no está en las medallas ni en los cargos, sino en los principios que uno lleva en el corazón. La dignidad no la define la presencia física en una institución, sino la honestidad con uno mismo, la coherencia en los actos y la fidelidad a los valores que uno decidió defender desde el primer día. Aunque me hayan separado del uniforme, nadie podrá arrebatarme el orgullo de haber sido policía, de haber servido con honestidad, con valor y con amor por mi pueblo.

A todos los que aún visten el uniforme, les digo: cuídenlo, ámenlo, llévenlo con dignidad y orgullo. Porque algún día, cuando las circunstancias obliguen a dejarlo, lo que quedará será el recuerdo imborrable de haber sido parte de algo más grande que uno mismo: la lucha por la justicia, la paz y la dignidad de un país que aún sueña con un futuro mejor.

Y en ese legado, en esa memoria que perdura más allá de los reconocimientos o los cargos, reside la verdadera grandeza de un policía. Porque, al final, el mayor acto de valentía no es solo enfrentar el peligro, sino mantener intacta la integridad y la fe en la justicia, incluso cuando todos parecen haberse olvidado de ti. Esa es la verdadera fuerza del que lleva en su corazón la esencia del servicio y el compromiso con su patria.

### **Amigo Rodolfo Illanes: Amistad, lealtad y refugio**

Querido Rodolfo Illanes, tu memoria vive en cada paso que dimos juntos en aquellos días de lucha incansable. Las marchas diarias, las concentraciones y la constante amenaza de los agentes de inteligencia marcaron un tiempo donde la lealtad y la solidaridad fueron nuestro mayor escudo. Recuerdo cómo, tras cada jornada, buscábamos estrategias para despistar a quienes me perseguían. A veces, me acompañaban varios compañeros para perdernos en calles de doble salida; otras, usaba una peluca y cambiaba de ropa, mientras alguien más llevaba mi chamarra para confundir a los agentes. En una de esas maniobras, tú, Rodolfo, me invitaste a tu hogar en la avenida Buenos Aires. Acepté, y muchas noches encontré calor y refugio en el living de tu casa, un espacio que se convirtió en mucho más que un lugar para descansar.

No eras solo un compañero de lucha, sino un hermano en los momentos más oscuros. En aquellos días de resistencia, cuando la persecución era constante y la desconfianza podía quebrar cualquier lazo, tú siempre estuviste ahí, ofreciéndome no solo un techo, sino una amistad inquebrantable. Recuerdo nuestras charlas mientras compartíamos una comida preparada por tu esposa, siempre generosa, cuyos platos llenos de cariño nos daban fuerza para seguir. Tu hijo, con su inteligencia y preguntas agudas, traía luz y esperanza incluso en los días más duros. Esas noches en tu hogar eran oasis de calma en medio de la tormenta, donde la fraternidad y el compromiso renovaban nuestro ánimo.

Tu indignación ante la actitud de algunos de mis antiguos compañeros de curso aún resuena en mí. Te dolía ver cómo, en plena calle, quienes alguna vez compartimos

ideales ahora me ignoraban, cruzaban la acera o fingían no reconocermes. “No entiendo cómo pueden actuar así”, decías con una mezcla de tristeza y frustración. “Uno no abandona a sus camaradas, menos en tiempos de lucha”. Para ti, la lealtad y la justicia estaban por encima de cualquier miedo o cálculo personal. Con una convicción que nunca olvidaré, me repetías: “Cuando termine esta lucha contra el neoliberalismo, el nuevo gobierno debe reincorporarte a la Policía. Nunca debieron retirarte. Tu lugar está ahí, defendiendo la dignidad y los derechos de los que no tienen voz”.

El segundo día de marcha, salimos de tu casa y, junto a los vecinos, levantamos barricadas con los adoquines de la calle Max Paredes, en la esquina con avenida Buenos Aires, y otra en la Plaza Garita de Lima. Luego, nos uníamos a los trabajadores de la COB para seguir marchando. La cuarta noche en tu hogar, detecté agentes de inteligencia apostados en la esquina. Te lo comuniqué, y sin dudarlo convocaste a los vecinos, encendiste una fogata y advertiste que cualquier extraño sería enfrentado. Esa acción disuadió a los agentes, y a las dos de la madrugada, un vehículo nos llevó a otro refugio en Tembladerani, donde pasé tres días más, siempre marchando, organizando barricadas y esquivando la persecución.

Las marchas eran diarias, y los enfrentamientos con gases lacrimógenos, una constante. Como parte de la organización, orientaba a la gente sobre cómo enfrentar el gas: qué llevar, qué evitar, cómo dispersarlo. Les decía que se pegaran a las paredes y no huyeran lejos cuando la policía atacaba. Así, resistíamos día tras día. Al retirarnos, en la Plaza Alonso de Mendoza, entre cinco y diez personas me rodeaban para protegerme. Aprovechaba para cambiarme la peluca y la chamarra con alguien de mi estatura, una maniobra que me permitió evitar la captura. Finalmente, el 17 de octubre, cuando se anunció la renuncia de Gonzalo Sánchez de Lozada, pude gritar con orgullo: “¡Sí se pudo, carajo, sí se pudo!”. Y tú, Rodolfo, estuviste a mi lado, protegiéndome y apoyándome con una entrega desinteresada.

Tu hogar no fue solo un refugio físico, sino un símbolo de hermandad. Tu familia se convirtió en la mía, y tu compromiso me enseñó que, incluso en los momentos más difíciles, hay personas que dan todo por sus amigos y sus principios. A la memoria de

Rodolfo Illanes, a su esposa y a su hijo, dedico estas palabras con profunda gratitud. Tu ejemplo de lealtad, generosidad y humanidad me acompañará siempre. Que tu historia inspire a otros a no abandonar a quienes luchan por la justicia y a recordar que la verdadera grandeza está en los gestos sencillos de solidaridad y en la defensa incondicional de los ideales.

### **Intentos del servicio de inteligencia por capturarme**

Era un día viernes y tenía la costumbre Gonzalo Trigos quien después fue Ministro de Trabajo de Evo Morales, en el año 2000 se presentó en el Motín de abril como asesor de la COB y como un luchador social, activista comprometido con la clase obrera. durante la lucha de septiembre y octubre del 2003, un día viernes, me dice Gonzalo Trigos que hay un seminario en el Paraninfo de la UMSA y tienes que ir para dar un discurso, todos los días habían marchas y por supuesto mi actividad estaba dirigida a impulsar y motivar a los trabajadores de la COB, marchamos hasta las 18:30 de la tarde y a las 19:00 nos dirigimos al Paraninfo de la UMSA. Al llegar al Atrio de la Universidad, veo y me doy cuenta de la presencia de agentes del Ministerio de Gobierno, de los grupos del servicio de inteligencia y estaban por todos lados, entre todos reconozco al Coronel Yankovic, que al parecer estaba al mando de los equipos de inteligencia, a Trigos le comento de lo que vi y le indico “han venido para casarme lo de inteligencia, están por todas partes, los veo por ;todas partes!!

Trigos, me dice, “no te preocupes, no se atreverán a nada estamos en la Universidad, entonces doy un discurso y al final de mi presentación les digo “muchachos, es posible que hoy sea la última vez que me vean, afuera están los de inteligencia y me van a tomar preso, entonces este es el último discurso que dé” y por eso cuando salgo del Paraninfo sale Gonzalo Trigos y salen muchos universitarios para ser testigos de los acontecimientos que se dieran y de las capturas que harían los agentes de inteligencia. Nuevamente, al salir lo veo apoyado a una de las paredes al Coronel Yankovick, me acerco y le digo “mi coronel ha venido arrestarme, hágalo ;ahora mismo! El Coronel

Yankovick, al ver tantos universitarios, tanta gente me dice “no bicho, ¿qué me dices? vine aquí a ver a mi hermana, mi hermana está estudiando la vine a recoger” los estudiantes se molestaron y noté una posible intención violenta de los estudiantes universitarios contra el Coronel, pensé, que habiendo sido reconocidos, los agentes de inteligencia abortarían cualquier operativo.

Entonces, con Trigos nos dirigimos hacia el Prado, pues la marcha de la COB, ya estaba cerca, justo, nos incorporamos a la altura del cine 16 de julio, a la cabeza de la marcha, como siempre, estaba a Jaime Solares, después de saludar a todos, me acerco a Jaime Solares y le comento lo sucedido y se da el siguiente dialogo:

- Yo: Jaime, me están persiguiendo, me van a querer llevar los de inteligencia, seguro el Ministro de Gobierno dio la orden

- Jaime Solares: Es posible, es un riesgo constante hermano, pero, ahora solo métete la Mancha a ver ¿qué te saquen de la marcha?

- Yo: bueno, pero si pasa algo ya sabes de donde viene la cosa.

Empezamos a marchar y gritar como todo el tiempo de lucha y llegamos a la San Francisco y Gonzalo Trigos me dice, sabes, vamos a ir a la casa de mi mamá, que está en la final de la Yanacocha” le respondo, “bueno entonces tomemos un taxi de la calle Potosí” Llegamos a la calle Potosí hicimos parar y subimos a un taxi, en el asiento de adelante sube Guillermo, que siempre me acompañaba, Trigos y yo subimos al asiento de atrás, el taxi avanza unos cuantos metros y los agentes inteligencia detienen el taxi y por la puerta trasera se meten en el vehículo y me dicen “bájese mi mayor Vargas bájese” mi ayudante Guillermo es el primero en salir, veo a Trigos y lo veo asustado, pálido, solo atiné a decirle cálmate Gonzalo y mi ayudante Guillermo que ya había salido del auto y empieza a gritar: “ al mayor Vargas lo quieren capturar, al mayor Vargas se lo llevaran!!! Trigos y yo salimos del taxi y la gente que estaba en la calle caminando se dan cuenta de la amenaza y se empiezan a pelear con los agentes de inteligencia, ellos estaban mostrando amenazantemente con su pistola, pero toda la gente del lugar, empieza a pelear, a enfrentarse con los agentes de inteligencia, recuerdo entre toda la gente a una pareja de esposos que venían por la calle Potosí venían caminando con su bebé en brazos

del hombre, él le entrega al bebé a su mujer y empieza a pelear con los agentes de inteligencia, su mujer agarra y le entrega a su bebé a unos que vendían helado en la puerta del Shopping Norte y también empieza a pelear y me gritan “escape mayor, escape mayor”!! me mandan a escapar, lo agarró a Trigos del brazo y lo llevó hasta el único lugar seguro en ese momento, al edificio Fabril, que está ubicado en San Francisco, llegamos y estaba abierto todavía, entramos subimos unos dos pisos y veo a Trigos completamente pálido, asustado, parecía papel blanco y le digo ¿qué pasa? y no puede articular una sola palabra, finalmente dice “me voy, me voy!! asustado empieza escapar, sale y me deja ahí en el edificio. Yo, entendí a Trigos, no era para menos, fuimos encañonados, era real el operativo de captura, por eso entendí lo pálido que estaba, parecía una hoja de papel blanco. El edificio ya casi estaba vacío, se me ocurre golpear una puerta que está entreabierta, en la puerta estaba el nombre de un profesional Abogado, no recuerdo el nombre del abogado y le digo:

- Yo: buenas noches,

- Abogado: Mayor Vargas ¿qué hace por aquí?

- Yo: le resumo todo lo acontecido y me dice,

- Abogado: quédese aquí, nadie lo atrapa

- Yo: le agradezco, pero no voy a exponerlo, por favor ¿tiene un espejito, una tijera?

- Abogado: un momento, creo que por aquí tengo algo

Luego de un momento, me entrega el espejo y la tijera, yo opto por quitarme el bigote, el Abogado insiste para que me quede en su oficina, el frío de la noche era un buen argumento para convencerme, pero, agradecí y no acepté la invitación, lastimosamente, no recuerdo el nombre del Doctor.

Subo al último piso buscando alguna forma de pasar al otro edificio y así burlar a los agentes de inteligencia que seguro estarían esperando el momento para entrar y capturarme. Guillermo, mi ayudante, me llama por celular y me dice: “hemos ido a traer a todos los cleferos y a los alcohólicos de la plaza Alonzo de Mendoza y les hemos dicho que te cuiden, están aquí en la puerta cuidando de todo, les dimos un poco de



alcohol, cigarro y coca, están aquí una puerta no va a dejar pasar nadie quédate tranquilo” le digo: “bueno, gracias.

Pasa la noche y al día siguiente a las 07:00 de la mañana, recibo la llamada de un amigo Rubén Taborga, su hija estaba en el mismo colegio con mi hija y me dice

- Rubén: no te olvides que hoy día jugamos fútbol

- Yo: no creo que pueda ir a jugar, porque estoy en esta situación y le comento lo que está pasando, estoy perseguido, estoy aquí en el Edificio Fabril

- Rubén: ven aquí a mi casa, vente a mi casa aquí no te conoce nadie

- Yo: gracias hermano, es un buen lugar, seguro iré y nos vemos allí para contarte más detalles.

La Gente empieza a llegar a las 08:00 ingresan mis compañeros y organizamos una conferencia de prensa para las 10:00 de la mañana, teníamos que denunciar la intención de rapto que fui objeto, los medios llegaron e hicimos la denuncia respectiva, lastimosamente no tuvo la repercusión que deseamos. Le pedí a un medio televisivo que me acompañara como testigo, pues seguro en la calle estarán los agentes de inteligencia para capturarme, aceptaron y Salimos del edificio y con Guillermo me entrego una peluca que le había pedido llevara, y antes de abordar el taxi me asegure de ponérmela para que todos lo vieran, en especial los agentes de inteligencia, tomamos un taxi y me dispongo a ir a la casa de Rubén taborga que está ubicada en la calle Iriarte, tres cuadras arriba de la Plaza Rioshiño, el vehículo del canal televisivo nos siguió y fue testigo como seis motocicletas con dos ocupantes cada una nos seguían, fueron muy obvios los de inteligencia, cosa rara, pues, normalmente son muy prudentes, salvo, que tengan la orden directa del Ministro para actuar sin coberturas, al llegar a la avenida Sucre le digo a Guillermo que se ponga la peluca y se tienda en el asiento trasero del taxi, y yo me paso al vehículo del canal televisivo, el taxi con Guillermo se van por otro destino, y yo con el vehículo de canal televisivo nos dirigimos a la casa de Rubén Taborga, cuando llego a la casa de Taborga y golpeó la puerta sale su hijita a quien le digo esta tu papa? me ha dicho que venga aquí y le espere aquí, la niña me dice “está bien, pase nomas mayor” entró en la casa y al poco tiempo llega Rubén con su esposa y tenemos la siguiente conversación:

- Rubén: hermano, afuera hay hartas vagonetas y ambulancias están por todos lados, estamos rodeados en la casa hermano, es una amenaza para mi suegra, sabes que es anciana, mi mujer, mi hija y yo

- Yo: hermano, pero me dijiste que si me están persiguiendo me venga para aquí, que no habría problema

- Rubén: pero, no pensé que iba a ser tanta magnitud todo esto

- Yo: ahora ¿qué hago? yo quisiera salir de aquí, como para salir

- Rubén: aquí al lado vive un señor que es asesor de la COB ¿por qué no le hablo y que te saque en su vehículo?

Rubén hizo una llamada, mientras le llamaba a ese señor para conseguir sacarme de ese lugar, veo por la calle a parejas de policías vestidos de civil como si fueran enamorados, que paseaban por todo ello y cuando yo les miraba me miraban sonrientes, estaban varios policías alrededor de la casa.

El Vecino de Rubén, indico que me llevaría a otro lugar lejano, pero pidió que me dirija hacia el garaje donde se encontraba su vagoneta, que era el edificio Iriarte, ósea, al frente de la casa de Rubén Taborga. El problema ahora era, ¿cómo cruzar la calle? ¿Cómo llegar al garaje? ¡Me agarrarían en el intento! la esposa de Rubén es alta, es muy alta la señora, entonces le pedí prestado una falda y una mantilla ella saco una falda grande, una mantilla española y también zapatos con tacos, me los pongo, abre la puerta y cruzó disfrazado con esos objetos, cruzó la calle y se abre la puerta del edificio y en lo que estoy entrando al edificio coincide la salida de Lucio González con su esposa Verónica, me miran, les comento lo que estoy haciendo y lo único que me dicen, “te quedas en mi departamento, se dan media vuelta y nos dirigimos al departamento de ellos a pasar la noche.

Después me cuentan de que ni bien yo había salido de la casa de Rubén taborga allanaron su casa el fiscal Santa María, un Coronel de apellido Campos y varios agentes de Del ministro de Gobierno y dice que buscaron y rebuscaron la casa hasta debajo de los ladrillos.

Al día siguiente despierto seguían las ambulancias en todo alrededor y le digo a Lucio “no quiero causarte más problemas y quisiera salir de aquí” ¿dónde iras? me dijo. no sabía dónde ir. no tengo pensado ningún lugar, se me ocurrió ir al bosquecillo, donde sería más fácil esconderme, entonces le pido algunos objetos para disfrazarme, me dio lentes y una gorra, me los puse y a su hijo en mis hombros y salimos como si fuéramos marido mujer con Verónica, salimos con el niño en mis hombros no se dieron cuenta de nada, llegamos al parque, agradezco y me despido de ellos, tomo rumbo de la avenida Armentia hacia la Avenida Perú, me voy a ir al bosquecillo, entrando a la avenida Perú pasa en una vagoneta el Coronel José Ramallo que estaba trabajando en inteligencia, él comienza a mirarme, un poco duda en identificarme, se da cuenta que soy yo, paso el vehículo le grita al chofer para que se la vuelta seguramente para agarrarme, yo me di cuenta que iba a dar la vuelta, cruzó la calle me fui a la otra acera y entré una tienda que atendía una señora y le digo soy el mayor Vargas, me están persiguiendo, me están buscando para agarrarme, ella se incorpora y me esconde detrás la puerta y las vagonetas que se dieron la vuelta volvieron a pasar, seguramente pensando que yo había estado más adelante y no quise poner en más aprietos a la señora le agradecí me salí de la tienda y subí la avenida Vázquez, subí esa cuadra y llegué a donde es la cancha Said, quería llegar al bosquecillo de Pura Pura, en eso suena mi celular veo el identificador de llamadas del celular era un amigo Ángel, solo lo había visto una sola vez, y fue una conversación muy ligera que hicimos en un mitin de la Plaza de San Francisco, allí le di el número de mi celular esa vez me dijo: ”mayor, quisiera colaborar en algo, yo veo coca y si algo pudiera hacer avísame por favor.

Después de esa única vez, nunca más volví a saber de él, no conversamos nunca más, pero atendí el celular, y tuvimos la siguiente conversación:

- Angel: mi Mayor, ¿dónde está? Acabo de ver la coca y note que usted está con problemas, en peligro, ¿por dónde está?

- Yo: sí hermano está siendo perseguido que están por capturar

- Angel: percibo cerca por donde está

- estoy aquí en la cancha Said una calle cerca de la puerta de un colegio

- ¿de un colegio?

- Si, hay un colegio aquí

- puedes pararte en la puerta del colegio y ¿levantar su cabeza hacia el cerro?  
estoy con una gorra

a lo lejos, serían unos 300 400 metros, sobre el cerro veo una figura humana y digo

- yo: ¿eres tú el que está con lluchu y chamarra celeste?

- Angel: si mi mayor, suba aquí, estará seguro, nadie lo encontrará  
había que subir a pie 400 metros y así fue que conocí ahí un centro de ceremonia aymara, pues mi amigo Ángel logro ponerme a salvo, pues, viendo la coca él supo que yo estaba en problemas y me llamó justo el momento en que yo estaba siendo perseguido y necesitaba un lugar para protegerme en su casa.

## **REUNIONES CON EVO MORALES**

### **Primera reunión con Evo Morales**

Cuando todavía cumplía funciones como Presidente de la Cooperativa de Policías, después de los acontecimientos del mes de febrero, al terminar el día, un individuo se acerca mi oficina y me dice “somos un equipo político queremos hablar con usted en una reunión muy privada y muy secreta va a estar Evo Morales, y van a estar también el mando militar, lo que queremos hablar con usted es urgente, podemos venir a recogerlo” así fue, en la mañana del día siguiente vino a recogerme y fuimos a una casa que queda en la avenida Sucre es una casa que ésta es un edificio que está ubicado en el pasaje Lanza de la avenida Sucre, entré y me senté en la primera silla, cerca de la puerta y vi mucha gente que no conocía y decían que eran militares, los miraba para tratar de reconocerlos después, pero ellos evitaban levantar la cabeza, en eso llegó Evo Morales, entró ocultamente creo que llegó acompañado de Santos Ramírez y con David Choquehuanca, nos saludamos y también se sentaron muy cerca de la ventana, inmediatamente empezó la reunión y se desarrolló lo siguiente:

- Golpista: estamos reunidos aquí para defender la patria y eso es posible solo con un golpe de Estado

En eso se incorporó inmediatamente Evo Morales

- Evo: Nosotros no participamos de un golpe de Estado y nos retiramos, me miró y me dijo comandante no se meta en estas locuras

- Yo: claro, tenemos que estar locos para hacer un golpe de Estado, pero díganme ¿para poner a quien es el golpe? ¿a quién quieren hacer presidente?

fue lo que yo pregunté, sin esperar respuesta salí del lugar detrás de Morales, ya en la calle, Evo Morales que estaba en una vagoneta me dijo:

- Evo: mi mayor no se meta en estas cosas
- Yo: por supuesto, es una locura romper la democracia
- Evo: ¿quiere que lo lleve algún lugar?
- Yo: no, gracias, iré caminando
- Evo: bueno, hasta otra oportunidad
- Yo: hasta otra oportunidad

Nos despedimos con Evo Morales, me quedé con la duda de cabecilla de esa locura, después, pude comprender, que era una estrategia del gobierno para acusarnos de golpistas, lástima que los militares se hayan brindado para eso.

## **Segunda reunión con Evo**

Era el 24 de septiembre en que me llama Evo Morales y se cumple el siguiente dialogo:

- Evo: Mayor hay una reunión importante en Cochabamba ¿podrías ir?
- Yo: dije por supuesto que puedo ir, quienes mas estarán
- Evo: otros líderes más, Jaime Solares también estará, entonces voy a dejarte los pasajes en el aeropuerto para que llegues a Cochabamba a las 5:00 de la tarde
- Yo: ¿estará Felipe Quispe?

- Evo: no respondió, por favor mayor puedes ir para recordarle y ojalá puedan llegar juntos

- Yo: está bien, nos vemos en Cochabamba

Fui a buscar a Felipe Quispe sabía que estaba en Huelga de hambre en el Teatro de la Radio San Gabriel, llegue y anuncie mi presencia y deseo de hablar con el Malku, me permitieron ingresar, vi a Felipe Quispe que junto a otros líderes indígenas estaba sentado en la en el escenario del teatro, tenían bolsas de coca para compartir y se desarrolla el siguiente dialogo:

- Yo: kamisaky jila, hola hermano, ¿cómo estás?

- Malku: ¿cómo esta mayor? ¿Sigues poniéndote el chicote al revés? Jajajaj ¿qué te trae por aquí?, masca pues coquita.

- Yo: hermano Evo está convocando a una reunión en Cochabamba, y también te está invitando, dice que no le respondes.

- Malku: si me llama y no le respondo, para que le voy a responder a ese llokalla

- Yo: ¿por qué nos vamos a la reunión?, veamos que quiere

- Malku: no vayas mayor, es trampa ;no vayas!

- Yo: ¿por qué trampa? estamos yendo solo a hablar, simplemente conversar a tratar de encontrar la unidad de todos nosotros, tener un solo camino para avanzar, para ver cómo nos enfrentamos a los neoliberales

- Malku: !no! entiende mi mayor, es trampa, ;no vaya! yo no voy a ir yo aquí me voy a quedar, para que voy a hablar con ese tramposo

- Yo: hermanos desunidos somos débiles, unámonos, así ganaremos, yo si iré

- Malku: entonces anda pues, vos te vas a joder solito

- Yo: ya hermano, que te vaya bien

Llego el día del viaje, fui al aeropuerto para partir según el horario a las 16:00 horas, lastimosamente el horario se retrasó, partimos a las 18:00 cuando llegue me dirigí a la sede del sindicato de maestros, en plena plaza principal de Cochabamba, cuando entré, estaban ya allí, Evo Morales, Jaime solares, Olivera, también vi algunas personas

con características europeas, cuando pregunte por su identidad, me dijeron que eran curas de la Iglesia Católica, recuerdo que me dijeron “es el Cura Albó”, no lo conocía, estaban todos sentados, como esperándonos. Jaime Solares, me pregunto por Felipe Quispe, respondí que no vendría, pues la huelga de Hambre requería de su presencia, pero estaría atento a los resultados de la reunión.

De pronto alguien entro e hizo una señal y entramos a una habitación nos sentamos y se da la siguiente conversación:

- Olivera: hemos preparado estos documentos para presentar a la prensa,

- Evo: vamos todos a firmar la prensa ya llegara

- Yo: no es con documentos que pararemos las muertes, no es el momento de ser tibios, amarillos, no es momento de calcular, están matando gente en Bolivia, están matando gente en La Paz, en El Alto y no podemos ni queremos llegar a un acuerdo o un pacto con el Gobierno. debemos pedir la renuncia de Sanchez de Lozada, sabemos que él es la causa de la violencia y de tantos muertos, debemos exigir la renuncia de este asesino, yo he venido a pedir eso y eso es lo que voy a decir por los medios de comunicación cuando me entrevisten

- Olivera: es importante la disciplina

- Yo: he venido a pedir la Renuncia de Sánchez Lozada como única forma de poder calmar la violencia, que existe molestia en el pueblo.

Parecía que no esperaban un planteamiento así, pues seguramente, lo percibían como una suerte de Golpe de Estado, en esos momentos, pensé que pedir o trazar con el gobierno era traicionar al pueblo y principalmente a los bolivianos que habían muerto principalmente en la ciudad de El Alto. Evo Morales me mira y no dice nada, pero los curas que estaban detrás de los sentados, movían la cabeza afirmativamente, indicando que es la opción correcta, que era lo que estaban pidiendo, pero Evo Morales tenía claro lo que quería hacer y por supuesto yo estaba solo con esa posición y no iba a ganar.

Se miraron todos y entregaron el documento que se entregaría a la prensa, yo les mire y les dije que disciplinadamente afirmare a la prensa mi posición, entonces entraron los de la prensa y hablaron todos, cuando me tocó hablar, dije exactamente lo mismo, “yo creo

que la única forma de conseguir que se calmen la violencia en Bolivia es con la renuncia Sánchez de Lozada”

### **Tercera reunion con Evo Morales, palacio de gobierno**

Una de esas noches, cuando Evo ya era Presidente, recibí una llamada del Comando General de la Policía y me dijeron que Evo Morales me pedía que fuera al Palacio de Gobierno al siguiente día a las 05:00, no sabía el motivo y no pude imaginar lo que Evo deseaba decirme.

Cuando llegué al Palacio, me recibieron normalmente y subí a un salón a esperar a Evo Morales, cuando entro se sentó en su silla dándose el siguiente dialogo:

Evo: como esta Mayor, queremos ayudarle, que podemos hacer por usted

Yo: necesito que a mis camaradas que los dieron de baja de la Policía, tengo 6 camaradas que fueron retirados junto a mí, por favor necesito que los reincorpore a la Policía, tienen familias, están vendiendo limones, ganchos, elásticos y son profesionales de policía

- Evo: muy bien, sus nombres, ¿cuáles son? Al terminar por favor le da los nombres a mi secretaria

- Yo: gracias Evo, sus familias estarán muy agradecidas

- Evo: ¿algo más mi mayor?

- Yo: ver a mis camaradas con salario me hará muy feliz, eso es todo Evo, gracias.

- Evo: bueno mi mayor, tengo otras reuniones, chao

- Yo: chao Evo

- Evo: no olvide los nombres a mi secretaria por favor

Salí del Palacio y mis camaradas que me esperaban en la Plaza Murillo corrieron a encontrarme, nos fuimos a tomar desayuno a mercado Lanza, allí les comenté todo lo acontecido en la reunión de la siguiente manera:

- Yo: hermanos, Evo me prometió que los reincorporara, deje sus nombres a la secretaria personal de Evo, entonces alístense, pronto volverán a la Policía

- Camaradas: ¿y usted mayor? ¿También se reincorporará?



- Yo: no hable de mí, ustedes son primero, vayan y compartan la noticia con sus familias, gracias por estar conmigo todo este tiempo

- Camaradas: debió pedir que lo reincorporen primer a usted, usted es más importante

- Yo: seguro que Evo, sin que se lo pida me reincorporara, parece una persona sensible, tengamos fe y paciencia, veremos todavía, lo importante es que ustedes se incorporen y tengan con que mantener a sus familias.

Bueno, pasó el tiempo y nunca se han incorporado esos policías dos ellos fueron parte de mi equipo de seguridad durante los conflictos de la Guerra del Gas, otros dos de ellos siguieron la vida sindical y política.

#### **Cuarta reunión con Evo Morales**

Otra oportunidad en la que conversé con Evo fue con motivo de la Asamblea Constituyente, propiamente del Texto Constitucional. el MAS, tenía la mayoría en los Constituyentes, cuantitativamente no necesitaba de nadie para lograr la aprobación de la nueva Constitución Política del Estado, pero para darle una imagen de legitimidad, necesitaba que los partidos con representación minoritaria, pudieran apoyar, por eso, los operadores del MAS, nos convocan a la Casa Presidencial de San Jorge.

Durante el debate de las Comisiones se luchó y se consiguió muy poco, pero, en las reuniones de la Vicepresidencia, logre que incluyan en el texto del Régimen de la Policía Boliviana la palabra “indivisible” así lograr que la Policía no pueda ser dividida, fue una victoria política, pues, el equipo de redacción de la Nueva Constitución, que trabajaba fuera de la Asamblea Constituyente, ya tenía redactada el texto final de la nueva Constitución Política, y las luchas de las comisiones fue inútil, mi deseo de incorporar artículos importantes para la Policía, fueron anulados por la gestión de los militares, que al final consiguieron que el texto de la Constitución no cambiara nada del texto anterior. Por eso, conseguir la inclusión de la palabra “indivisible” en un ambiente fuera de la Asamblea Constituyente fue un logro importante, que seguro la historia sabrá

valorar en su verdadera dimensión. Imagínense a pesar de esa palabra, el gobierno logro quitar a la Policía de la misión de Identificación.

Volviendo a la citación en la casa de San Jorge, nos dicen, van a tener una reunión con Evo Morales y por favor seamos claros y concretos para agilizar la reunión con todas las agrupaciones políticas. Después de algunos colegas assembleístas me tocó entrar y fui recibido por Evo y David Choquehuanca, desarrollándose la siguiente conversación:

- Choquehuanca: como estas hermanas, ¿cómo te va?

- Evo: mi mayor gracias por su apoyo, qué podemos hacer por usted

- Yo: una vez en el Palacio me preguntaste lo mismo y te pido lo de siempre, quiero que reincorpores a mis camaradas a la Policía, ellos fueron dados de baja y están mal, viven una situación muy triste

- Evo: si mi mayor lo recuerdo, ¿tiene los nombres?

- Yo: Tocayo anota por favor los nombres

- Choquehuanca: ya hermano mayor, díctame nomas

- Evo: ¿qué más? ¿para usted? ¿nada más?

- Yo: es mi única petición, tengo cargo de conciencia, ellos se perjudicaron por ayudarme, siento que debo hacer algo por ellos, por sus familias.

Evo asintió con la cabeza me extendió la mano y nos despedimos amigablemente.

### **Carlos Mesa: El presidente que eligió ausentarse**

Cuando Bolivia sangró en las calles, cuando el pueblo alzó ataúdes y gritó por justicia, Carlos Mesa miró a otro lado. No fue un silencio prudente ni un acto de cálculo político; fue una cobardía vestida de traje y discurso. No se presentó a declarar, ni como ciudadano, ni como presidente, ni como testigo de una tragedia que marcó al país. Fue una sombra elegante que se desvaneció cuando Bolivia más lo necesitaba.

En medio de esta crisis, Carlos Mesa, entonces vicepresidente, brilló por su ausencia. Todos esperábamos que alguien en su posición mediara o al menos mostrara empatía con nuestra lucha. Pero Mesa optó por el silencio, escondiéndose mientras

nosotros enfrentábamos la represión. Su inacción no solo me decepcionó, sino que dejó claro que carecía de la valentía para liderar en tiempos de crisis. Para mí, el “Febrero Negro” no fue solo una batalla contra el “Impuestazo”, sino un despertar del pueblo boliviano, un momento que marcó el inicio del fin del neoliberalismo y que Mesa, desde su torre de marfil, nunca comprendió.

La caída de Sánchez de Lozada en octubre de 2003 fue el resultado de la “Guerra del Gas”, un levantamiento popular contra el proyecto de exportar nuestro gas natural a Estados Unidos a través de puertos chilenos. Como testigo de la resistencia en las calles, vi cómo los indígenas, campesinos y trabajadores urbanos todos liderados por Jaime Solares líder de la Central Obrera Boliviana se unieron para rechazar un modelo que entregaba nuestros recursos a multinacionales. La represión ordenada por Sánchez de Lozada, que dejó más de 60 muertos, fue la gota que derramó el vaso. Cuando Mesa asumió la presidencia el 17 de octubre de 2003, muchos, incluyéndome, albergamos una mínima esperanza de que su perfil de periodista e historiador trajera un cambio. Pero pronto descubrí que Mesa no era el líder que Bolivia necesitaba

### **Palabras sin eco**

Carlos Mesa tuvo la pluma, eso no se puede negar. Demostró en varias ocasiones que sabía manejar las palabras con destreza, con elocuencia y con un conocimiento que parecía profundo y genuino. Pero, lamentablemente, en los momentos cruciales, esa misma pluma —que podía haber sido un instrumento de cambio— se quedó en silencio, temblando, vacilante, incapaz de traducir en acciones el compromiso que parecía tener en su interior.

Tuvo el micrófono, sí, y en muchos momentos pareció tener también la oportunidad de decir lo que muchos necesitaban escuchar, de alzar su voz en medio de la tormenta, de ser ese líder que inspira y que llama a la acción. Pero, en lugar de eso, le faltó la valentía, la determinación de convertir esas palabras en hechos concretos. La historia no se escribe con discursos cuidadosamente pronunciados, con editoriales llenos

de buenas intenciones o con declaraciones que, en el fondo, solo buscan llenar un vacío. La historia se escribe con actos de verdadera valentía, con decisiones que enfrentan el peso del momento, con la capacidad de poner el cuerpo y el alma en la lucha por lo correcto, aunque eso signifique perder popularidad, comodidad o incluso el apoyo de algunos aliados.

Y Mesa, en cada oportunidad que tuvo de marcar la diferencia, eligió la distancia. Eligió mantener la postura de la observación, del silencio estratégico, de la mera presencia sin compromiso. Sus palabras, aunque en ocasiones parecían tener peso y autoridad, se perdieron en el vacío de la inacción, en la sombra de los silencios que dejaron atrás. Pesaron menos que los silencios que dejó, que las decisiones que no tomó, que los momentos en los que pudo haber sido un faro y solo fue un eco apagado en medio de la tormenta.

Porque, al final, lo que queda en la historia no son los discursos, sino las acciones. No son las palabras que se pronuncian en un escenario, sino las decisiones que se toman en los momentos difíciles. La verdadera fuerza de un líder no se mide por lo que dice, sino por lo que hace cuando el mundo le exige coraje, cuando la historia le pide que deje una huella imborrable. Y en ese sentido, la falta de acción, la indecisión, se convierten en palabras que no tienen eco, en silencios que gritan más que cualquier discurso elaborado con palabras vacías.

Las palabras sin eco son solo eso: palabras. Y en la historia, esas palabras solo permanecen en los libros, en las crónicas, en los discursos memorables, pero no dejan huella en la conciencia de quienes luchan, sufren y enfrentan los verdaderos desafíos del tiempo. La verdadera historia la escriben los que, en el momento justo, tuvieron la valentía de actuar, de arriesgarse, de luchar con hechos y no solo con palabras.

Por eso, hoy, más que nunca, recordamos que la historia no se escribe con palabras sin eco, sino con actos que resuenan en la memoria colectiva, con decisiones que inspiran, con la valentía de aquellos que, aunque temblaron, se levantaron y enfrentaron el peso del momento. Porque, en el final, solo los actos valientes dejan un legado que perdura y no se desvanece en el silencio de las palabras no pronunciadas.

## **Una traición imperdonable: la inmunidad a los militares estadounidenses y la entrega de Bolivia**

Si alguna vez hubo un momento en el que se hizo evidente la traición de Carlos Mesa a Bolivia, ese fue sin duda su intento de otorgar inmunidad a militares y civiles estadounidenses en 2003. Poco después de asumir la presidencia, en un acto que muchos, incluyendo a mí, vimos como una claudicación ante los intereses extranjeros, Mesa solicitó al parlamento que aprobara un convenio que eximiría a las fuerzas estadounidenses de ser juzgadas por la justicia boliviana o incluso por la Corte Penal Internacional por cualquier delito cometido en nuestro territorio. Esa propuesta no solo fue un acto de sumisión; fue una bofetada directa a la soberanía de nuestro país, un golpe que resonó en los corazones de quienes, como yo, habíamos luchado con sangre, sudor y lágrimas contra la intervención, el colonialismo y la impunidad impuesta desde el extranjero.

Para mí, esa iniciativa no fue solo un error político, sino una traición profunda a la memoria de todos los mártires, a los héroes que resistieron durante siglos la explotación y la invasión. ¿Cómo podía un presidente, en un momento en que Bolivia clamaba por dignidad y justicia, proponer que militares extranjeros pudieran cometer crímenes — asesinatos, violaciones, abusos— sin la posibilidad de ser juzgados en nuestra tierra? ¿Qué mensaje enviaba esto a nuestro pueblo? ¿Qué esperanza quedaba en la justicia cuando un gobernante parecía dispuesto a entregar, en nombre de supuestos beneficios, la soberanía y el honor de Bolivia a un poder extranjero?

La propuesta de Mesa no surgió de la nada. Según publicaciones en X, el jefe del Comando Sur de Estados Unidos, James Hill, se reunió con Mesa en 2003 y, con amenazas veladas o abiertas, le advirtió que retiraría una ayuda de 2 millones de dólares si Bolivia no aceptaba la inmunidad para sus tropas y funcionarios. Esa presión externa, en el contexto de la “guerra contra las drogas” y los intereses imperialistas, reveló la debilidad y la sumisión de Mesa frente a Washington. En ese tiempo, yo, como líder del “Febrero

Negro”, había enfrentado la represión brutal del Estado, defendiendo los derechos de mi pueblo, exigiendo justicia, dignidad y soberanía. Pero Mesa, en cambio, parecía dispuesto a arrodillarse ante el “imperio”, a vender nuestra dignidad por migajas y promesas vacías.

Y no solo en Bolivia, sino en otros países, los militares y agentes estadounidenses han cometido delitos graves sin ser castigados. Un ejemplo emblemático es la tristemente célebre operación en El Salvador durante los años 80, cuando tropas y oficiales de Estados Unidos estuvieron implicados en el financiamiento y apoyo a grupos paramilitares responsables de masacres y violaciones masivas de derechos humanos, en un intento de frenar el avance del movimiento popular y las guerrillas. Pese a las evidencias, Washington nunca asumió responsabilidad ni castigó a sus militares implicados.

Otro caso que conmocionó a la comunidad internacional fue en Irak, donde las tropas estadounidenses cometieron abusos, torturas y asesinatos, como los tristemente famosos abusos en la prisión de Abu Ghraib. Los responsables fueron en su mayoría militares de bajo rango, y muchos de ellos nunca enfrentaron un juicio justo o ninguna sanción significativa. La impunidad que rodeó esas atrocidades demostró cómo los militares estadounidenses operan con total impunidad en diversos escenarios, sin que la justicia internacional ni la propia justicia estadounidense logren garantizar que ningún delito quede sin castigo.

En Filipinas, durante la campaña contra el terrorismo, militares estadounidenses también estuvieron implicados en operaciones que terminaron en abusos y violaciones de derechos humanos, sin que sus superiores o sus gobiernos asumieran responsabilidades. La lista de casos es larga y muestra un patrón evidente: los militares de Estados Unidos, en muchas ocasiones, cometen delitos en países extranjeros sin que exista una verdadera rendición de cuentas.

La indignación por esa propuesta no fue solo mía. En un país con una historia de resistencia al colonialismo, desde los levantamientos de Túpac Katari hasta el “Febrero Negro” que lideré con pasión y sacrificio, la iniciativa de Mesa fue vista como una afrenta

intolerable, una humillación que ningún boliviano podía aceptar. Aunque el parlamento no aprobó formalmente esa medida, el solo hecho de que un presidente en funciones la propusiera fue una mancha imborrable en su mandato, un símbolo de esa traición que nunca podremos olvidar.

Para mí, ese episodio no es solo una anécdota, sino un símbolo claro: la evidencia de un presidente que, en lugar de defender la dignidad de Bolivia, eligió la sumisión, la entrega y la traición. Como señalaban las voces populares y los corazones que aún laten con fuerza en nuestras calles, Mesa “solo tuvo cojones” para ceder ante Washington, mientras que en los asuntos internos del país, como la justicia por los muertos de la “Guerra del Gas” o la lucha por la nacionalización de nuestros recursos, su respuesta fue evasiva, tibia, casi indiferente.

Esa traición, esa inmunidad entregada a los invasores, quedó marcada en la historia como un momento oscuro, una mancha que nunca se borra. Porque más allá de los discursos y las promesas, lo que define a un pueblo es su dignidad, su soberanía y su capacidad de levantarse ante las adversidades. Y en ese sentido, la propuesta de Mesa representa un capítulo triste, una traición imperdonable que todavía arde en la memoria de quienes luchamos por un país libre, soberano y digno.

### **Una oportunidad histórica desperdiciada**

En octubre de 2003, Bolivia se convirtió en un país en llamas, un país herido en su propia carne por la brutal represión que dejó una huella imborrable en su memoria colectiva. Las masacres de El Alto, donde las balas del régimen de Gonzalo Sánchez de Lozada segaron vidas de hombres, mujeres y niños, no solo fueron un acto de violencia, sino una traición a la justicia y a la dignidad de un pueblo que clamaba por respuestas. La sangre derramada en esas calles se convirtió en símbolo de una lucha que no podía ser olvidada. El dolor de las madres que buscaban entre los escombros a sus hijos, los gritos desesperados, las lágrimas que bañaban las caras de quienes perdieron a sus seres queridos, crearon un clamor que resonó en cada rincón del país y del mundo.

En ese contexto, un joven vicepresidente llamado Carlos Mesa fue testigo de esa tragedia en primera fila. Vio con sus propios ojos la brutalidad, escuchó los lamentos, sintió la impotencia y la rabia que se acumulaba en el corazón del pueblo. En ese momento crucial, cuando la historia de Bolivia estaba siendo escrita con sangre y lágrimas, Mesa tuvo en sus manos la oportunidad de convertirse en un líder que encarnara la justicia, la verdad y la dignidad de su nación. Podía haber levantado su voz, haber exigido justicia, haber sido un símbolo de resistencia frente a la represión y la traición. Pero en ese instante decisivo, eligió el silencio.

Mientras las madres lloraban por sus hijos, mientras los heridos eran atendidos en medio del caos, y miles de bolivianos salían a las calles con la esperanza de un cambio, Mesa optó por la cautela, por la distancia, por la neutralidad que, en realidad, era una forma de complicidad con el silencio y la omisión. Como vicepresidente, no podía ser ajeno a la responsabilidad de la administración del gobierno. La posición de vicepresidente no es solo un cargo ceremonial; implica una responsabilidad compartida en la toma de decisiones, en la gestión de crisis y en la defensa de los valores democráticos y de justicia. En ese momento, debía actuar con valentía y liderazgo, no solo como testigo, sino como un actor clave en la defensa de la justicia y la dignidad del pueblo boliviano.

Su ausencia en ese proceso no fue solo una omisión, fue una traición a la justicia y a la memoria de los caídos. La decisión de no jugarse por su pueblo, de mantenerse en la comodidad de la corrección académica y la retórica diplomática, marcó un antes y un después en la percepción que el pueblo tiene de sus líderes. La historia juzga con dureza a quienes, en momentos de verdadera encrucijada, prefieren esconderse en la neutralidad y la indiferencia. Mesa, con su decisión de no alzar la voz, dejó pasar una oportunidad de oro para ser un faro de justicia y dignidad en un momento en que Bolivia más lo necesitaba.

Porque más allá de las palabras, más allá de las apariencias, lo que Bolivia necesitaba en aquel momento era un liderazgo que se jugara por su pueblo, que



enfrentara la injusticia con valentía y que recordara que la historia juzga a quienes tienen la oportunidad de hacer lo correcto y prefieren el silencio. La oportunidad fue única, la historia quedó marcada por esa decisión, y el pueblo, en su silencio y su dolor, nunca olvidará esa traición.

### **Renuncias estratégicas: El chantaje de un “pseudo intelectual”**

La historia de Bolivia en ese turbulento periodo de 2003 y 2005 está marcada por decisiones que definieron el destino de un pueblo. Entre esas decisiones, la actitud de Carlos Mesa se destaca como un ejemplo de oportunismo, egocentrismo y falta de liderazgo real. Su comportamiento no solo fue una traición a la causa popular, sino que reveló una profunda incapacidad para comprender la verdadera naturaleza del poder y la responsabilidad que le correspondía como vicepresidente en momentos críticos.

Desde el inicio de la crisis, Mesa se presentó como un “intelectual indispensable”, un historiador que, según él, debía guiar a Bolivia con su sabiduría. Pero esa fachada oculta una profunda desconexión con la realidad del pueblo. La historia, que él tanto citaba, no le enseñó que en momentos de crisis el liderazgo no se impone desde la comodidad de un escritorio o desde la distancia de la academia, sino desde la cercanía con quienes sufren, luchan y exigen justicia.

Lo que realmente se evidenció en su conducta fue un uso pervertido de la renuncia como una forma de chantaje político. En marzo y junio de 2005, Mesa presentó su renuncia con la esperanza de presionar al pueblo y al parlamento, como si su figura fuera insustituible y que su ausencia sería un golpe de efecto para evitar el cambio radical que exigían las movilizaciones. Pero esa estrategia, lejos de fortalecerlo, lo exhibió como un líder superficial, que creía que su renuncia sería suficiente para doblegar la voluntad popular.

Su actitud fue un acto de narcisismo. Mesa, que se creía un “pseudo intelectual” imprescindible, pensaba que su retiro forzado sería suficiente para detener la marea de protesta social. Pero el pueblo, en su más pura expresión, no se dejó manipular por esos

juegos teatrales. La resistencia en las calles, en El Alto, en Cochabamba y en otros lugares, demostraron que el liderazgo auténtico no se basa en amenazas o renunciaciones, sino en la capacidad de escuchar, comprender y actuar en defensa de los derechos del pueblo.

Lo más irónico y revelador es que, a pesar de su imagen de erudito, Mesa nunca completó una carrera universitaria formal. La fachada de intelectual de papel fue su escudo para justificar su indecisión, su falta de decisión y su incapacidad de responder con firmeza a las demandas populares. Como líder policial, yo no necesitaba títulos para entender que el pueblo no se rinde ante chantajes ni ante gestos vacíos. Lo que Mesa no entendió, y que yo aprendí en esas calles de lucha, es que la verdadera fuerza reside en la unidad y la resistencia del pueblo, no en las renunciaciones teatrales de un líder que se cree indispensable.

El momento más simbólico de su cobardía fue en junio de 2005, cuando su incapacidad para responder a las movilizaciones y demandas sociales lo llevó a abandonar el cargo, dejando el poder en manos de Eduardo Rodríguez Veltzé. De esa forma, Mesa dejó a Bolivia sin un liderazgo claro, dejando que la crisis se profundizara y que el país siguiera en la incertidumbre. Pero su renuncia no fue solo un acto político, fue una demostración de que en su ego y en su parecer de “pseudo intelectual”, creyó que podía manipular la voluntad popular.

Hoy, la historia juzga a Mesa no solo por sus decisiones, sino por su actitud. La verdadera política exige valor, compromiso y humildad. La estrategia de renunciaciones y chantajes solo revela una falta de carácter y una desconexión con la realidad del pueblo boliviano, que en esos años luchaba con todas sus fuerzas por un cambio profundo y genuino. La historia recordará que el liderazgo no se mide en títulos ni en renunciaciones teatrales, sino en la capacidad de estar junto al pueblo en sus momentos más difíciles y de defender sus derechos con valentía y honestidad.

### **El presidente de los “quizás”**

En las protestas de 2005, Bolivia vivió una nueva etapa de lucha, una continuación de la resistencia que nos había llevado a enfrentarnos a la opresión y a la injusticia en 2003. Los movimientos indígenas, campesinos y obreros, liderados por organizaciones como la Central Obrera Boliviana (COB) y el Movimiento al Socialismo, exigían cambios profundos: la nacionalización de los hidrocarburos, la redacción de una nueva Constitución que reconociera la plurinacionalidad y la justicia social. Estas demandas nacían de una historia de resistencia, de la memoria de la “Guerra del Gas”, y del espíritu de un pueblo que no se rendía ante las imposiciones del poder económico y político.

Pero en medio de ese escenario crucial, apareció Carlos Mesa. Y en su figura se hizo evidente una característica que marcaría su liderazgo: la de ser el “presidente de los ‘quizás’”, de los “casi” y de los “tal vez”. Cuando Bolivia necesitaba un liderazgo firme, cuando el pueblo clamaba por justicia y por cambios reales, Mesa ofreció solo declaraciones vacías, discursos ambiguos y promesas que nunca se concretaron. En lugar de ponerse del lado del pueblo, optó por mantenerse en la distancia, con una actitud de observador pasivo que solo alimentaba la incertidumbre y la desesperanza.

Su ambigüedad fue su mayor condena. Cuando las protestas de mayo y junio de 2005 se intensificaron, y las calles se llenaron de voces que exigían cambios profundos, Mesa no supo responder. En lugar de liderar con decisión, se escondió detrás de una retórica diplomática, de un discurso de “diálogo” que en realidad era una evasión. Como si sus palabras pudieran calmar las furias populares o detener el avance de un pueblo que ya no toleraba más engaños. Pero esas palabras, vacías y sin acción, solo demostraron su falta de carácter y su incapacidad para asumir la responsabilidad histórica que le correspondía.

El carácter de Mesa como líder fue, en esencia, el de un político que se quedó en los “quizás”. Cuando el país lo necesitaba para dar un paso adelante, él se quedó en la sombra, ofreciendo declaraciones y editoriales, pero sin tomar decisiones concretas. Cuando el pueblo exigía justicia, él respondió con palabras, no con hechos. Cuando la memoria nacional pedía actos de valentía, Mesa ofreció distancia y silencio. Esa actitud no fue solo una cobardía, sino una traición a la lucha de quienes, como nosotros,

habíamos resistido en 2003 y 2005. La historia no solo juzga lo que se hace, sino también lo que se elude, lo que se evita, lo que se abandona en el momento de mayor necesidad.

Su renuncia en 2005, en medio de esa ola de movilizaciones, no fue un acto de resistencia, sino una retirada. No fue un acto de valentía, sino una huida ante las demandas populares. Esa decisión de dejar el poder en manos de Eduardo Rodríguez Veltzé fue el reflejo de un liderazgo débil, que no supo estar a la altura de los desafíos históricos del país. Como si el cargo de presidente fuera solo un título, y no una responsabilidad con el pueblo que lo eligió y que clamaba por justicia y cambios profundos.

El silencio de Mesa en el juicio contra Gonzalo Sánchez de Lozada, conocido como “Goni”, no fue un acto de respeto institucional, sino una muestra clara de su falta de coraje. Mientras otros en la historia se enfrentan a los delitos y a las traiciones, Mesa eligió el silencio, la evasión y la omisión. Esa actitud fue una muestra de su incapacidad para asumir su rol en la historia, y de su tendencia a esconderse cuando la lucha popular exige valentía y compromiso.

Como bolivianos, lo vimos, lo sentimos y lo vivimos. La historia no solo juzga lo que se hace, sino también lo que se elude, lo que se evita, lo que se abandona en los momentos cruciales. Mesa ejemplificó esa actitud de “quizás”, esa indecisión que trae más daño que beneficio. Su liderazgo, marcado por la ambigüedad, solo dejó un legado de frustración, de traición y de la evidencia de un liderazgo que no estuvo a la altura de las demandas de su pueblo.

Porque en la historia, los verdaderos líderes no se esconden en los “quizás”, sino que enfrentan con valentía los desafíos, asumen sus responsabilidades y dejan una huella de justicia y dignidad. Mesa, con su actitud de indecisión y su cobardía, solo será recordado como aquel que estuvo a punto, pero nunca se atrevió a dar el paso decisivo cuando Bolivia más lo necesitaba.

**Sombras tras el poder Un escapista, no un estadista**

Las sombras que envuelven la figura de Carlos Mesa tras su paso por el poder se han ido acumulando con el tiempo, convirtiéndose en un oscuro trasfondo que empaña su legado. Lo que en su momento se presentó como un liderazgo débil y ambivalente, ahora se revela en relatos y acusaciones que evidencian una historia marcada por el cálculo, la ambición personal y una insaciable búsqueda de poder a cualquier costo.

Voces cercanas a su entorno político y algunas filtraciones no confirmadas aseguran que su camino hacia la cúspide del poder estuvo plagado de transacciones y acuerdos que poco tienen que ver con la ética o la dignidad. Se dice que aceptó la candidatura a la vicepresidencia a cambio de un millón de dólares, una cifra que revela la mezquindad con la que algunos actores políticos y económicos habrían manipulado los hilos del poder en Bolivia en aquellos años. La idea de que un liderazgo pueda sustentarse en esas transacciones, en lugar de en ideas, programas o compromiso con el pueblo, es una muestra clara de su carácter de escapista, más interesado en los beneficios inmediatos que en construir un proyecto de nación duradero.

Pero lo que resulta aún más grave y revelador es lo que sucedió durante y al final de su gestión como presidente. Se dice que, en un acto que raya en lo ilegal y lo inmoral, ordenó la quema de documentos que registraban fondos reservados y movimientos financieros que, según las acusaciones, habrían sido utilizados para fines poco claros. No se trataba de proteger al Estado, ni de salvaguardar la seguridad nacional, sino de borrar huellas, de esconder las operaciones oscuras y de evitar que la verdad salga a la luz. La quema de archivos, en la historia de cualquier país, siempre ha sido un acto de cobardía y de impunidad, una forma de esconder las sombras que acechan en los rincones más oscuros del poder.

Estas acusaciones, aunque no hayan sido formalmente confirmadas en todos sus aspectos, alimentan la percepción de un hombre más preocupado por su imagen que por la verdad. La historia juzga no solo por lo que se hace, sino también por lo que se oculta, y en ese sentido, la figura de Mesa aparece marcada por la ocultación, la evasión y el oportunismo. Su carácter de escapista, que busca evadir las responsabilidades y los desafíos, contrasta profundamente con la figura de un estadista. Un estadista, por

definición, es alguien que asume sus errores, enfrenta las dificultades con valentía y trabaja por un país más justo y transparente. Mesa, en cambio, parece haber preferido esconderse tras cortinas de humo, dejando que otros limpien los rastros de sus acciones y que la historia lo juzgue en silencio.

El legado de Mesa, por tanto, no solo está manchado por su ambigüedad y su falta de liderazgo, sino también por esas sombras que siguen persiguiéndolo. La historia de Bolivia exige líderes con honestidad, transparencia y compromiso real con el bienestar de su pueblo. La actitud de escapismo, de ocultar y de evadir responsabilidades, solo deja una lección amarga: que el poder sin ética y sin principios lleva a la desconfianza, a la corrupción y, finalmente, a la pérdida de la dignidad nacional.

En definitiva, Carlos Mesa será recordado no solo por su incapacidad para liderar en momentos de crisis, sino también por esas sombras que revelan un carácter de oportunista, de escapista y de alguien que, en su afán por mantener una imagen, prefirió esconder la verdad antes que enfrentarse a ella con valentía. La historia, esa sí, no perdona a quienes anteponen sus intereses personales a los del país, y en ese sentido, Mesa no será la excepción. Su legado, empañado por las dudas y las sombras, será un recordatorio de que en la política, la transparencia y la honradez son los verdaderos pilares del liderazgo duradero.

### **El legado de Mesa y el ascenso de Evo Morales**

Mirando hacia atrás en la historia reciente de Bolivia, desde la perspectiva de quienes vivimos y luchamos por la justicia social y la soberanía, el gobierno de Carlos Mesa se revela como un capítulo lleno de decepciones, decisiones equivocadas y oportunidades perdidas. Su gestión, marcada por una serie de acciones y omisiones que reflejan una falta de liderazgo genuino, dejó un legado que todavía pesa sobre nuestro país y condiciona su camino hacia la estabilidad y la justicia social.

Desde el inicio, la gestión de Mesa estuvo signada por una evidente incapacidad para afrontar los problemas estructurales que aquejaban a Bolivia. La crisis de 2003, que se desató en un contexto de profunda insatisfacción popular, fue un momento en el que la falta de liderazgo claro y decisivo quedó patente. La ausencia de un liderazgo fuerte en esos momentos críticos, sumada a decisiones estratégicas erróneas, generó un vacío de poder que facilitó el surgimiento de un escenario de inestabilidad política y social. La historia demuestra que los liderazgos que no enfrentan con valentía los desafíos de su tiempo terminan por abrir paso a figuras que representan cambios profundos, muchas veces con un carácter más radical y representativo de las demandas populares.

Uno de los aspectos más controvertidos y criticados de la gestión de Mesa fue su intento de otorgar inmunidad a los militares estadounidenses. En un momento en que Bolivia clamaba por justicia, dignidad y soberanía, su propuesta de inmunidad para militares extranjeros, en particular estadounidenses, fue vista como una traición a los principios nacionales. La historia de Bolivia está marcada por una lucha constante contra la intervención extranjera, desde la época colonial, pasando por las dictaduras militares, hasta la actualidad. Proponer una medida que implicaba proteger a militares extranjeros y, en consecuencia, ceder parte de nuestra soberanía, fue interpretado como una falta de respeto a la voluntad popular y un acto de sumisión ante intereses foráneos. La indignación que generó esa propuesta no solo fue por el contenido en sí, sino por la percepción de que el gobierno de Mesa priorizaba intereses externos sobre los internos, debilitando así la credibilidad del Estado y dejando una huella de sumisión que aún hoy es motivo de reflexión y rechazo.

El fracaso de su mandato también se refleja en su incapacidad para ofrecer una salida efectiva a los conflictos sociales y políticos que atravesaron Bolivia en ese período. La gestión de Mesa navegó la crisis sin la capacidad de ofrecer soluciones duraderas, limitándose a administrar los problemas en lugar de resolverlos de raíz. La falta de un proyecto de cambios profundos, la ausencia de un liderazgo que movilizara y consolidara la voluntad popular, y su tendencia a buscar consensos débiles y temporales,

contribuyeron a que la inestabilidad persistiera y facilitó el surgimiento de un liderazgo que sí representaba las demandas populares: Evo Morales y el MAS.

El ascenso de Evo Morales en 2005 fue un punto de inflexión en la historia de Bolivia. Desde sus inicios, Evo representó la voz de los sectores marginados, los pueblos originarios, las comunidades campesinas y las clases trabajadoras que durante décadas habían sido excluidas de los beneficios del modelo económico y político dominante. La llegada de Evo al poder simbolizó una ruptura con las políticas neoliberales y una apuesta por la recuperación de la soberanía, la justicia social y la dignidad nacional. El movimiento al socialismo (MAS) no solo ganó en las urnas, sino que también encarnó la esperanza de millones de bolivianos que llevaban años luchando por sus derechos.

Mi experiencia en el “Febrero Negro” y la resistencia de miles de bolivianos en las calles en ese momento son prueba de que esa transformación popular fue posible gracias a la lucha constante y a la resistencia frente a las políticas neoliberales y las amenazas a la soberanía. La insurrección social, que enfrentó también la represión y la violencia del Estado, fue un acto de dignidad que logró poner en evidencia las demandas de justicia, igualdad y soberanía de nuestro pueblo. La llegada de Evo Morales fue la respuesta a esa lucha, un mandato popular que buscaba revertir décadas de desigualdad y explotación.

En ese contexto, el papel de Mesa puede entenderse como el de un actor que, en su ambigüedad y tibieza, quedó en el lado equivocado de la historia. Su incapacidad para ser un verdadero líder transformador y su tendencia a limitarse a la función de un administrador que navega la crisis sin profundizar en las causas, lo convierten en un personaje que, si bien tuvo la palabra, careció del gesto necesario para transformar la realidad. Quienes esperábamos un liderazgo que movilizara, que inspirara cambios profundos y que defendiera los intereses del pueblo, encontramos en Mesa a un funcionario que, en los momentos cruciales, prefirió la pasividad, la evasión y la complicidad con los intereses que buscaban mantener el statu quo.

La historia juzga a los líderes no solo por sus palabras, sino también por sus acciones y, sobre todo, por sus omisiones. Carlos Mesa tuvo la oportunidad de ser un



verdadero estadista, un líder que honra la historia y que defiende los valores de la soberanía, la justicia y la dignidad. Sin embargo, su decisión de limitarse a la palabra y al análisis superficial, en momentos en que Bolivia requería decisiones valientes y transformadoras, evidencia su carácter de escapista. La historia de Bolivia, y la memoria de su pueblo, recordarán a quienes, en momentos de crisis, eligieron el silencio, la indiferencia o la evasión en lugar de la acción.

Porque si el poder revela el carácter, el silencio y la omisión también revelan quiénes son realmente los líderes: aquellos que enfrentan con valentía los desafíos o quienes prefieren esconderse y dejar que otros asuman la carga de la historia. La historia no perdona a los cobardes ni a los que prefieren la comodidad por encima del compromiso con su pueblo. Bolivia necesita líderes que tengan la valentía de enfrentar las sombras, de luchar contra las injusticias y de construir un futuro con justicia, soberanía y dignidad.

En conclusión, el legado de Mesa no será recordado como el de un líder que marcó una época, sino como el de un actor que, ante la oportunidad de transformar la historia, eligió la pasividad, el silencio y la evasión. La historia juzgará a quienes, en los momentos más decisivos, prefirieron esconderse en la sombra en lugar de luchar por la luz de un país más justo y soberano. Bolivia merece y exige una clase de liderazgo diferente, que tenga la valentía y la dignidad de defender sus principios y sus derechos con decisión y coraje. Solo así podrá construir un destino digno para todos sus hijos e hijas.

### **¿Merecía Carlos Mesa un juicio de responsabilidades por la inmunidad?**

Cuando tuve conocimiento de que en diciembre de 2003, Carlos Mesa había solicitado al Parlamento boliviano la ratificación de un convenio que buscaba otorgar inmunidad a militares y civiles estadounidenses en Bolivia, sentí una profunda indignación que aún hoy me quema en el alma. Esa propuesta, que en su momento generó polémica y resistencia, no fue solo un error político o una decisión discutible; fue, en mi opinión, un

acto deliberado de traición a la soberanía del Estado boliviano y, por tanto, un motivo suficiente para considerar un juicio de responsabilidades.

Desde la perspectiva de un luchador que arriesgó su carrera y enfrentó la represión en las calles, esa intención de Mesa representa un acto que, aunque no se concretó en la firma definitiva del convenio, evidencia una disposición alarmante a subordinar los intereses nacionales ante presiones externas y, en particular, ante la influencia del Comando Sur de Estados Unidos. Publicaciones de la época, informes y testimonios revelan que la presión del Pentágono, a través del Comando Sur, amenazaba con retirar una ayuda económica de aproximadamente 2 millones de dólares en ayuda militar y de cooperación, si Bolivia no aceptaba la inmunidad para sus militares y funcionarios. Este tipo de presiones, que en otros países han sido utilizados como instrumentos de intervención encubierta, muestran claramente un intento de condicionar la soberanía boliviana, y que Mesa, en ese momento, estuvo dispuesto a aceptar, poniendo en riesgo la dignidad nacional.

El hecho de que esta propuesta no se hubiera concretado, gracias a la resistencia de sectores populares, organizaciones sociales y la oposición en el Congreso, no elimina la gravedad de la iniciativa ni minimiza su impacto. La sola existencia de un documento o de una solicitud formal, que buscaba blindar a militares extranjeros y a sus propios actores políticos del alcance de la justicia boliviana e internacional, es suficiente para entender que en aquel momento se estaba intentando un acto que, si se hubiera llevado a cabo, habría significado una vulneración profunda de la soberanía nacional.

Desde un punto de vista jurídico y constitucional, la propuesta de Mesa contraviene principios fundamentales que sustentan la soberanía y la independencia del Estado. Bolivia, como República soberana, tiene la facultad y el deber de aplicar la justicia en su territorio, sin que actores extranjeros puedan erigirse en inmunes o intocables. La inmunidad diplomática o consular tiene un marco muy específico, limitado a ciertos ámbitos y sujetos, pero en ningún caso puede justificar una inmunidad general que limite el alcance de la justicia boliviana o internacional frente a crímenes o delitos contra la soberanía y los derechos humanos.

Por ello, resulta imprescindible cuestionar si la propuesta de Mesa, al buscar inmunidad para militares y civiles extranjeros, no fue un acto que atentó contra la Constitución, los principios de autodeterminación y la dignidad nacional. La historia de Bolivia está marcada por luchas constantes contra la intervención extranjera, desde la colonia, pasando por las dictaduras militares y las intervenciones imperialistas, hasta la actualidad. Traicionar esa historia, proponiendo inmunidad a actores extranjeros que pueden estar implicados en acciones que vulneran la soberanía, constituye una afrenta que no puede quedar impune.

En términos morales y políticos, la actitud de Mesa revela un nivel de sumisión y de falta de compromiso con la defensa del país que resulta inadmisibles en un líder que aspira a representar a su pueblo. La excusa de que la inmunidad era necesaria para asegurar recursos económicos, como afirmó en su momento, no puede justificar un acto en el que, en la práctica, se antepone la obtención de fondos a la dignidad y soberanía de Bolivia. El argumento de que la ayuda internacional puede condicionar decisiones soberanas es, además, una confesión de vulnerabilidad y sometimiento, que evidencia que el liderazgo de Mesa en ese momento careció de la fortaleza moral y política necesaria para defender los intereses del Estado.

Desde una perspectiva ética, un líder que busca negociar inmunidades para actores extranjeros en su propio territorio, en función de beneficios económicos, está traicionando los principios de soberanía e independencia que justifican su mandato. La historia nos ha enseñado que ceder en estos aspectos puede abrir la puerta a una serie de intervenciones, presiones y vulneraciones que, en última instancia, amenazan la existencia misma del Estado. La traición a la patria, en cualquier forma, merece ser sancionada y sancionada con firmeza.

Aunque algunos argumentan que la propuesta de Mesa no fue aprobada y que, por tanto, no se consumó un acto lesivo, esto no exime al expresidente de su responsabilidad política y moral. La intención, la propuesta formal y la disposición a negociar inmunidades constituyen hechos que deben ser analizados en su contexto y en su impacto potencial. La historia no solo juzga por hechos consumados, sino también

por las intenciones y las acciones que los preceden. En ese sentido, el intento de Mesa de blindar a actores extranjeros, en un momento en que Bolivia buscaba afirmar su soberanía, representa una traición que no debe quedar impune.

Por todas estas razones, considero que un juicio de responsabilidades contra Carlos Mesa por su propuesta de inmunidad no solo sería justo, sino también necesario, para sentar un precedente firme en defensa de la soberanía y la dignidad del país. La historia de Bolivia requiere que quienes hayan puesto en riesgo su independencia y su autodeterminación sean llamados a rendir cuentas, porque solo así podremos fortalecer el Estado de derecho y evitar que actos similares se repitan en el futuro.

En conclusión, la actitud de Mesa en esa oportunidad revela —más allá de las justificaciones políticas— una disposición que, en esencia, fue una traición a los principios fundamentales que sustentan nuestra nación. La historia juzgará a sus actores, y los pueblos, cuando luchan por su autodeterminación y soberanía, no deben aceptar ni tolerar que sus líderes cedan ante presiones externas que amenazan su dignidad. La justicia, en este caso, debe ser aplicada sin atajos ni excusas, para que nunca más se repitan hechos que comprometan la integridad y la libertad de Bolivia.

### **Transformando el Deber en Sueños: Del Patrullaje a la Pedagogía**

Después de tantos años enfundado en el uniforme, inmerso en la rigurosa disciplina y en la defensa inquebrantable de principios que forjaron mi carácter, llegó un momento en que el eco de las órdenes se desvaneció y el peso del deber se transformó en una nostalgia profunda. Comprendí, con el corazón apretado por la emoción, que servir no se extingue con el último saludo militar ni con el silencio de las patrullas nocturnas. Servir, en su esencia más pura, trasciende las formas visibles y se reinventa en caminos inesperados: más sutiles, más cercanos al alma humana, pero con una profundidad que toca lo eterno.

Fue así como, al colgar el uniforme que había sido mi segunda piel, encontré en la educación una nueva trinchera, un bastión sagrado donde las palabras reemplazan las

armas y el ejemplo se erige como el verdadero reglamento del espíritu. La Universidad Pública de El Alto (UPEA) se convirtió en mi refugio y mi batalla renovada: una lucha diaria contra la sombra de la ignorancia, las cadenas de la injusticia y el veneno de la resignación que amenaza con apagar los sueños de tantos jóvenes. Cada paso que di hacia sus aulas fue como un renacer, un abrazo cálido a una vocación que nunca me abandonó, sino que simplemente evolucionó, envolviéndome en una calidez que el deber policial jamás me había permitido sentir.

Enseñar en la UPEA ha sido mucho más que transmitir conocimientos académicos; ha sido un acto de amor profundo, una siembra de valores que han sido los pilares de mi existencia: la integridad que me sostuvo en momentos de peligro, la responsabilidad que me impulsó a proteger a los indefensos, el coraje que me permitió enfrentar lo impensable, y el compromiso social que me recordó siempre que mi vida no era solo mía. Cada clase se convierte en un ritual de fe inquebrantable, donde el tiempo se detiene y las emociones fluyen como un río desbordado. Cada mirada atenta de mis estudiantes —esos ojos brillantes llenos de curiosidad y anhelo— me remueve el alma, recordándome que el futuro no se forja con palabras vacías ni promesas efímeras, sino con convicciones que se comparten como un fuego sagrado. En cada pregunta que surge de sus labios, veo la chispa de una curiosidad que ilumina la oscuridad; en cada respuesta que ofrezco, siento la esperanza de una Bolivia más lúcida, más libre, más unida en su diversidad. Es en estos momentos cuando las lágrimas amenazan con brotar, no de tristeza, sino de una alegría profunda por ser parte de algo tan trascendental.

A veces, en la quietud de la noche, reflexiono y siento que el uniforme nunca se fue del todo; solo se transformó en un manto invisible que cubre mi ser. Lo que antes era autoridad imponente, hoy es un ejemplo humilde y genuino. Lo que antes era orden estricto, hoy es una inspiración que fluye como un susurro alentador. Y lo que antes era sacrificio crudo y doloroso, hoy es una enseñanza que nutre el alma y eleva el espíritu. La vocación de servir no se apaga con el inexorable paso del tiempo; al contrario, se transforma como un río que cambia de cauce, adoptando nuevos colores vibrantes, nuevas causas que laten con urgencia, y nuevos rostros que reflejan la diversidad de

nuestra patria. En las aulas de la UPEA, he descubierto un servicio más paciente, más silencioso, pero infinitamente más poderoso, capaz de mover montañas con la fuerza de una idea compartida. Es un servicio que me ha hecho llorar de gratitud en soledad, al recordar cómo la vida me regaló esta segunda oportunidad para amar a través del conocimiento.

Mi llegada a la Universidad Pública de El Alto no fue un simple cambio de escenario; marcó un antes y un después en lo más profundo de mi ser, un renacimiento personal y profesional que me llenó de una emoción abrumadora. Fue el inicio de una etapa de renovación, una segunda oportunidad para seguir sirviendo, esta vez armado con libros en lugar de insignias, con empatía en lugar de rigidez. Nada de esto habría sido posible sin la confianza inquebrantable y el apoyo desinteresado de personas que creyeron en mí cuando el camino se nublaba con incertidumbre y dudas. Amigos como Ramiro Llanos y el Dr. Carlos Saavedra Villamil —a quien guardo un agradecimiento eterno y profundo por su guía sabia, su orientación inquebrantable y la luz que proyectó sobre mi camino para ingresar a la carrera de Derecho en un momento en que mi corazón necesitaba desesperadamente un ancla— me tendieron la mano con una calidez que aún me conmueve hasta las lágrimas. Más tarde, gracias a la generosidad y la visión iluminada de Freddy Medrano, se abrieron para mí las puertas de la Carrera de Ciencias de la Educación, como un rayo de sol que disipa la niebla. Finalmente, con el impulso firme y motivador del actual Rector, Carlos Condori, tuve el honor inmenso de integrarme también a la Carrera de Psicomotricidad y Deportes, expandiendo mis horizontes de una manera que nunca imaginé.

Hoy, con el pecho henchido de orgullo y responsabilidad, tengo el privilegio de ser docente de pregrado en estas tres carreras, un rol que me hace sentir vivo cada día. A cada uno de ellos, y a todos aquellos que confiaron en mí cuando el futuro parecía un abismo oscuro, les debo más de lo que las palabras pueden expresar. Su apoyo no solo me devolvió la posibilidad de una vida profesional digna, sino que reavivó en mí el fuego del servicio y la esperanza, recordándome que la verdadera amistad es un bálsamo para el alma herida. Me enseñaron, con sus acciones silenciosas, que aún en un mundo cínico,

hay espacio para los que creen que servir es una forma sublime de amar, de entregar el corazón sin esperar recompensa.

Ser docente en la UPEA es, para mí, un acto de gratitud eterna y también de resistencia valiente. Gratitud, porque me permite devolver con creces lo que recibí: oportunidades que cambiaron mi vida, confianza que me levantó de las cenizas, y aprendizaje que me moldeó como ser humano. Resistencia, porque educar en un país marcado por desigualdades tan profundas y dolorosas es desafiar al destino cruel, es creer con pasión que la justicia no es un sueño lejano, sino que puede nacer de un aula humilde, de una conversación honesta. Aquí, en esta universidad vibrante, he encontrado colegas que me inspiran con su dedicación incansable, estudiantes que me interpelan con su fuego interior, y un recordatorio constante de que la educación no es un lujo reservado para unos pocos, sino una necesidad urgente que clama por ser atendida. En ellos, he descubierto que la rebeldía puede ser constructiva y hermosa, que la dignidad se contagia como una epidemia de luz, y que la esperanza se multiplica exponencialmente cuando se comparte con generosidad. Cada interacción me llena de una emoción que me hace sentir parte de algo mayor, un movimiento colectivo hacia un mañana mejor.

Recuerdo mi primer día como docente, un momento que contrasta tanto con las ceremonias policiales de antaño. No hubo himnos resonantes, ni desfiles impecables, ni discursos oficiales cargados de formalidad. Solo un grupo de jóvenes expectantes, con cuadernos abiertos como páginas en blanco de sus vidas, y sueños desbordantes que iluminaban el aula con una energía palpable. Una de ellas, con la sinceridad cruda y hermosa que solo la juventud posee, me miró directamente a los ojos y preguntó con voz temblorosa pero firme: “¿Cree usted que de verdad podemos cambiar algo?” Aquella pregunta me atravesó el corazón como una flecha de luz. La miré, sintiendo un nudo en la garganta, y respondí sin dudar, con la voz cargada de convicción: “Sí, pero primero hay que creer que lo merecemos.” Esa frase tan simple, nacida de mi experiencia vital, me ha acompañado desde entonces como un mantra sagrado. Es la esencia de lo que intento

transmitir cada día: que el cambio verdadero empiece por la fe inquebrantable en uno mismo y en los demás, una fe que puede mover montañas y sanar heridas profundas.

Permítanme compartir una anécdota que no solo marcó mi vida como educador, sino que me transformó por completo, despertando en mí una humildad renovada. Una mañana soleada, como de costumbre, pedí a mis estudiantes que sacaran un libro y leyeran veinte minutos antes de empezar la clase, creyendo que así fomentaba el hábito del conocimiento. Algunos obedecieron en silencio, inmersos en las páginas; otros, incómodos, murmuraban entre sí con una inquietud que podía palpase en el aire. Hasta que uno de ellos, un joven de mirada intensa y valentía admirable, se levantó con respeto y me dijo: “Mi mayor, usted nos exige que leamos, pero nunca lo vemos con un libro en las manos.” Esa frase, tan directa y honesta, fue un golpe de lucidez que me dejó sin aliento, un espejo que reflejaba mis propias contradicciones. Me recordó una lección fundamental que había aprendido en mis años en la Policía: nunca se puede exigir lo que uno no está dispuesto a dar con el ejemplo. En ese instante, sentí una oleada de vergüenza y, al mismo tiempo, de inspiración. Desde ese día, entendí que el ejemplo no solo enseña: transforma vidas, incluyendo la mía. Fue entonces cuando decidí emprender un nuevo camino académico con determinación apasionada. Me propuse culminar una maestría, un doctorado y un postdoctorado, no por vanidad ni reconocimiento, sino para demostrar con hechos concretos que el aprendizaje es un viaje eterno, que el conocimiento es una forma suprema de servicio, y que el verdadero liderazgo se ejerce inspirando desde el corazón, no desde la autoridad impuesta.

En este recorrido lleno de desafíos y recompensas emocionales, tuve compañeros de camino excepcionales que me marcaron para siempre. Freddy Medrano, mi amigo y colega querido, fue mucho más que un rector: fue un visionario de alma noble, un defensor incansable de la educación pública que luchaba con pasión por la inclusión y la apertura. Su gestión al frente de la UPEA se caracterizó por una fe inquebrantable en la juventud alteña, abriendo puertas que antes parecían cerradas para siempre. La pandemia de COVID-19, esa sombra oscura que envolvió al mundo, nos lo arrebató demasiado pronto, dejando un vacío profundo y doloroso en toda la comunidad



universitaria. Su partida me dolió como la pérdida de un hermano de sangre, un vacío que aún siento en los momentos de soledad, pero su legado continúa vivo y palpitante en cada aula, en cada proyecto innovador, en cada estudiante que encuentra en la UPEA una puerta abierta al futuro. A él, mi respeto eterno y mi gratitud infinita, que se extiende como un eco en mi corazón.

Tras su fallecimiento prematuro, el liderazgo de la UPEA recayó en el entonces vicerrector Carlos Condori, quien asumió la conducción con un temple admirable, una visión clara y una entrega total que me inspira cada día. Bajo su rectorado, la universidad ha vivido una etapa de crecimiento histórico que llena de orgullo a todos los que formamos parte de ella: 37 carreras universitarias que abarcan los sueños de miles, 14 sedes académicas extendidas en las provincias de La Paz para llegar a los más lejanos, una Carrera de Medicina acreditada al MERCOSUR que salva vidas, 17 carreras reconocidas por el CEUB, 3.200 docentes dedicados con pasión, más de 70.000 estudiantes que representan la diversidad y la esperanza de Bolivia, y una sólida oferta de posgrado que incluye maestrías, doctorados, postdoctorados y especializaciones que elevan el nivel académico nacional. En solo 25 años, la UPEA ha pasado de ser un sueño popular, nacido de la lucha y la determinación del pueblo alteño, a convertirse en una de las 30 mejores universidades del país, un faro resplandeciente de desarrollo y movilidad social que ilumina caminos oscuros.

El rector Condori ha sabido leer las necesidades del pueblo alteño con una sensibilidad profunda y una firmeza inquebrantable, guiando la institución con transparencia y participación que han devuelto la confianza y el orgullo a miles de jóvenes. Ser testigo de esta transformación ha sido para mí una fuente inmensa de orgullo y esperanza, una emoción que me embarga cada vez que veo a un estudiante graduarse con los ojos llenos de lágrimas de alegría. Porque la UPEA no solo forma profesionales competentes; forma ciudadanos conscientes, comprometidos con su tierra y con su tiempo, armados con el conocimiento para enfrentar las injusticias. Cada aula es un taller de sueños donde las ideas brotan como flores en primavera, cada estudiante una promesa viva de cambio que me hace creer en un futuro luminoso.

Hoy, al mirar atrás con el corazón rebotante de emociones, comprendo que este recorrido no ha sido una simple transición de la Policía a la academia. Ha sido una evolución profunda del servicio, un viaje del alma que me ha llevado de defender las calles con valor físico a defender las ideas con pasión intelectual, de portar insignias que simbolizaban autoridad a portar libros que representan libertad, de dar órdenes que mantenían el orden a dar ejemplo que inspira transformación. Y en ese tránsito, he descubierto con lágrimas de gratitud que la educación también salva vidas, porque rescata almas del conformismo paralizante y del olvido cruel, infundiendo en ellas la luz de la posibilidad.

Además, he tenido el honor inmenso de representar al estamento docente de la UPEA en la Confederación de Docentes Universitarios de Bolivia (CUD), una experiencia que me permitió alzar la voz por mis colegas con una pasión ardiente, defender sus derechos con justicia inquebrantable y aportar una mirada basada en la equidad y la solidaridad que tanto necesitamos. En cada debate acalorado, en cada resolución alcanzada con esfuerzo, en cada diálogo constructivo, confirmé que la educación superior es una herramienta poderosa de transformación social, y que nuestra tarea no es solo enseñar conocimientos, sino también dignificar vidas, elevar espíritus y construir un país más justo. Esta responsabilidad me ha hecho sentir una conexión profunda con una comunidad mayor, un lazo emocional que me une a miles de educadores que luchan día a día.

Hoy, cuando entro a un aula con el corazón latiendo fuerte, no lo hago como quien dicta una clase rutinaria, sino como quien siembra esperanza con cada palabra, cada gesto, cada sonrisa. Cada estudiante que supera un obstáculo aparentemente insuperable, que se atreve a pensar diferente rompiendo cadenas mentales, que cree en sí mismo con una fe renovada, es una victoria compartida que me llena de una alegría indescriptible. Y en cada uno de ellos, veo reflejado el mismo sueño que me trajo hasta aquí: el sueño de una Bolivia educada, justa y libre, donde el servicio sea el hilo conductor de nuestras vidas.

Porque servir no es un acto efímero que se cumple una vez y se olvida. Servir es una forma de vivir, un compromiso eterno con el bien común que se renueva cada amanecer. Y educar, al final del día, es el modo más hermoso, más emotivo y más transformador de seguir sirviendo, tocando corazones y cambiando el mundo un alma a la vez.

### **Reflexión final**

Servir fue mi escuela, educar es ahora mi destino.  
Aprendí que el poder no se mide en medallas ni en rangos,  
sino en la huella invisible que deja una palabra justa,  
una mirada que alienta, una mano que enseña sin esperar aplausos.  
Hoy, el aula es mi trinchera y la tiza mi bandera.  
Cada estudiante que se levanta contra la indiferencia  
es una victoria más luminosa que cualquier desfile.  
Allí donde antes sonaban los pasos firmes del deber,  
hoy florecen voces jóvenes que aprenden a pensar,  
a cuestionar, a soñar con una Bolivia más digna y más suya.  
Enseñar es sembrar en silencio,  
es creer que una idea puede germinar en el alma de otro  
cuando ya no estemos para verla florecer.  
Y aun así, seguimos sembrando,  
porque servir y educar es el mismo acto de fe:  
creer en el país que aún está por nacer.  
Creo en los jóvenes que no se rinden,  
en los docentes que no claudican,  
en la patria que renace en cada aula donde alguien aprende a amar lo justo.

Porque el amor por Bolivia también se enseña,  
se transmite en cada lección, en cada ejemplo, en cada gesto de lealtad.  
Y así, mientras el sol se posa sobre El Alto  
y las voces de mis estudiantes llenan el aire,  
sé que mi camino ha valido la pena.  
Porque servir fue mi deber,  
pero educar...  
educar es mi manera de seguir soñando por mi patria.

## **Epílogo**

Razonar por los momentos que viví, en especial desde aquel Febrero Negro que marcó con fuego la historia de Bolivia —un febrero cargado de dolor, de calles teñidas de sangre y de voces ahogadas en el clamor de la injusticia—, hasta las largas noches de diálogo y desvelo junto a líderes, compañeros y camaradas, me enseñaron con una intensidad que aún me estremece el alma, que la verdadera grandeza no se mide en aplausos efímeros ni en medallas relucientes que el tiempo oxida. No, la grandeza se revela en los actos silenciosos de lealtad inquebrantable, en la solidaridad que se ofrece como un abrazo en la tormenta, y en la justicia que se defiende con el corazón expuesto, firme e inamovible, incluso cuando el viento de la adversidad sopla con furia despiadada, amenazando con arrancar las raíces de nuestra convicción. Aquellos días de caos y lágrimas, donde el humo de las barricadas nublaba el horizonte y el eco de los disparos resonaba en mis oídos como un lamento eterno, me forjaron en el fuego de la realidad, recordándome que el verdadero heroísmo nace en la oscuridad, cuando nadie aplaude y solo queda la conciencia como testigo.

He visto, con el pecho apretado por la emoción y los ojos empañados por el recuerdo, cómo la historia puede torcerse en vericuetos inesperados, cómo las instituciones que juramos proteger pueden olvidar su propósito sagrado y extraviarse en laberintos de corrupción y olvido. Pero también he sido testigo privilegiado de cómo

un gesto de hermandad, extendido en el momento más crítico, puede iluminar el alma de un pueblo entero como un faro en la noche más negra; cómo una palabra justa, pronunciada con voz temblorosa pero firme, puede disipar las sombras del desaliento; y cómo una decisión valiente, tomada en el silencio de la duda, puede mantener viva la esperanza cuando todo parece perdido, cuando el mundo se derrumba y solo queda el latido del corazón como ancla. Esos instantes de conexión humana, donde el uniforme se desdibuja y solo queda el ser desnudo ante el otro, me han marcado con una gratitud profunda, recordándome que en medio del caos, la empatía es el hilo invisible que teje la resiliencia colectiva.

Comprendí, a lo largo de los años que se acumularon como capas de experiencia en mi alma, con cada amanecer que traía nuevas lecciones y cada atardecer que cerraba capítulos de lucha, que las victorias más hondas y verdaderas no se celebran con himnos grandilocuentes ni discursos pomposos que se evaporan en el aire. No, se viven en la serenidad profunda de quien no traicionó a su conciencia, en esa paz interior que solo llega después de haber resistido las tentaciones del poder efímero, del conformismo cobarde o de la rendición fácil. El mayor triunfo de un ser humano, el que me hace llorar de orgullo en la soledad de mis reflexiones, es conservar la coherencia en un mundo fragmentado, resistir la tentación de rendirse ante las olas de la decepción, y caminar con la frente en alto, con el alma intacta, aun cuando el reconocimiento nunca llegue, cuando el olvido parece ser el único premio y solo queda la satisfacción íntima de haber sido fiel a uno mismo. Es esa integridad la que ilumina el camino, como una estrella solitaria en el vasto cielo nocturno de la existencia.

Mi legado, si algo deseo dejar con toda la pasión de mi ser, no son títulos pomposos ni honores que el polvo del tiempo borra, sino el testimonio vivo y palpitante de que la dignidad se defiende incluso en la derrota más amarga, cuando las lágrimas corren y el corazón se rompe, y que los actos nobles, por más pequeños y humildes que parezcan en el momento —un saludo solidario, una mano tendida en la penumbra—, trascienden el tiempo y las sombras, convirtiéndose en ecos eternos que inspiran a generaciones venideras. Quiero que mi vida sea un recordatorio emotivo de que en la

aparente insignificancia de un gesto reside la semilla de la grandeza, y que esa semilla, regada con lágrimas de esfuerzo y sudor de dedicación, florece en jardines de esperanza que perduran más allá de nuestra efímera presencia.

Aún guardo en la memoria, como tesoros preciosos que atesoro en lo más profundo de mi corazón, los abrazos sinceros entre policías y militares que, pese a las tensiones que nos dividían como grietas en la tierra, eligieron la humanidad antes que el odio ciego, antes que la división impuesta por fuerzas externas. Recuerdo con una emoción que me eriza la piel las voces temblorosas que alentaban en medio del miedo paralizante, los ojos húmedos que se encontraban en la oscuridad para sostenerse mutuamente, como faros de luz en una tormenta implacable. Esos gestos, tan humildes y tan grandes a la vez, me enseñaron con una profundidad que aún me conmueve hasta las lágrimas, que la historia no solo se escribe en los campos de batalla con sangre y fuego, sino también en los silencios sagrados donde la ética se impone al temor visceral, donde la lealtad vence a la conveniencia egoísta, y donde el amor por el prójimo se revela como la fuerza más poderosa, capaz de sanar heridas que parecen incurables y de unir lo que el destino intentó separar.

Hoy contemplo a Bolivia con el mismo amor incondicional con que un padre mira a un hijo que crece entre tropiezos dolorosos y esperanzas radiantes, con el corazón henchido de ternura y preocupación, deseando protegerlo de las caídas mientras lo anima a volar. Veo en los jóvenes la promesa luminosa de un país que aún puede redimirse de sus sombras, que aún puede levantarse sobre las ruinas de su desencanto con una fuerza renovada, como un ave fénix que renace de sus cenizas. Cada niño que aprende a leer con ojos brillantes de curiosidad, cada mujer que alza su voz con coraje inquebrantable rompiendo cadenas ancestrales, cada ciudadano que se atreve a decir la verdad en un mundo de mentiras, son ladrillos invisibles pero indestructibles en la construcción de una patria más justa, más humana y más unida, un edificio que se erige no con piedras frías, sino con el calor de los sueños compartidos y las emociones profundas que nos conectan a todos.

Porque la verdadera transformación no nace de los palacios opulentos ni de los decretos fríos e impersonales que se firman en despachos lejanos, sino del corazón ardiente de quienes creen con pasión, de quienes sirven con humildad desinteresada, de quienes sueñan con un mañana mejor incluso cuando la noche parece eterna. He sido testigo, con el alma conmovida y los ojos llenos de lágrimas de admiración, de la fuerza invisible de la solidaridad que une a los pueblos en sus momentos más vulnerables. He visto cómo un simple gesto puede salvar una vida al borde del abismo, cómo una palabra de aliento puede encender la esperanza donde solo quedaban cenizas grises y frías. Por eso, mi llamado a las nuevas generaciones es claro y cargado de emoción: no se rindan nunca, no dejen que el desaliento apague su fuego interior. Que la unidad esté siempre por encima de los intereses mezquinos que dividen; que la memoria del sacrificio de quienes lucharon antes —esos héroes anónimos que dieron todo sin pedir nada— sea la brújula que los guíe para no repetir los errores que tanto nos dolieron, que nos marcaron con cicatrices profundas en el alma colectiva.

Después de una vida entera dedicada al servicio, hoy valoro con una profunda gratitud que me embarga el ser, el derecho a una jubilación digna que me permite descansar con serenidad. No la veo como el final melancólico del camino, sino como una estación luminosa donde uno puede mirar atrás sin remordimientos amargos, con el corazón lleno de paz por haber dado lo mejor de sí. Saber que tras años de entrega incondicional, de noches en vela y días de batalla, puedo descansar sin sobresaltos económicos o emocionales, es un logro colectivo que me llena de orgullo, el fruto maduro de la lucha incansable de tantos que creyeron que la justicia social también se mide en la vejez serena de los trabajadores, en ese merecido reposo que honra una vida de sacrificio. Ese, también, es un acto de dignidad nacional, un testimonio vivo de que el esfuerzo no se pierde en el vacío, sino que se transforma en un legado de equidad para todos.

Agradezco desde lo más hondo de mi ser, con una emoción que me hace la voz temblar, a quienes caminaron conmigo en los senderos espinosos de la vida, a quienes confiaron en mí cuando otros dudaban y me daban la espalda, a quienes sostuvieron mi

fe en los días oscuros donde la desesperanza acechaba como una sombra. Sigo convencido, con una pasión que no se apaga, de que la educación es el instrumento más poderoso para liberar a un pueblo de sus cadenas invisibles, y que la verdadera grandeza no está en los uniformes imponentes ni en los cargos efímeros, sino en el servicio humilde, constante y sincero que se ofrece como un regalo del alma. Servir es un privilegio que enriquece el espíritu; enseñar es un milagro que multiplica la luz en el mundo; aprender de los otros es la forma más profunda y emotiva de amar, de conectar corazones en un tapiz de experiencias compartidas.

A mis estudiantes, colegas y a quienes un día se detengan en estas páginas con curiosidad o necesidad, les dejo mi testimonio y mi esperanza eterna, como un faro que ilumina sus caminos. Nunca es tarde para recomenzar con renovado vigor, para aprender con humildad, para soñar otra vez con los ojos abiertos al infinito. El conocimiento no es un trofeo polvoriento que se exhibe en vitrinas, sino una luz vibrante que se comparte con generosidad, iluminando no solo mentes, sino almas enteras. Lean con avidez, pregunten con audacia, duden con inteligencia, desafíen con respeto. No se conformen con lo que se les da como migajas; busquen con pasión lo que todavía no se ha dicho, lo que yace oculto en los pliegues de la historia y la vida. El mundo cambia sin pedir permiso, con una velocidad que a veces nos deja sin aliento, pero solo quienes mantienen viva la curiosidad ardiente y el pensamiento crítico afilado pueden cambiarlo de verdad, moldeándolo con manos amorosas hacia un futuro más luminoso.

Recuerden, con toda la emoción que puedo transmitir en estas palabras: estudiar no es acumular datos fríos e inertes, sino entender el alma pulsante del mundo para transformarlo con empatía y coraje. No hay título más honorable que el de un corazón honesto y transparente, ni sabiduría más alta que la del que actúa con compasión profunda, extendiendo puentes donde otros construyen muros. Sean ejemplo vivo en sus acciones cotidianas, sean voz potente ante el silencio cómplice, sean puente sólido entre la injusticia que duele y la esperanza que sana. Y cuando la vida los ponga a prueba con sus tormentas inevitables, respondan con coraje inquebrantable, porque la justicia



es la forma más pura y emotiva del amor, un amor que trasciende lo individual y abraza lo colectivo.

Gracias por haberme permitido enseñar y aprender junto a ustedes en este viaje compartido, donde cada clase fue un intercambio de almas, cada duda una oportunidad de crecimiento. Mi mayor orgullo no son los años de servicio acumulados ni los cargos desempeñados con dedicación, sino haber visto cómo florecen las semillas que alguna vez sembramos juntos en el suelo fértil de sus mentes y corazones, regadas con lágrimas de esfuerzo y risas de descubrimiento. Verlos crecer, superarse con tenacidad y comprometerse con Bolivia —esa patria que late en cada uno de nosotros— es el mejor legado que puedo llevar en el alma, un tesoro inmaterial que me acompaña en cada respiración.

Y antes de cerrar estas páginas, que han sido un desahogo del corazón, quiero dejarles una última reflexión cargada de pasión y ternura: No teman amar a su patria con todo el fuego de su ser. No teman defender lo que es justo, incluso cuando el costo sea alto y el camino solitario. No teman tender la mano al que sufre en silencio ni alzar la voz ante la injusticia que clama por ser confrontada. Porque el amor a Bolivia no se declama en discursos vacíos, se demuestra en los actos cotidianos que tejen la tela de nuestra sociedad, en la honestidad silenciosa que resiste la corrupción, en la mano tendida que levanta al caído, y en el corazón limpio que late al ritmo de la equidad. Cuando la vida se apague y el tiempo borre nuestros nombres como huellas en la arena, que quede la huella indeleble de lo que hicimos con amor profundo, con fe inquebrantable y con coraje que inspira. Que quede, sobre todo, la certeza emotiva de que una patria se construye con dignidad forjada en el fuego de las pruebas, con memoria viva que honra a los caídos, y con sueños compartidos que nos unen en un abrazo eterno. Y que cada gesto noble, por pequeño que parezca en el vasto tapiz de la historia, sea una chispa más en el fuego eterno de nuestra Bolivia querida, un fuego que calienta generaciones y ilumina el camino hacia la libertad.

“Porque no quiero que mi hija sea tu empleada: quiero que sea libre, digna y sabia.” Esa frase, nacida del fondo de mi alma, resume mi sueño más profundo, mi lucha

incansable y mi legado eterno, un anhelo que me hace llorar de esperanza por un mundo donde la igualdad no sea un sueño, sino una realidad tangible.